

¡RESURRECCIÓN!

Ensayos en honor a Homer Hailey



Traducción al Español por: Oscar Andrés Arias
www.iglesiadecristovillamaria.org
oscar_andres.a@icluod.com

PREFACIO

Durante varios años, el editor ha deseado reunir una colección de ensayos sobre un tema común escritos por hombres capaces y presentar el trabajo resultante en honor a Homer Hailey, como una pequeña pero representativa muestra del aprecio sentido por tantos por su ministerio.

“Honrar a quien honor merece” es un principio bíblico. Es apropiado, por tanto, que esta obra esté dedicada a la honrosa labor de un gran siervo de Cristo. Homer Hailey es un hombre humilde, no codicia el prestigio ni la aclamación mundana.

Él sería el primero en decir: “por la gracia de Dios soy lo que soy.” Pero quienes han visto su obra y han sido destinatarios de sus frutos terminan rápidamente la frase: “y su gracia no ha sido en vano para [él]” Él ha trabajado abundantemente. Ha sido un instrumento de justicia durante dos generaciones, un vaso de barro al que se le ha confiado un gran tesoro, un mayordomo de la Palabra de Dios. Cientos han aprendido a sus pies en las aulas. Miles han crecido bajo su extensa labor evangelística. Es posible que todavía se permita a decenas de miles participar de sus bienes a través del milagro de la página impresa.

Los colaboradores para este volumen comenzaron a seleccionarse a fines de 1970. Poco después se asignaron temas, de acuerdo con áreas de competencia o estudio especial. Poco más de dos años después, los manuscritos fueron entregados al tipógrafo. Estos capítulos tratan de filosofía, historia y doctrina. Sus propósitos son polémicos, exhortativos y apologéticos. Cada uno de ellos pretende ser independiente, pero a todos los une la preocupación por el tema que da título a este libro: ¡LA RESURRECCIÓN!

Si no hay resurrección, le recordó una vez Pablo a una iglesia griega atribulada, entonces Cristo tampoco resucitó. Y si Cristo no resucita, el mensaje apostólico es falso, sus mensajeros son tontos y miserables, sus conversos todavía están en sus pecados y los hombres en todas partes están completamente sin esperanza. Pero ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos —¡y quién puede discutir la centralidad de ese hecho para todo lo que pueda llamarse “Cristiano!” Fue esta posición crucial del concepto de RESURRECCIÓN la que llevó a su selección como tema de estos ensayos.

Por lo tanto, es con profunda acción de gracias a Dios y con gozo por una tarea cumplida que ahora encomendamos este volumen al público lector. Si sus lectores son llevados a una fe más profunda en Dios, a un celo más ferviente por Cristo, a un servicio más sincero en el Reino, los esfuerzos que representa estarán ampliamente justificados, y el hombre cuya obra honra tendrá una vez más motivos para regocijarse en las cosas que más le agradan.

EDUARDO FUDGE

TABLA DE CONTENIDO

I. LA EVIDENCIA DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO, <i>Gordon Wilson</i>	05
La Naturaleza del Testimonio	07
Testimonio y Resurrección de Cristo	09
El Testimonio Mismo	12
El Testimonio y Hechos Posteriores	16
II. LA ENSEÑANZA DE JESÚS SOBRE SU RESURRECCIÓN, <i>L. A. Mott, Jr.</i>	18
La Confiabilidad de Su Palabra	19
La Gran Señal	21
Dos Pasajes en Juan	24
La Resurrección y la Profecía	26
III. LA RESURRECCIÓN Y LA DEIDAD DE CRISTO, <i>Ferrell Jenkins</i>	29
Las Predicciones de Cristo Sobre Su Resurrección	31
¿Fueron Verdaderas las Predicciones?	33
Conclusión	37
IV. LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA DEL CRISTIANO, <i>Edward Fudge</i>	40
El Gran Compromiso	41
La Ética de la Resurrección	44
Fieles Hasta la Muerte	49
Una Declaración Resumida	52
V. INMORTALIDAD Y RESURRECCIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO, <i>Harold Tabor</i>	55
El Hombre en el Principio	56
EL Pecado y la Esperanza	57
Preservación a Través del Seol	60
Los Salmos y Job	61
Los Profetas y la Resurrección	64
Entre los Testamentos	65
VI. LA RESURRECCIÓN Y LOS CULTOS, <i>Mauricio Barnett</i>	68
Adventismo del Séptimo Día	69

Testigos de Jehová	73
Mormonismo	78
Ciencia Cristiana	82
VII. LA RESURRECCIÓN Y LA TEOLOGÍA MODERNA, Phil Roberts	86
Liberalismo del Siglo XIX	87
Karl Barth	89
Rudolf Bultmann	93
El Colapso de la Escuela Bultmanniana	99
El Surgimiento de la Escuela <i>Heilsgeschichte</i>	101
Juergen Moltmann	104
Wolfhart Pannenberg	109

LA EVIDENCIA DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Gordon Wilson

Gordon Wilson es predicador de la Iglesia de Cristo Spring & Blaine en Saint Louis, Missouri. Sus escritos incluyen *La Postura de la fe*, *Cómo Enseñar y Predicar sobre evidencias cristianas* (anteriormente *Preparado para la Defensa*), *Otra Mirada a la Evolución*, *Evidencias en Breve*, y *¿Está la Biblia Completamente Inspirada?* Además, ha editado *El Debate de Campbell-Marshall sobre La Resurrección de Cristo*, *Profecía del Antiguo Testamento de Edward J. Young* y *Sermones y Bosquejos de Harry Rimmer*. Graduado del San Diego State College, es editor de *Hechos de la Fe*, una revista popular sobre las evidencias del cristianismo, y editor asociado *Guardian del Evangelio*. Es miembro de la Afiliación Científica Estadounidense, la Sociedad de Investigación de la Creación y miembro asociado de la Sociedad Teológica Evangélica.

Lección 1

LA EVIDENCIA DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Casi todo lo que queremos saber sobre el apoyo probatorio de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos se encuentra en 1 Corintios 15:3-11.

“Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí. Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. Porque o sea yo o sean ellos, así predicamos, y así habéis creído.”

En los versículos siguientes, Pablo analiza la resurrección de Cristo y saca algunas conclusiones sobre nuestra propia resurrección anticipada en la segunda venida de Jesús.

Incluso sin involucrarnos en una exposición detallada de este texto, un hecho resalta en la superficie: *podemos saber que Jesús resucitó de entre los muertos porque hay un testimonio adecuado para establecerlo como un hecho*. Pablo dijo, en efecto: “Así predicamos, y así habéis creído.” Llamó la atención sobre el contenido de su predicación: es decir, que la muerte de Jesús por nuestros pecados y su resurrección de entre los muertos fueron predicadas en “primer lugar” — es decir, como algo de suma importancia. Dijo que los cristianos habían aceptado estas cosas como ciertas. E insistió en que no habían creído en vano; es decir, que no habían creído lo que no es verdad. Su fe, dijo

el apóstol, estaba en algo que podía ser fundamentado. Luego nombró a varias personas a quienes Jesús se había aparecido después de su resurrección, se refirió a otras sin nombrarlas y dijo que todas ellas habían dado testimonio de la realidad de la resurrección. Todo esto se reduce, entonces, a un solo tipo de evidencia. Esa evidencia es el testimonio.

I. LA NATURALEZA DEL TESTIMONIO

Consideremos brevemente la validez del testimonio como fuente de conocimiento, especialmente de aquello que nosotros no hemos experimentado por sí mismos. A menudo se ha señalado que cuando se extraen todas las conclusiones epistemológicas, la mente humana sólo dispone realmente de dos fuentes de conocimiento: la memoria y el testimonio. La memoria involucra todo lo que hemos experimentado nosotros mismos y eso, por supuesto, es en gran medida sensorial. El testimonio tiene que ver con aquellas cosas que no hemos experimentado personalmente: que no hemos visto, tocado, probado u oído inmediatamente. Debemos confiar en la palabra de otros para tener conocimiento de tales cosas. Todo lo que sabemos puede clasificarse como evidencia. Y esa evidencia es *testimonio*.

No niego el lugar que aún hoy ocupa la memoria de la resurrección de Cristo. Creo que los cristianos tenemos una experiencia con el Señor resucitado, y que ella genera una seguridad que no podemos negarnos a nosotros mismos. Pero esto no es evidencia para otras personas, y no se puede transmitir, excepto en la medida en que influya en nuestras vidas y nuestras vidas influyan en la fe de los demás. Sigue siendo cierto que el único tipo de evidencia que puede transmitirse de una persona a otra acerca de la resurrección de Cristo es el testimonio.

La Validez del Testimonio

¿Es realmente válido el testimonio como fuente de conocimiento? Ciertamente no todos los testimonios lo son. Uno puede testificar falsamente, y se han dicho muchas falsedades incluso acerca de la naturaleza y las actividades de Jesucristo. Sin embargo, hay un testimonio válido; existe la posibilidad de establecer con certeza lo que uno no ha experimentado personalmente.

En términos prácticos, todos nos vemos obligados a confiar en los testimonios para gran parte de lo que sabemos. Al hacerlo, no cuestionamos la validez básica del testimonio, aunque podríamos cuestionar un supuesto hecho particular del cual nace el testimonio. Gran parte de lo que consideramos certeza establecida se basa en testimonios: todo nuestro conocimiento de historia, por ejemplo, y la mayor parte de nuestro conocimiento de geografía. Ninguno de nosotros sabe de memoria que Napoleón alguna vez vivió o que fue un gran genio militar. Sin embargo, si bien podemos cuestionar muchas cosas que escuchamos sobre Napoleón, nunca cuestionamos la validez del testimonio para establecer los hechos básicos que le conciernen. Lo mismo puede decirse de la geografía. Todos los lugares en los que no hemos estado los conocemos sólo por testimonio, ¿no es así? No muchos de nosotros hemos estado en China. Pero otros han estado allí y nos han informado que existe tal lugar. Puede que no creamos todo lo que escuchamos sobre China, pero lo consideramos como un conocimiento absoluto de que existe tal nación. El testimonio es abrumador; nuestras mentes simplemente se ven obligadas a aceptar ese testimonio. Si el testimonio nunca es válido como medio para llegar al conocimiento, deberíamos descartar toda la historia, la mayor parte de la geografía y, de hecho, gran parte de lo que creemos saber en todas las áreas del pensamiento humano.

No sólo en cuestiones prácticas nos apoyamos en el testimonio, sino también en la formación de relaciones humanas y vínculos íntimos. Aprendemos a confiar en algunos testimonios de casi todas las personas y en todos los testimonios de algunas personas. Por ejemplo, me resultaría difícil concebir algo que mi esposa pudiera decirme y que yo no quisiera creer; ¡Al menos yo creería que ella lo creyó! Por supuesto, ella podría decir algunas cosas que yo consideraría altamente improbables, pero si ella insistiera en que algo era una cuestión de conocimiento para ella, tendría que tomarle la palabra. De lo contrario, toda la relación íntima entre marido y mujer se rompería. La formación de relaciones íntimas simplemente exige que confiemos en el testimonio, incluso en un grado extremo.

Los Criterios del Testimonio

Al aprender a confiar en el testimonio como fuente de conocimiento, reconocemos ciertos criterios (ya sea que los formulemos o no) mediante los cuales evaluamos un testimonio específico. No

aceptamos cualquier testimonio. Sólo lo aceptamos cuando, implícita o explícitamente, parece ajustarse a los criterios.

El primer criterio es la honestidad y el motivo del testigo. ¿Se sabe en general que el testigo es honesto y confiable? ¿Es una persona íntegra? ¿Podrían sus motivos llevarlo a testificar falsamente, o sus motivos, hasta donde podemos conocerlos, indican que está diciendo sólo lo que cree que es verdad? Este sería nuestro primer estándar para juzgar cualquier testimonio.

Nos interesa la capacidad del testigo para conocer los hechos. Suponiendo que se sepa que es honesto. ¿estaba en condiciones de conocer los hechos o podría haber sido engañado? Si las circunstancias son tales que podría conocer los hechos y, si es honesto, su testimonio se considerará probablemente verdadero.

En tercer lugar, juzgamos el testimonio por el acuerdo de los testigos del mismo hecho. ¿Coinciden en su testimonio? O, si parecen estar en conflicto, ¿pueden sus palabras armonizarse mediante una explicación razonable? Por supuesto, no exigimos una conformidad absoluta, porque no hay dos personas que vean las cosas desde la misma perspectiva. Si los testigos están de acuerdo en las líneas generales de su testimonio, tendemos a aceptar lo que dicen como verdad. Por otra parte, si hay una contradicción total que no puede conciliarse, es probable que rechacemos el testimonio en gran parte. Todos aplicamos al menos estos tres criterios al testimonio sobre cualquier tema. Veremos más adelante cómo todo esto se aplica al testimonio acerca de la resurrección de Jesús.

II. TESTIMONIO Y LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

En este punto, miremos a los propios testigos. ¿Quiénes son? Debemos saber quiénes son antes de que podamos aplicar los criterios a su testimonio.

Los testigos de la resurrección de Cristo

Primero están los apóstoles y compañeros apostólicos; aquellos que acompañaron a Jesús mientras estuvo en la tierra. Algunos de estos hombres escribieron porciones de las Escrituras del Nuevo Testamento; los que escribieron se refieren a la resurrección de nuestro Señor. Mateo fue un apóstol y el escritor del primer Evangelio. De él tenemos un relato bastante completo de la resurrección de Cristo. Marcos fue un

compañero de los apóstoles, especialmente relacionado con el apóstol Pedro, quien fue personalmente cercano de Jesús. Marcos también da un registro de la resurrección. Probablemente Lucas no conoció a Jesús personalmente, pero estaba estrechamente asociado con Pablo, y él mismo hizo una investigación de primera mano de los asuntos sobre los cuales escribía (Lucas 1:1-4). La suya es la historia de resurrección más completa y ordenada. Juan era un apóstol de Cristo, uno del grupo interno. Dio testimonio de la resurrección tanto en su Evangelio como en el Apocalipsis. El apóstol Pedro testificó de la resurrección en ambas epístolas.

A estos se puede agregar el escritor de Hebreos, quien mencionó específicamente la resurrección de Cristo en un pasaje (Hebreos 13:20). De hecho, todos los escritores de los libros del Nuevo Testamento hablan de la resurrección de Cristo, excepto Santiago y Judas. Incluso ellos realmente no son excepciones, en la medida en que hablan de Jesús en términos de Su señorío y Su posición a la diestra de Dios lo cual presupone su resurrección de entre los muertos. El señorío de Cristo depende de que Él sea el Cristo vivo: a menos que mienta, no puede ser Señor. Podemos decir con propiedad que los escritores de los libros del Nuevo Testamento se unen en su testimonio de la resurrección de Cristo.

Otro testigo es el apóstol Pablo, a quien podemos distinguir de los demás apóstoles en que no fue compañero de Jesús. En cuanto a la resurrección, Pablo afirma: “Porque o sea yo o sean ellos, así predicamos, y así habéis creído.” (1 Corintios 15:11). El testimonio de Pablo fue exactamente el mismo que el de los otros apóstoles. Su referencia a sí mismo como “al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí.” (1 Corintios 15:8) no se refiere al hecho de que Jesús se le apareció mas tarde que a los otros apóstoles, sino que es un término técnico que se refiere a un niño abortado. Pablo simplemente está diciendo que su selección como apóstol quedó tan por debajo de los otros apóstoles como un aborto espontáneo y no llega a ser un nacimiento normal y a término. Él se sentía así, explicó, porque había perseguido a la iglesia de Dios; no era apto para ser apóstol. No creo que esto represente sólo el sentimiento subjetivo de Pablo, sino que es una declaración del hecho real. Sin embargo, la indignidad de Pablo fue superada por la acción directa de Dios. “Pero por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Corintios 15:10a). Sus labores apostólicas excedieron a las de los otros apóstoles, no por el hecho de quién era, sino por la gracia de Dios en él.

El testimonio de Pablo sobre la resurrección no es menos valioso como el de los doce. Se basaba en su experiencia en el camino a Damasco; Al acercarse a Damasco, se le apareció el Señor resucitado. Los otros apóstoles habían conocido a Jesús antes de su muerte. Habían disfrutado de su estrecha asociación. Habían comido y viajado con Él. Esto no fue cierto en el caso de Pablo. Es discutible si había visto o no a Jesús en la tierra, aunque en mi convicción personal creo que sí. Pero ciertamente vio a Jesús resucitado en el camino cerca de Damasco. Este acontecimiento convenció tanto a Pablo que pudo decir con seguridad para siempre: “Lo vi. “Sé personalmente que Él resucitó.”

Además de Pablo, los apóstoles y los compañeros apostólicos, Jesús se apareció a más de quinientos hermanos que estaban dispuestos a testificar de Su resurrección. Cuando se escribió la epístola a los Corintios, algunos de estos testigos ya habían muerto, pero más de la mitad de ellos aún vivían. Esto, por supuesto, se llamaría “prueba de oídas” en un tribunal de justicia. Pablo estaba testificando de la misma manera que una persona testificaría si estuviera presente. La evidencia de oídas es legalmente admisible en algunas circunstancias e inadmisibles en otras. Dé el peso que desee al testimonio de los quinientos, ya que nosotros no podemos interrogarlos como lo hacemos con el propio Pablo. Pero es significativo para mí que Pablo pudiera decir que más de 250 personas todavía estaban disponibles para testificar de la resurrección de Jesús. Si la declaración no fuera cierta, seguramente algunos incrédulos la habrían cuestionado y exigido reunirse con los testigos. Pero no hay constancia de tal desafío. Estos, entonces, son los testigos de la resurrección de Cristo.

Los Criterios y Estos Testigos

Apliquemos los criterios de testimonio válido a estos testigos. Primero debemos preguntarnos si eran hombres honestos. Está universalmente aceptado que lo eran; eran veraces en la medida en que tenían conocimiento de la verdad. Ningún motivo los habría impulsado a testificar falsamente que Jesús había resucitado de entre los muertos. No podían ganar nada, ni reputación, fama, riqueza ni honores mundanos. De hecho, en la medida en que ya poseían algunas de estas cosas, las sacrificaban por causa de su testimonio. No ganaron nada por lo que los hombres venderían su honestidad; perdieron todo lo que tenían. Y sabían de antemano que así sería. Se aferraron a su testimonio a riesgo de sus vidas y finalmente dieron sus vidas ignominiosamente por ello.

En cuanto al segundo criterio, su capacidad para conocer el hecho, podemos repetir lo que ya se ha dicho. Los apóstoles habían conocido íntimamente a Jesús antes de su muerte. Estuvieron presentes cuando fue crucificado. Sabían dónde fue enterrado. Al tercer día lo vieron vivo y conversaron con Él en numerosas ocasiones. Ningún impostor podría haberlos engañado. Ningún engaño o alucinación puede explicar su fuerte convicción de que Jesús estaba vivo otra vez. Si no estuvieron en condiciones de conocer la verdad de lo que testificaron, nadie jamás pudo saber nada. Pedro señala que las apariciones de Jesús fueron ante testigos pre-seleccionados, y que comieron y bebieron con Él después de Su resurrección (Hechos 10:40-41). Aquí no hay posibilidad de error o equivocación.

El tercer criterio es el acuerdo de los testigos. En el testimonio de los escritores bíblicos aparecen diferencias en cuanto a los detalles, que es justo lo que deberíamos esperar. Pero no hay contradicciones entre ellos. A lo largo de los siglos, ha sido la carga de los incrédulos tratar de probar algunas contradicciones reales en los relatos de la crucifixión y resurrección de Cristo. Estos esfuerzos han terminado en un completo fracaso, ya que las variaciones son fácilmente conciliables. Que tales variaciones existan es evidencia que no hubo colusión entre los escritores. El hecho de que no haya contradicciones reales es prueba de que los testigos decían la verdad. Si el testimonio puede establecer algo como cuestión de conocimiento, el testimonio de los testigos apostólicos puede considerarse válido.

III. EL TESTIMONIO MISMO

Ahora estamos listos para examinar el testimonio mismo y para ello miraremos nuevamente el capítulo quince de Primera de Corintios. El testimonio tiene tres partes principales.

“Según las Escrituras”

Primero se afirmó que la resurrección de Jesús fue “conforme a las Escrituras”. Por supuesto, se están considerando las Escrituras del antiguo pacto, especialmente las porciones proféticas. Los lectores judíos reconocieron que había profecías mesiánicas en sus Escrituras. El testimonio de Pablo es que algunas de estas profecías predijeron la resurrección. Si los profetas predijeron la resurrección de Cristo, sus predicciones deben conectarse con las afirmaciones apostólicas como

profecía y cumplimiento. Esto realmente se suma al testimonio divino, la palabra del Espíritu Santo de que Jesús resucitó de entre los muertos. Naturalmente, algunas profecías serán menos directas y menos explícitas que otras.

Salmo Dos. La primera profecía de este tipo que se nota es el Salmo dos. En el capítulo trece de los Hechos, Pablo estaba discutiendo la resurrección de Cristo ante una audiencia en la sinagoga cuando dijo: “la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy.” (versículo 33). Luego se citan otras Escrituras. Pero Pablo cita el segundo salmo y dice que se refiere a la resurrección de Jesús de entre los muertos. Cuando vamos al Salmo 2:7, encontramos la declaración que citó: “Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy.” Pablo dijo que esto significa la resurrección. A primera vista, el pasaje no parece hablar de la resurrección en absoluto, sino del nacimiento de Jesús, porque Jesús fue presentado al mundo como el Hijo de Dios en su nacimiento. El anuncio a María por el ángel Gabriel contenía la declaración: “por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios.” (Lucas 1:25). Si Pablo tiene razón en el uso que hace del segundo salmo, una mirada superficial no es suficiente. Debemos observar cuidadosamente el contexto.

Este salmo se divide en tres partes. La primera parte, los versículos del uno al seis describen tanto la actitud de ciertos gobernantes que conspiraron contra Dios y Su ungido, como luego la poderosa respuesta de Jehová a la conspiración. La segunda parte, versículos del siete al nueve, representa al Hijo hablando y contando el decreto que Dios ha hecho. Aquí se encuentra la declaración que citó Pablo. La última parte, versículos del diez al doce, da una advertencia y una advertencia para aceptar al Hijo ungido de Dios o sufrir las consecuencias.

“Se levantarán los reyes de la tierra, Y príncipes consultarán unidos Contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, Y echemos de nosotros sus cuerdas.” (versículos 2-3). Los hombres creyeron que podían derrotar la obra y la influencia de Jesús conspirando para darle muerte. Sin saber que era el propósito de Dios que Él muriera, pensaron que Su muerte sería la ruina de Su obra. Tomaron consejo contra Dios y Su ungido cuando decidieron dar muerte a Jesús. Pero Dios, sentado en los cielos y conociendo el verdadero significado de la muerte de Cristo, podía reírse de los inútiles esfuerzos de los hombres por derrotarlo. A pesar de la crucifixión, Dios pudo decir:

“Pero yo he puesto mi rey, Sobre Sion, mi santo monte”. Dios se reiría a lo último, porque resucitaría a Jesús de entre los muertos. La tumba no pudo retenerlo ni vencer su plan. La resurrección fue el decreto de Dios de que Jesús era su Hijo y reinaría como Rey.

“Este día” — el tiempo de la resurrección de Jesús — es el día en que Dios decreto que Jesús es Su Hijo. Jesús no se convirtió en el Hijo de Dios en la resurrección, pero la resurrección fue el anuncio histórico y la evidencia de ese hecho. Como Romanos 1:4 dice: “que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” Aunque al principio el lenguaje del segundo salmo no parece referirse a la resurrección, podemos verlo mediante una exégesis adecuada del salmo que ésta es su mejor aplicación.

Salmo Dieciséis. Lo contrario ocurre con otro salmo que Pablo y otros citaron como una profecía de la resurrección. Considerándolo exegéticamente, no parece referirse a la resurrección, pero su lenguaje es claramente lenguaje de resurrección. Salmo 16:10 dice: “Porque no dejarás mi alma en el Seol, Ni permitirás que tu santo vea corrupción”. Sin duda, este salmo tuvo su primera aplicación a la propia situación de David y el lenguaje en ese caso debía entenderse metafóricamente. Sin embargo, si ha de tener algún significado literal, uno naturalmente piensa, como lo hizo Pedro (Hechos 2:31) y Pablo (Hechos 13:35), en la resurrección de Cristo. Agregue a esto el hecho de que ningún otro significado histórico del pasaje es posible. Para quien cree en la inspiración de las Escrituras, es obvio que el Espíritu Santo que inspiró el salmo era igualmente competente para inspirar el uso que de él hicieron los apóstoles. Sería posible agregar otros pasajes del antiguo pacto a estos dos salmos para mostrar que la resurrección fue en verdad “conforme a las Escrituras.” Pero estos serán suficientes para mostrar la naturaleza razonable del testimonio apostólico sobre este punto.

“En el tercer día”

En segundo lugar, los testigos testificaron que Jesús “resucitó al tercer día”. Ciertos hechos son generalmente aceptados tanto por los incrédulos como por los creyentes: (1) que Jesús murió; (2) que fue sepultado y la tumba fue sellada y custodiada; (3) que alrededor del tercer día la tumba se encontró vacía; y (4) que los discípulos posteriormente creyeron y predicaron que Jesús resucitó de entre los muertos. Varios incrédulos han intentado atacar uno u otro de estos puntos generalmente aceptados. La teoría del “desmayo” intenta revertir

la primera. La “teoría de la tumba equivocada” ataca el tercer punto. Las teorías del “fantasma” y de la “alucinación” intentan explicar el cuarto. Pero estas teorías se anulan entre sí y están tan cargadas de dificultades inherentes que ninguna de ellas se gana el favor de los incrédulos en su conjunto.

Concedidos los cuatro puntos, nos quedan dos alternativas en cuanto a su explicación: (1) o Jesús resucitó de entre los muertos, o (2) Su cuerpo fue robado de la tumba. Para que la segunda alternativa sea creíble, ¿quién robó el cuerpo? Ni las autoridades judías ni los funcionarios romanos tenían motivos suficientes para hacerlo. De hecho, si lo hubieran hecho, seguramente habrían considerado necesario reconocer su acto más tarde para refutar la creciente fe cristiana. ¿Quién queda? Sólo los propios discípulos.

La explicación de que los discípulos robaron el cuerpo de Jesús se basa, en última instancia, en el único testimonio de los soldados que custodiaban la tumba. Es su testimonio contra el de los testigos de la resurrección, pero ¿será examinado el testimonio de los soldados? *En primer lugar*, se trata de una dificultad psicológica. Los discípulos simplemente no estaban en condiciones de robar el cuerpo de Jesús. ¡Pedro mostró su indisposición común cuando fue a pescar! Se sintieron decepcionados, consternados y su fe quedó temporalmente destrozada. *En segundo lugar*, tengo la impresión de que nadie es competente para testificar sobre lo ocurrido mientras dormían. Pero esto fue lo que hicieron los soldados: dijeron que los discípulos vinieron mientras ellos dormían y robaron el cuerpo. *En tercer lugar*, si los soldados realmente se hubieran ido a dormir y hubieran permitido que robaran el cuerpo, nunca lo habrían admitido. Este era un delito capital en el ejército romano. Mateo explica por qué estaban dispuestos a decir que esto sucedió. Los principales sacerdotes no sólo les dieron un gran soborno, sino que también les aseguraron que si el gobernador se enteraba, asegurarían y protegerían a los soldados. Con esa seguridad, habrían estado dispuestos a aceptar un soborno para testificar falsamente. Pero ningún soborno habría sido aceptado lo suficientemente grande como para persuadirlos a admitir que estaban durmiendo — si hubiera sido cierto. *En cuarto lugar*, la pura incredulidad de toda la historia nos convence de que es falsa. ¿Debemos creer que todos los soldados dormían tan profundamente que un grupo considerable de hombres (necesario debido al tamaño de la piedra del sepulcro, que un grupo de mujeres no podía mover) pudo entrar sigilosamente en el jardín, romper la sello, quitar la piedra, levantar un peso muerto (teniendo cuidado de quitar los lienzos y doblarlos en su

lugar en la tumba) y llevarse el cuerpo — todo sin despertar ni a un solo soldado? Semejante testimonio seguramente no merece mayor consideración. Esto deja la única alternativa: Jesús, de hecho, resucitó al tercer día. El testimonio apostólico da cuenta de los cuatro puntos concedidos como ninguna otra explicación puede hacerlo.

“Él apareció”

Por último, los testigos declararon que “Él apareció” después de Su resurrección. “Lo vimos” dijeron. Si estas apariciones hubieran sido a individuos aislados; si los testigos hubieran sido demasiado emocionales y supersticiosos; si hubieran estado esperando ansiosamente verlo; si sus visiones de Él hubieran sido confusas y fantasmales; — si se hubieran dado estas condiciones, tal vez podríamos descartar las apariciones como alucinaciones ocasionadas por la histeria y las ilusiones, pero no fue así en absoluto. Jesús a veces se apareció tanto a grupos grandes como a individuos. Estos testigos estaban lejos de esperar verlo, y hubo que convencerlos contra todas sus expectativas. Seguramente Tomás el que dudaba no se sintió movido por ninguna disposición de credulidad. Santiago, el hermano del Señor, uno de los testigos, ni siquiera era creyente hasta la resurrección. Otros se negaron a aceptar la palabra de las mujeres que vieron a Jesús primero. Las apariencias tampoco eran de dudosa calidad. Jesús comió, bebió, se dejó examinar físicamente, viajó y habló con los discípulos durante más de un mes.

IV. EL TESTIMONIO Y HECHOS POSTERIORES

La fe y fidelidad subsiguientes de los testigos sólo pueden explicarse por el postulado de que efectivamente vieron a Jesús vivo después de su crucifixión. En contra de una oposición feroz y dedicada, continuaron anunciando las buenas nuevas. Se alejaron del judaísmo ortodoxo para formar una “secta en todas partes contra la que se habla”. Su resistencia frente al dolor y la persecución; su firme insistencia en que decían la verdad, incluso cuando eso significaba dolor, encarcelamiento, tortura y muerte; estos se explican sólo por las apariciones de Jesús. El fanatismo puede explicar muchas cosas, pero incluso un fanático debe ser *fanático de algo*.

La plantación y expansión de la iglesia dependió de la fe de la resurrección. Si los testigos no vieron a Jesús como el Señor resucitado,

¿cómo podemos explicar el rápido crecimiento del cristianismo frente a todos los poderes seculares dedicados a su destrucción? ¿Cómo se explica la observancia del primer día de la semana como el Día del Señor por parte de judíos observadores de la ley que ya tenían una cuota completa de días santos? Estas preguntas no pueden dejarse de lado ni ignorarse. Se ocupan de fenómenos históricos; El historiador no puede fingir que no existen, insisto en que sólo un evento sobrenatural — el mismo evento del que testifican los testigos — puede explicar los fenómenos.

Este es, pues, el testimonio de los testigos. Todo criterio para juzgar la validez de un testimonio es favorable a su veracidad. Todos los cánones históricos se cumplen sobradamente. Ésta es toda la evidencia que tenemos de la resurrección de Cristo. Y es suficiente.

PARA LEER MÁS

- R. C. Foster, *La Semana Final*. Grand Rapids: Casa del Libro Baker, 1962.
Simon Greenleaf, *El Testimonio de los Evangelistas*. Reimpresión.
Grand Rapids: Casa del Libro Baker, 1965.
Stuart Jackman, *El caso Davidson*. Grand Rapids: Compañía Editorial William B. Eerdmans, 1966.
James Orr, *La Resurrección de Jesús*. Nueva York: Eaton and Mains, sin fecha.
W. J. Sparrow-Simpson, *La Resurrección de Nuestro Señor*. Reimpresión. Grand Rapids: Editorial Zondervan, 1964.
Merrill C. Tenney, *Realidad de la Resurrección*. Chicago: Moody Press, 19
Gordon Wilson, *La Postura de la Fe*, capítulos 11-12. Lufkin, Texas: Fundación Guardian del Evangelio, 1964.

LA ENSEÑANZA DE JESÚS SOBRE SU RESURRECCIÓN

L. A. Mott, Jr.

L. A. Mott, Jr. ha predicado para las iglesias de Cristo en Michigan durante los últimos nueve años y ahora está en su sexto año con Romulus y ha contribuido con frecuencia a publicaciones periódicas de la hermandad a través de la Iglesia en ese estado. Estudiante cuidadoso y escritor prolífico. Él es mejor conocido por su tratado popular *¿Qué es la Iglesia de Cristo?* y por su estudio en profundidad del bautismo, *El bautismo en el esquema de redención*.

LA ENSEÑANZA DE JESÚS SOBRE SU RESURRECCIÓN

La propia enseñanza de Jesús acerca de su resurrección es doblemente significativa: por sí misma, pero también por su importante relación con todas sus enseñanzas.

I. LA CONFIABILIDAD DE SU PALABRA

La muerte de Jesús no fue un fracaso del propósito divino sino el propósito mismo. Su resurrección no fue un expediente divino desesperado hecho necesario por un fracaso divino previo; no se trataba de recoger los pedazos de un plan destrozado. Más bien, tanto la muerte como la resurrección de Jesús fueron características esenciales del propósito divino, de modo que Él fue “entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hechos 2:23). El efecto del consejo de los reyes y gobernantes fue sólo “lo que la mano de Dios y el consejo de Dios determinaron antes hacer” Ese es el significado del término “necesario” en versículos Mateo 16:21.

Jesús predijo su muerte; También predijo su resurrección. Hizo estas predicciones no sólo una vez sino repetidamente. Al principio estaban en una forma bastante oscura, por ejemplo, “pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás.” (Mateo 12:39). — “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.” (Juan 2:19). Pero luego, para sus discípulos, las predicciones fueron reforzadas una y otra vez, mas claras — de hecho, se podría pensar — un lenguaje inconfundible.

“Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día.” (Mateo 16:21).

“Cuando descendieron del monte, Jesús les mandó, diciendo: No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos.” (Mateo 17:9).

“y le matarán; mas al tercer día resucitará. Y ellos se entristecieron en gran manera.” (Mateo 17:23). Jesús incluso hizo una promesa que se cumpliría *después* de Su resurrección. “Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea.” (Mateo 26:32).

Cuando las mujeres llegaron a la tumba de Jesús al tercer día después de su muerte, un ángel estaba allí para decirles que estaban buscando en vano. ¡El cementerio es el lugar equivocado para buscar al Señor vivo! Lo mejor que el ángel pudo hacer por ellas en ese momento fue mostrarles dónde había estado Jesús.

Me impresiona la conexión que el ángel hace entre la resurrección y las predicciones de Jesús: “ha resucitado, *como dijo*” (Mateo 28:6). Así también el relato de Marcos: “Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, *como os dijo*.” (Marcos 16:7). Es como si el ángel dijera: “¿De qué hay que sorprenderse? Él les dijo que no permanecería en la tumba. ¿No fijó una cita para encontrarse con vosotros en Galilea?” Estas palabras, están conectadas con las repetidas predicciones de la resurrección de Jesús, y son sorprendentes y — ellas son significativas. El relato del Evangelio de Mateo termina con el encuentro como se dijo en una montaña en Galilea.

Piense en las implicaciones de esa reunión cumplida para la confiabilidad de todas las enseñanzas de Jesús, pero especialmente para la confiabilidad de sus promesas. Cuando daba su palabra, la cumpliría; Sus discípulos podían confiar en sus promesas sin reservas. Cumpliría con sus compromisos incluso si tuviera que destruir la muerte al hacerlo. Ni siquiera las puertas del Hades pudieron impedirlo.

Pero si Jesús cumplió una reunión con los discípulos que requería que resucitara de entre los muertos, ¿qué promesa no cumpliría? Seguramente no podría haber dudas sobre la confiabilidad de cualquier otra promesa. ¿Podía haber alguna duda de que cumpliera “...y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.”? (Mateo 28:20). Los discípulos acababan de ver que ni siquiera la muerte pudo impedir que Jesús cumpliera su palabra una vez que la había dado. Si cumplió con la cita en Galilea, ¿qué duda podría haber de que cumpliría acerca de su venida hecha en Mateo 24 sobre Jerusalén? Así como tampoco podría haber duda de que vendrá otra vez como prometió. Así que se puede confiar en su palabra en cualquier momento.

¡Oh, qué palabra tan bendita, esta preciosa promesa de Jesús! ¡Y cuánto se puede confiar! ¡Seguramente no puede haber miedo ante semejante promesa para recordar! ¿Con qué poder pueden ahora los

apóstoles confrontar incluso al Tribunal Supremo judío con el mensaje de ¡Aquel que ha demostrado ser el Sí y el Amén!

Entonces, desde el principio podemos sugerir que las palabras cumplidas de Jesús acerca de su resurrección imprimen el Sello “Confiable” en todas sus palabras. Se puede confiar en Jesús. Él cumplirá su palabra. Uno puede confiarle toda su vida y su destino, apoyándose firmemente en Sus promesas, sin duda ni temor. Porque las palabras de Jesús son como roca sólida.

II. LA GRAN SEÑAL

“Los judíos piden señales”, escribió Paul (1 Corintios 1:22). Los lectores de los Evangelios también han aprendido esto acerca de los judíos. Pero Jesús tenía señales para ellos (Juan 2:11, 23; 3:2; 6:14; etc.). Jesús, que provino del Padre, afirmó hablar las palabras del Padre (Juan 7:16; 8:28; 12:49; 14:24; 17:8, 14). Pidió que esta afirmación fuera admitida sobre la base de las obras que el Padre realizó (Juan 5:17, 19-21, 36; 10:25, 32, 37-38). Estas obras identificaron a Jesús como alguien que vino del Padre. Incluso el Sanedrismo Nicodemo pudo establecer la conexión adecuada entre las señales y el Remitente (Juan 3:2).

Esta evidencia, sin embargo, no fue convincente; no fue irresistible. Uno todavía podría no creerlo, si así lo deseara. La mayoría de la gente lo hizo (Juan 12:37-43). Por supuesto, eso revela algo sobre el carácter de esas personas. Pero la cuestión es que las personas podrían ser testigos oculares de los señales y, sin embargo, negarse a admitir su significado (la cosa “significada”).

Algunos incluso serían testigos de una de las señales de Jesús y se darían vuelta y pedirían fríamente una señal — como si no se la acabaran de dar! No es de extrañar que Jesús se negara a darles una señal a tales personas (Mateo 12:38-39).

Él tenía una señal incluso para ellos — ¡La Gran Señal!

Las primeras referencias de Jesús a su resurrección son oscuras. Comenzó su obra pública en una Pascua en Jerusalén, limpiando los atrios del templo de cambistas y vendedores de animales para los sacrificios. Quizás incluso entonces se estaba ofreciendo a la nación. ¿Aceptarían Su Mesianismo y se unirían a Su círculo de seguidores? ¡No! En cambio, las autoridades judías reaccionaron exigiendo un credencial que certificara Su derecho a hacer esto — lo que ellos mismos debieron haber hecho hace mucho tiempo. Pero esta fue su respuesta.

Jesús cumplió con su demanda hechas en estas Palabras: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” (Juan 2:19). Por supuesto que no lo entendieron. Estoy persuadido de que comprender a Jesús en este punto habría requerido una visión espiritual que pocos en la nación poseen, ciertamente mucho más allá de la que poseen los jefes de la nación. Sólo una mente profundamente consciente de las realidades espirituales podría comprender en el pensamiento de Jesús respecto del significado del templo.

El templo era el lugar donde Jehová había manifestado Su gloria (2 Crónicas 7:1-3), como lo había hecho anteriormente en el tabernáculo en el desierto (Éxodo 25:8, 22; 40:34-38). El significado más importante de cualquiera de ellos fue su significado típico, su presagio del tiempo en que la gloria de Dios se manifestaría entre los hombres en el gran Emanuel. Juan comienza su evangelio describiendo esta encarnación. “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”. (Juan 1:14). El término griego para “habitó” es literalmente “tabernáculo”.

Jesús entendió todo esto. Cuando habló del templo, estaba pensando en lo que representaba y presagiaba — Su cuerpo, el tabernáculo o templo en el que habitaba la deidad. Pero ¿cómo podían los gobernantes judíos pensar a ese nivel? La profundidad de su comprensión del templo quedó revelada por la comercialización que permitían en sus patios.

Incluso los discípulos de Jesús quedaron desconcertados por el dicho hasta que resucitó de entre los muertos (Juan 2:21-22). Pero entonces las piezas empezaron a encajar. Entonces pudieron entender que Jesús estaba aquí anunciando Su resurrección de entre los muertos como la gran manifestación de Su Mesianismo.

Esta no fue la única vez que Jesús recibiría una petición de señal. Pero siempre y otra vez la gran señal del mesianismo de Jesús fue su resurrección. Un caso típico se reporta en Mateo 12:38-40.

“Entonces respondieron algunos de los escribas y de los fariseos, diciendo: Maestro, deseamos ver de ti señal. El respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.”*

El relato de Lucas muestra a Jesús diciendo que Jonás era una señal “para los Ninivitas” (Lucas 11:30). Aparentemente Jonás les contó a

los Ninivitas sus experiencias. Quizás eso ayude a explicar su disposición a aceptar su mensaje. Cuando Jonás fue tragado por el pez, su carrera pareció haber terminado. Pero fue liberado milagrosamente y vivió para predicar en Nínive. Así con Jesús. Su muerte sería sólo un final aparente y una aparente derrota. Saldría de la tumba al tercer día, "...fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos" (Romanos 1:4). La resurrección sería el gran signo del mesianismo y deidad de Jesús ofrecido en el mensaje apostólico desde Pentecostés en adelante.

Cuando Jesús fue llevado a juicio ante el Sanedrín, el perjurio de los falsos testigos se destruyó a sí mismo (Marcos 14:55-60). Jesús no lo consideró digno de respuesta (Marcos 14:61). Luego, bajo juramento, Él mismo testificó que Él era el Mesías, el Hijo de Dios (Mateo 26:63-66; Marcos 14:61-64). Eso era todo lo que necesitaba el Sanedrín. Sus gritos llenaron el aire. "¡Blasfemia!" "¡Es reo muerte!"

Pero el caso principal tuvo que presentarse ante un tribunal romano para su confirmación. ¿Y qué le importarían a un gobernador romano las ideas judías sobre la blasfemia? Había que encontrar una acusación lo suficientemente fuerte como para provocar la sentencia de muerte de los romanos. Por lo tanto, cuando Jesús es llevado ante Pilato, al principio ni siquiera se menciona el gran asunto que se había presentado ante el Sanedrín, el cargo por el cual se pedía la pena de muerte. La acusación ahora ante Pilato era completamente diferente. Lucas da el registro más completo. "Y comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey." (Lucas 23:2).

La acusación de traición, por supuesto, no podía sostenerse. Pilato declaró repetidamente la inocencia de Jesús. Ante tal giro de los acontecimientos, los judíos finalmente volvieron a expresar su verdadero agravio. "...Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios." (Juan 19:7).

Pilato cede cada vez más. Los judíos son inflexibles; no estarán satisfechos con nada más que la muerte de Jesús. Ellos ganan — y Jesús muere.

Pero los judíos no pudieron ocultar la verdad detrás de un velo de acusaciones falsas. La verdadera razón de la muerte de Jesús no debía ser suprimida. Murió porque afirmó ser el Mesías, el Hijo de Dios, y el Sanedrín no le creyó, murió por blasfemia.

Pero esa decisión del Sanedrín estaba destinada a ser apelada ante un tribunal superior. Menos de dos meses después de la muerte de

Jesús, los apóstoles pudieron presentarse en la misma ciudad de Jerusalén y proclamar que el juicio del Sanedrín estaba equivocado; que el caso había sido apelado; que el veredicto había sido revocado, anulado por la poderosa mano de Dios.

“Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.” (Hechos 2:22-24).

Y ese era el mensaje con el que los apóstoles debían llenar Jerusalén. “...y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos.” (Hechos 3:15). Ese fue el mensaje que resonó dentro de las cámaras del consejo del mismo Sanedrín: “...a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos...” (Hechos 4:10). “El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero.” (Hechos 5:30).

El Sanedrín condenó a Jesús a morir porque afirmaba ser el Mesías, el Hijo de Dios. Pero la acusación de blasfemia no pudo sostenerse. Dios no lo quiso y rechazó la acusación al resucitar a Jesús de entre los muertos. La resurrección fue, por lo tanto, la gran señal, la gran demostración de la divina filiación de Jesús, que lo reivindicó del cargo de blasfemia levantado por el Sanedrín — y, dejando de hecho, a todos los demás hombres que consideran Sus afirmaciones hasta el día de hoy — sin excusa para no admitir esas afirmaciones y reconocer Su autoridad.

III. DOS PASAJES EN JUAN

Se deberían agregar otras dos referencias en el Evangelio de Juan a modo de subíndice de la sección anterior. El primero es Juan 8:28 “Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo.”

Jesús habló por primera vez de ser “levantado” en su conversación con Nicodemo (Juan 3:14). Su discurso al final del ministerio público, relatado por Juan, se refiere nuevamente a su “exaltación”. Esta vez Juan añade la interpretación: “Y decía esto dando a

entender de qué muerte iba a morir.” (Juan 12:33-34). Esta interpretación también se aplica en Juan 8:28 y quedará claro cuando se considere que los judíos (“vosotros”) son el sujeto del verbo “levantado”. La referencia es a la cruz.

Esta declaración de Jesús está iluminada por un torrente de luz de Mateo 12:38-40 y Juan 2:19. La resurrección debe entenderse en un sentido amplio, incluyendo también lo que seguiría como consecuencia inevitable de la cruz, es decir, la resurrección y glorificación de Jesús. ¡La cruz fue el primer paso hacia la gloria! La crucifixión, con la sucesión de acontecimientos pisándole los talones, fue la gran demostración de que Jesús era todo lo que decía ser, y que sus palabras eran las palabras del Padre.

El otro pasaje es Juan 16:7-11.

“Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.”

Este pasaje también se aclara a la luz de la discusión sobre la “gran señal”. El pecado de los judíos, *por excelencia*, fue la incredulidad y el rechazo del Mesías (ver Juan 15:22-25). El Espíritu vendría a dar testimonio de Cristo por y a través de los apóstoles (Juan 15:26-27). Este poderoso testimonio por el Espíritu convencería al mundo de tres aspectos:

- (1) *De pecado* — el pecado especial y preeminente de la incredulidad — cuando el mundo toma conciencia de su culpa por haber rechazado a Cristo;
- (2) *De la justicia* — la justicia *de Cristo*, como el pecado es el pecado del mundo.

Los incrédulos lo consideraban un pecador (comp. Juan 9:24). y darle muerte como tal (Juan 18:30): Él era, sin embargo, el justo (1 Juan 2:1, 29; 3:7; comp. Hechos 3:14; 7:52; 1 Pedro. 3: 18), y así lo demostró el testimonio del Espíritu Santo, por cuyo poder los apóstoles predicaron la exaltación de Cristo al Padre (comp. Hechos 2:33 y sigs.), y condenando así al mundo como culpable con *respecto a la justicia*, lo contrario de lo que los incrédulos asumieron en Cristo, y pensaron que sería confirmado por la *ofensa* de Su cruz (Meyer).

Así, nuevamente, como lo ha demostrado la discusión sobre la Gran Señal, la resurrección y la consiguiente exaltación de Jesús es Su reivindicación de cada cargo. “El que fue manifestado en la carne” ahora está “justificado en el espíritu”.

(3) *De juicio* — El juicio condenatorio del príncipe de este mundo, Satanás era el poder supremo detrás de la oposición del mundo a Cristo. Cuando se insiste en la culpa del mundo y se establece la vindicación de Cristo, el derrocamiento de Satanás no puede sino implicarse como inevitable. Y el destino de aquel que por incredulidad mantiene su lealtad a este enemigo ya conquistado seguramente está claro.

Como sugiere Meyer en la cita anterior, el cumplimiento de la promesa de Jesús aquí se encuentra en la predicación de los apóstoles a partir de Pentecostés.

IV. LA RESURRECCIÓN Y LA PROFECÍA

Otro capítulo de este libro trata con más detalle este tema, pero no está fuera de lugar que hagamos aquí una breve referencia a él. Después de Su resurrección, Jesús señaló a Sus discípulos que la crucifixión y la resurrección eran temas de la profecía del Antiguo Testamento y no deberían haber sido tan inesperados e impactantes y perturbadores para ellos. Él los reprendió. Su consternación ante su muerte fue evidencia de una necia lentitud de corazón con respecto a la fe en los profetas. Jesús les interpretó las Escrituras (Lucas 24:25-27, 44-47).

Entonces, fue de Jesús que los apóstoles y los primeros predicadores aprendieron por primera vez a utilizar las profecías del Antiguo Testamento como fundamento de sus afirmaciones de ser el Mesías. Primero ellos debían interpretar las Escrituras, “abriéndolas y discutiendo que era necesario que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos”, y luego ellos podrían ver que “este Jesús que se os anuncia, es el Cristo”, porque “Es sólo en este Jesús” que las Escrituras del Antiguo Testamento encuentran explicación y cumplimiento. Los apóstoles habían visto y oído en Jesús sólo lo que el Antiguo Testamento llevaría a uno a esperar del Mesías. Cuando se añadieron las señales y prodigios, para indicar el respaldo de Dios al transmitir el mensaje apostólico, los apóstoles pudieron presentar al mundo un caso que muchos miles de personas encontraron convincente.

La mayoría, sin embargo, por un motivo u otro, estaban decididos a no creer. El resumen que hace Lucas de los resultados de la

predicación de Pablo en Roma también podría haberse escrito sobre la mayoría de los otros lugares: “Y algunos creyeron lo que se decía, y otros no creyeron”. No hay redoble de tambores ni toque de trompetas, ni se dice que era “el grupo de más rápido crecimiento en el mundo”, sino un informe simple y honesto. “Algunos creyeron; otros no.”

Todos estos judíos lucían iguales — devotos, religiosos, asistiendo a los servicios de la sinagoga, escuchando las Escrituras cada sábado. Pero ellos no eran lo mismo. Por que la Palabra de Dios expone una división interna entre dos grupos fundamentalmente diferentes que antes parecían ser uno. Así es hoy. “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.” (Hebreos 4:12). Los hombres piensan que están juzgando las exigencias de la Palabra de Dios cuando en realidad la Palabra los está juzgando.

*Muchos críticos afirman que la señal se refiere a la predicación de Jesús más que a su resurrección. Mateo 12:40 no presenta ningún problema para tales críticos. Simplemente usan el método de “cortar y pegar” para tratar las Escrituras y cortan el versículo. Se nos dice que Jesús nunca pronunció las palabras, que más bien fueron añadidas por Mateo o por un interpolador posterior. Estos críticos no tienen base textual para esta afirmación, pero piensan que Jesús no pudo haber pronunciado esas palabras. La mayoría de ellos no cree que Jesús pudiera haber predicho su resurrección. El hecho es que tienen más confianza en sus ideas de lo que Jesús pudo y no pudo haber dicho que en el informe de un testigo ocular de lo que Él realmente dijo. Parecen pensar que podrían escribir el Evangelio mejor que Mateo. Acepto el evangelio de Mateo — no la revisión de los críticos.

Aparte de su falta de evidencia textual, H. A. W. Meyer sugiere otro problema de la conclusión crítica — es decir, la forma oscura en que se predice la resurrección. Un interpolador que quisiera cambiar el pasaje para hacer una referencia a la resurrección probablemente habría escrito una declaración más clara.

Uno de los argumentos de Plummer es que Jesús no pudo haber dicho lo que se registra el versículo 40, ya que sólo estuvo en la tumba un día y dos noches en lugar de tres días y tres noches. Por lo tanto, las palabras deben haber sido puestas en Su boca por el escritor del libro o añadidas por otra persona. Pero la dificultad sobre la que Plummer llama la atención en realidad refuta la opinión de los críticos. Uno puede imaginarse a alguien haciendo una predicción que no se cumple literalmente. Pero, ¿por qué Mateo o alguien más escribiría “tres días y tres noches” después de haber visto que no era literalmente cierto? Como escribe Godet (sobre Lucas 9:21 y siguientes), “¿quién habría soñado alguna vez con poner en boca de Jesús la expresión **tres días y tres noches** después del suceso, cuando en realidad el tiempo transcurrido en la tumba no excedió de un día?” y dos noches?”

Los “tres días y tres noches” evidentemente deben explicarse como una expresión que, debido al peculiar uso judío, era intercambiable con otras expresiones como “después de tres días” y “al tercer día”. “Una noche y un día” era evidentemente una expresión técnica para una determinada unidad de tiempo, de modo que cualquier parte de un día se describiría así. Para la documentación bíblica y extra-bíblica de este uso, se remite al lector a **Jesús y Jonás** de J. W. McGarvey, así como a los comentarios estándar sobre los pasajes relevantes, especialmente John Broadus sobre Mateo y **el Testamento Griego de Alford** sobre Mateo.

La omisión de Lucas de la explicación de la señal de Jonás dada en Mateo 12:40 también se presenta como evidencia de que las palabras no fueron dichas por Jesús. Se nos dice que Lucas realmente escribió lo que Jesús realmente dijo. Pero aunque el relato de Lucas omite la explicación, parece implicarla. El tiempo futuro, “será” (es decir, una señal), se ajusta a la resurrección, pero es difícil para describir la predicación actual de Jesús (Lucas 11:30).

PARA LEER MÁS

- Alford, Henry. *El Testamento Griego*, Vol I, 7ª edición. Cambridge: Deighton, Bell y Co., 1874.
- Broadus, John A. *Comentario sobre el Evangelio de Mateo*. Reimpresión. Valley Forge, Pa: Publicación Sociedad Bautista Estadounidense, sin fecha.
- Godet, F. L. *Comentario sobre el Evangelio de Juan*, Vols. I, II, 3ª edición. Reimpresión. Grand Rapids: Casa Editorial Zondervan, sin fecha. *Comentario al Evangelio de Lucas*, 4ª edición. Reimpresión. Grand Rapids: Casa Editorial Zondervan, sin fecha.
- McGarvey, J.W. *Jesús y Jonás*. Reimpresión. Murfreesboro, Tenn.: Publicaciones de Dehoff, 1952.
- Meyer, H. A. W. *Manual Crítico y Exegético del Evangelio de Juan*, quinta edición. Nueva York: Funk y Wagnalls, 1884. *Manual Crítico y Exegético del Evangelio de Marcos y Lucas*, 5ª edición. Nueva York: Funk y Wagnalls, 1884. *Manual Crítico y Exegético del Evangelio de Mateo*, 6ª edición, Nueva York: Funk & Wagnalls, 1884.
- Plummer, Alfred. *Un comentario Exegético al Evangelio según San Mateo*. Grand Rapids: Compañía Editorial William B. Eerdmans, 1963.

LA RESURRECCIÓN Y LA DEIDAD DE CRISTO

Ferrell Jenkins

Ferrell Jenkins es miembro de la facultad de Biblia de Florida College, Temple Terrace, en Florida, y predicador de la Iglesia de Cristo de Lakeland Hills Boulevard en Lakeland, Florida. Se graduó de la Escuela Bíblica de Atenas (Alabama), del Florida Christian College y de la Escuela de Graduados en Religión Harding, Memphis, Tennessee, institución de la cual obtuvo una maestría con especial énfasis en el Nuevo Testamento. Ha contribuido al Diccionario Bíblico New Smith y al simposio Pensamientos sobre la Unidad. Miembro asociado de las Escuelas Estadounidenses de Investigación Oriental, es autor de El tema de la Biblia y El Antiguo Testamento en el Libro del Apocalipsis. También se desempeña como editor asociado de la Fundación Cogdill y predica en series especiales de reuniones.

LA RESURRECCIÓN Y LA DEIDAD DE CRISTO

“... y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue.” Estas palabras de Mateo 27:60 cierran la última frase de *The Jefferson Bible*, una recopilación de pasajes relacionados con la vida y la moral de Jesús de Nazaret recortados y pegados en un cuaderno en blanco por Thomas Jefferson y publicados después de su muerte (*The Jefferson Bible*, reimpresso, Greenwich, Connecticut: Fawcett Publications, Inc., 1961). El Jesús de Jefferson murió y fue sepultado; el Jesús de la fe y las Escrituras del Nuevo Testamento murió, fue sepultado y *resucitó victorioso* sobre la muerte.

¿Es lógicamente posible que uno acepte las enseñanzas morales de Jesús y, al mismo tiempo, rechace sus afirmaciones, milagros y resurrección? Los documentos del Nuevo Testamento describen a un Cristo *divino*, y allí se afirma que la divinidad o deidad de Cristo descansa, como prueba culminante, en su resurrección corporal de entre los muertos. Nuestro propósito en este capítulo será discutir la relación entre la resurrección de Cristo y su deidad. Si Jesús, de hecho, no resucitó de entre los muertos, entonces sus afirmaciones no son ciertas y Él no es el Hijo de Dios en ningún sentido distinto.

John Warwick Montgomery ha observado correctamente que si Jesús no era divino, como afirman inequívocamente los registros del Nuevo Testamento, entonces nos quedan sólo tres interpretaciones de los datos, a saber:

- (1) Jesús afirmó ser el Hijo de Dios, pero en realidad no lo era, es decir, era un charlatán;
- (2) Jesús pensó que era el Hijo de Dios, pero en realidad no lo era, es decir, era un lunático;
- (3) Jesús en realidad nunca afirmó ser el Hijo de Dios, Sus discípulos pusieron esta afirmación en Su boca; es decir, los discípulos eran charlatanes, lunáticos o exageradores ingenuos.

Montgomery muestra que ninguna de estas interpretaciones está en consonancia con la historia, la psicología o la razón (*¿Hacia dónde va*

la historia?) Grand Rapids: Editorial Zondervan, 1969, pág. 63. Atticus G. Haygood también discutió este punto en *El hombre de Galilea*). Mediante el proceso de eliminación uno puede llegar aceptar la deidad de Jesús como un hecho. Aquí sólo nos interesan las afirmaciones de Jesús relacionadas con su resurrección. ¿Pueden sostenerse estas afirmaciones después de un examen cuidadoso?

I. PREDICCIONES DE CRISTO SOBRE SU RESURRECCIÓN

Las afirmaciones o predicciones hechas por Jesús acerca de su resurrección están consistentemente dispersas a lo largo de su ministerio público (Ver Wilbur M. Smith, *Grandes Sermones sobre la Resurrección de Cristo*, Natick, Mass.: W. A. Wilde Co., 1964, págs. 269-278). Una consideración de estas afirmaciones en cada período de su ministerio público debería ayudar a preparar el camino para un examen cuidadoso de la relación que hay entre las afirmaciones y la resurrección que se predijo.

Al principio de su ministerio en Judea

Cuando los judíos en Jerusalén pidieron a Jesús una señal después de la purificación del templo, él respondió: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.” (Juan 2:19-22). Los judíos, pensaron que Él hacía referencia al templo de Herodes, y le remarcaron a Jesús que había tenido una etapa de construcción (o remodelación) que duró 46 años; así que, lo que Él afirmó les parecía imposible. Casi tres años después, ésta declaración audaz pero incomprendida formó una de las acusaciones formuladas contra Jesús (Mateo 26:61; comp. 27:40, 63-64). Aún más tarde, Juan dio esta interpretación al escribir el Evangelio:

“Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho.” (Juan 2:21-22).

El ministerio Galilea

Durante el segundo año de Su ministerio, a Jesús se le pidió nuevamente que mostrara una señal, y Él respondió de esta manera. “La generación mala y adúltera busca señal; y no se le dará señal alguna sino la señal del profeta Jonás; porque como estuvo Jonás en el vientre

del gran pez tres días y tres noches; Así estará el Hijo del Hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra” (Mateo 12:39-40). La resurrección no se menciona específicamente en este pasaje, pero hay acuerdo general en que Jesús hizo referencia a ella. El punto es que Jonás no permaneció en el vientre del gran pez y Jesús no permanecería en el corazón de la tierra. Jesús hizo tanto esta afirmación como la discutida previamente en público, entre aquellos que lo rechazaban.

Una de las afirmaciones privadas, pero muy significativa, se registra en Mateo 16:13-20. Cuando Jesús preguntó a sus discípulos “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?”, le dieron las respuestas populares de la época. Algunos pensaron que podría ser Juan el Bautista, otros Elías; otros pensaron que Jeremías u otro profeta. Ninguno de estas respuestas eran correctas. Jesús se vio impulsado a preguntar: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” El impetuoso Pedro respondió: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”.

Quizás un diagrama sería útil para visualizar lo que implica esta confesión. El nombre “Jesús”, aunque divinamente dado (Mateo 1:21), era el nombre por el cual era comúnmente conocido entre la población. El término “hijo del hombre” se usa obviamente aquí de la misma manera que se usa en el Salmo 8:4, como término que designa al “hombre” o humanidad. (Véase el estudio detallado de este escritor sobre el término “hijo del hombre” en *El Antiguo Testamento en el Libro del Apocalipsis*, Marion, Ind.: Cogdill Foundation Publications, 1972, págs. 83-87).

La confesión de Pedro fue que Jesús era el Cristo, el hijo del Dios viviente. El “yo” de la pregunta de Jesús es el “tú” de la respuesta de Pedro. Jesús era más que simplemente “Jesús”; Él era el *Cristo*. Este es el equivalente griego del *Mesías* en hebreo, que había sido predicho en muchas profecías del Antiguo Testamento. Jesús era más que “hijo del hombre”; de hecho, era el “hijo del Dios vivo”.

PREGUNTA DE JESÚS:

Yo — Jesús — Hijo del Hombre

LA CONFESIÓN DE PEDRO:

Tú — Cristo — Hijo del Dios Viviente.

¡Esta es una gran declaración de la divinidad de Jesús! La conclusión expresada por Pedro había sido *revelada* por el Padre, mediante profecías cumplidas y las palabras y obras de Jesús. Desde el momento de la confesión de Pedro, “...comenzó Jesús a declarar a sus

discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día.” (Mateo 16:21).

Aproximadamente una semana después, cuando Jesús se transfiguró delante de Pedro, Santiago y Juan, les mandó que a nadie contaran la visión “hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos.” (Mateo 17:9). Una declaración similar está registrada en Mateo 17:23. Es significativo que estas predicciones de una resurrección sigan al anuncio de Su deidad (ver también Lucas 9:18-22).

Durante el Ministerio Perea

De camino a Jerusalén, Jesús volvió a decirles a los discípulos que el Hijo del Hombre sería condenado a muerte. “...será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles para que le escarnezan, le azoten, y le crucifiquen; mas al tercer día resucitará.” (Mateo 20:18-19). Tenga en cuenta que en muchos de estos pasajes estamos considerando que es el “hijo del hombre” quien resucitará. Observe también que Jesús afirma que Él mismo resucitará y que Él mismo “sería resucitado”.

En la noche de su traición

Después de la institución de la Cena del Señor, Jesús salió al monte de las Olivos con los once. Los discípulos, incluso a esta hora tardía, parecían no darse cuenta de la condena inminente. Jesús les dijo que serían esparcidos, pero predijo una reunión en Galilea “Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea.” (Mateo 26:32). El hecho de que estas afirmaciones de Jesús estén dispersas a lo largo de Su ministerio durante los tres años es significativo; ilustran un plan consistente y bien diseñado.

II ¿FUERON VERDADERAS LAS PREDICCIONES?

¿Fueron ciertas las predicciones hechas por Jesús acerca de su resurrección? ¿Fue realmente capaz de hacer afirmaciones tan audaces? Recuerde las consecuencias: si las predicciones fueron ciertas, entonces Jesús resucitó literalmente de entre los muertos y es el divino Hijo de Dios. Si Jesús no resucitó de entre los muertos, era un mentiroso y no el Hijo de Dios. Es la afirmación de los predicadores y escritores del Nuevo

Testamento que Jesús resucitó de entre los muertos y que, por lo tanto, Él es el Hijo de Dios. Las cuestiones de la resurrección de Jesús y su deidad deben considerarse juntas. Como ha dicho Sparrow Simpson: “De hecho, aquellos que niegan Su resurrección consistentemente niegan como regla Su Divinidad y Su obra redentora en cualquier sentido que Pablo hubiera reconocido” (W. J. Sparrow Simpson, “La Resurrección de Cristo,” *Un Diccionario de Cristo y los Evangelios*, ed. James Hastings, Edinburgh: T. & T. Clark, 1909, II, p.514). Un examen de tres o cuatro pasajes debería ser suficiente para mostrar la relación entre la resurrección de Jesús y su filiación.

El sermón de Pedro sobre Pentecostés

Apenas 50 días después que la resurrección fue reportada, Pedro proclamó la deidad de Jesús a miles de los hombres más devotos de la nación judía. El término “Cristo”, que ya había reconocido, añadió el termino “Señor” (Hechos 2:36). Para establecer el señorío de Jesús, Pedro utilizó tres líneas de evidencia: (1) el testimonio del profeta David en el Salmo 16, (2) el descenso del Espíritu Santo prometido y (3) las experiencias de los testigos personales de los apóstoles. Cada una de estas líneas de evidencia estaba relacionada con la resurrección de Cristo.

(1) David habló de la resurrección de Cristo en Salmo 16 (versículo 31).

(2) Jesús prometió enviar el Espíritu Santo para guiar a los apóstoles a toda la verdad, pero había dicho que el Espíritu no podría venir a menos que regresara al Padre (Juan 16:7-16). La venida del Espíritu en Pentecostés fue evidencia para Pedro de que Jesús había hecho lo que prometió y ahora estaba a la diestra de Dios. ¡Pero esto requería la resurrección, porque Jesús no podría haberse ido para estar sentado a la diestra de Dios como Señor y Cristo sin la resurrección de entre los muertos!

(3) La resurrección implicó más que simplemente el *espíritu* de Jesús (comp. Lucas 24:39 y Juan 20:24-29); Pedro fue testigo ocular de el cuerpo (*la carne*) no vio corrupción.

Discurso de Pablo en Antioquía de Pisidia

Pablo afirmó que la declaración del segundo Salmo “Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy”, se cumplió en la resurrección de Cristo

(Hechos 13:30-34). Al igual que Pedro, Pablo citó el cumplimiento de la profecía y el testimonio de testigos oculares. A diferencia de Pedro, Pablo aquí no hace ninguna referencia específica a la venida del Espíritu Santo, a menos que esté implícita en “las misericordias fieles de David.”, y Pablo no pretende aquí ser testigo de la resurrección, sino que dice “que él [Cristo] se apareció durante muchos días a los que habían subido juntamente con él de Galilea a Jerusalén, los cuales ahora son sus testigos ante el pueblo.”

Romanos 1:3-4

Al comienzo de su gran epístola a los Romanos, Pablo habló de Jesucristo de esta manera: “... nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:3-4). Aquí Pablo habla de las dos naturalezas de Jesús: Él era carne y espíritu. Barrett traduce el pasaje “en la esfera de la carne, nacido de la familia de David; en la esfera del Espíritu Santo, nombrado “Hijo de Dios” (C. K. Barrett, *Un Comentario a la Epístola a los Romanos*, Nueva York: Harper and Row, Publishers, 1957, p., 18). El pasaje se puede trazar de la siguiente manera :

EL HIJO DE DIOS

Jesucristo nuestro Señor

Hecho [por nacimiento] — linaje de David — Carne
Declarado [por resurrección] — Hijo de Dios — Espíritu

Numerosos problemas están asociados con el estudio de este pasaje, que el lector tal vez desee investigar. ¿Se refiere el termino “declarado” (griego [ὁρίζω] — *horizo*) a una declaración o a un nombramiento? ¿Debe entenderse el término “poder” (griego [δύναμις] *dunamisi*) adverbialmente, como calificativo de “declarado”, o como adjetivamente, como un atributo de “Hijo de Dios”? ¿Se refiere el “espíritu de santidad” al Espíritu Santo o al propio espíritu humano de Cristo que estaba marcado por el atributo de santidad? Sin embargo, incluso sin tomar una decisión sobre estas cuestiones, varias cosas están perfectamente claras y nos concentraremos en ellas.

La palabra griega [ὁρίζω] — *horizo*) (declarado) literalmente significaba “limitar” o “establecer el límite”, pero en sentido figurado llegó a significar “fijar” o “nombrar”. Cinco de las ocho veces que se usa la palabra en el Nuevo Testamento describe algún aspecto de la persona y obra de Cristo (Lucas 22:22; Hechos 2:23; 10:42; 17:31; Romanos 1:4. Las excepciones son Hechos 11:29; 17:26 y Hebreos 4:7). Los eruditos han debatido si Romanos 1:4 es una declaración o decreto acerca de Cristo, o si se refiere a su nombramiento e institución para una función o relación. Schmidt dice que esto no es una cuestión de urgencia, “ya que una declaración divina es lo mismo que un nombramiento divino: El Verbo de Dios es *Eficaz*”. Él admite que hay un punto importante detrás de la disputa, “porque en los pasajes cristológicos aducidos, Hechos 10:42 y 17:31 así como Romanos 1:4, la designación de Jesús como (Cristo) como lo que ha de ser debe ser equiparado con lo que Él ya es desde el principio del mundo, desde toda la eternidad en el decreto de Dios” (K. L. Schmidt, “*horizo*”, *Diccionario Teológico de el Nuevo Testamento*, ed. Gerhard Friedrich, traducido y editado por Geoffrey W. Bromiley, Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1968, V, pp. 452-453).

Parry observó correctamente que “*horizo*” “no implica que luego llegó a ser Hijo de Dios, como la palabra griega *genomenos* [hecho] implica que se hizo hombre, sino que Su filiación única vino hacer entonces clara para los hombres” (R. St. John Parry, *Romanos: Testamento Greg de Cambridge*, Londres: Cambridge University Press, 1912, p. 33). Sparrow Simpson dijo:

“Él fue el Hijo de Dios en todo momento; pero la realidad de su filiación quedó oculta por sus debilidades humanas. Porque ser Hijo de Dios en debilidad parece una contradicción de términos. Al menos así le pareció a la época en la que vivió Cristo. Las inferencias que los hombres se vieron obligados a sacar de su unicidad moral quedaron comprometidas, desordenadas y frustradas por su aparente fracaso. Si se dice que los hombres deberían haber visto esto; El ideal puede concederse, pero el hecho permanece. No vieron la divinidad en la debilidad. En consecuencia, era necesaria alguna revelación del Hijo de Dios en poder para contradecir la impresión engañosa de su derrocamiento. Esto Pablo afirma haber sido hecho en la Resurrección” (W. J. Sparrow Simpson, *La Resurrección y el Pensamiento Moderno*, pp. 287-288; citado en Wilbur M. Smith, *Por tanto, Ponte en Pie*, Boston: W. A. Wilde Co., 1945, pp. 419-420).

La resurrección de Cristo se atribuye, por tanto, al Padre (Hechos 2:24), a Jesús mismo (Juan 10:18) y al Espíritu Santo (Romanos 1:4; 8:11, si estas interpretaciones son correctas).

En toda la Biblia, y especialmente en Romanos, la justificación se trata como obra de Dios. En este sentido, es interesante observar la afirmación de Pablo de que Jesús fue “resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25).

Otra de las epístolas de Pablo contiene fraseología similar a la de Romanos 1:3-4. A Timoteo le escribió sobre el misterio de piedad en 1 Timoteo 3:16:

“Dios fue manifestado en carne,
Justificado en el Espíritu,
Visto de los ángeles,
Predicado a los gentiles,
Creído en el mundo,
Recibido arriba en gloria.”

El mismo problema con respecto a la palabra “espíritu” en Romanos 1:4 también se encuentra aquí. Hendriksen toma la posición de que la referencia es al Espíritu Santo. Dice que “fue especialmente por medio de *su resurrección de entre los muertos* que el Espíritu vinculó plenamente la afirmación de Jesús de que él era el Hijo de Dios”, y cita Romanos 1:4 (William Hendriksen, *Comentario del Nuevo Testamento*, Grand Rapids: Baker Book House, 1957, pág. 140). Gundry piensa que la frase se refiere al espíritu humano de Jesús, pero admite que “aún se puede ver una referencia a la resurrección de Jesús en la línea 2, no por la operación del Espíritu Santo, sino en el ámbito del espíritu con referencia a la naturaleza espiritual de cuerpo glorificado de Cristo” (Robert H. Gundry, “La Forma, el Significado y el Trasfondo del Texto Citado en 1 Timoteo 3:16”, *Historia Apostólica del Evangelio*, ed. W. Ward Gasque y Ralph P. Martin, Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1970, pág. 212).

III. CONCLUSIÓN

Por su resurrección de entre los muertos, Jesús fue declarado Hijo de Dios. Esta fue la evidencia valedera de Dios de que Jesús era en verdad el Señor y Cristo, Dios el Hijo. Debido a que resucitó, sabemos que es lo que afirmó y, por lo tanto, digno de nuestra confianza y

adoración. Jefferson tenía razón: hicieron rodar una gran piedra hasta la puerta del sepulcro y se marcharon. Pero la recopilación de Jefferson estaba incompleta. El primer día de la semana, cuando los discípulos fueron al sepulcro, encontraron la piedra quitada y el sepulcro vacío. El divino mensajero anunció “No está aquí, sino que ha resucitado” (Lucas 24:6). Él es “Jesucristo nuestro Señor”.

PARA LEER MÁS

F. F. Bruce y William J. Martin, “La Deidad de Cristo”, *Cristianismo Hoy*, IX (18 de diciembre de 1964), págs. 283-289.

John Warwick Montgomery, *¿Hacia Dónde Va la Historia?* Grand Rapids: Editorial Zondervan, 1969.

Elmer E. Parsons, *Testigo de la Resurrección*. Grand Rapids: Book House Baker, 1967.

Wilber M. Smith, *Grandes Sermones sobre la Resurrección de Cristo*. Natick, Massachusetts: WA Wilde Co., 1964.

W. J. Sparrow Simpson, “Resurrección de Cristo”, *Diccionario de Cristo y los Evangelios*, editado por James Hastings. Edimburgo: T. & T. Clark, 1909.

Merrill C. Tenney, *La Realidad de la Resurrección*. Nueva York: Harper y Row, Editores, 1963.

LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA DEL CRISTIANO

Edward Fudge

Edward Fudge es editor de The C. E. I. Publishing Company. Graduado de la Escuela Bíblica de Atenas (Alabama), Florida College (A. A.) y Abilene Christian College (B.A., M.A., Lenguas Bíblicas), ha realizado trabajos de posgrado adicionales en el Seminario Teológico Covenant y Seminario Teológico El Edén, ambos en el condado de St. Louis, Missouri. Es autor de *Nuestro Hombre en el Cielo: Una Exposición de la Epístola a los Hebreos* y otros libros y folletos. Miembro de la Sociedad de Literatura Bíblica y miembro asociado de la Sociedad Teológica Evangélica, sus artículos han sido publicados en la *Revista* de esta última. Predicador de la Iglesia de Cristo Kirkwood en St. Louis de 1968 a 1972, actualmente vive en Atenas, Alabama, donde también predica para la Iglesia Holland's Gin y se desempeña como editor asociado del *Gospel Guardian*.

Lección 4

LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA DEL CRISTIANO

La Biblia comienza con el Dios Creador, eterno y todopoderoso, que trae a la existencia de la nada su creación visible, coronándola con el hombre — hecho a su propia imagen. Sobre esta base se construyen la teología bíblica, la antropología y, tras la entrada del pecado, también la soteriología. A lo largo de las Escrituras, el hombre encuentra vida sólo a través de la fe en su Dios el Creador. Desde Abram en adelante, la fe salvadora tiene especial referencia a la capacidad de Dios para resucitar a los muertos — lo cual no debe sorprendernos, ya que Él es el Creador. Pablo destaca este elemento de la fe de Abraham y lo presenta como el ejemplo clásico del hombre a quien Dios imparte justicia sin mérito.

“(Como está escrito: Te he puesto por padre de muchas gentes) delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen. El creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia.” (Romanos 4:17-22).

Como hijos espirituales de Abraham, los creyentes hoy encontramos en la fe del patriarca un prototipo de la nuestra. Como él, ponemos nuestra confianza en Dios que resucita a los muertos. A diferencia de él, podemos mirar hacia atrás y ver una resurrección ya consumada en la historia de la humanidad. Es más, esa resurrección fue para nuestra salvación.

“Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de

ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:23-25).

Esta es la Palabra que proclama el evangelio; es el elemento central de la fe cristiana. El evangelio anuncia que Dios ha resucitado a Jesús; llama al oyente a arrojarse en manos del mismo Dios.

“Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado.” (Romanos 10:8-10).

No nos sorprende, entonces, encontrar la resurrección de Cristo en los primeros resúmenes de la fe cristiana (1 Timoteo 3:16; 2 Timoteo 2:8; 1 Corintios 15:3-4). Tampoco nos sorprende que los escritores del Nuevo Testamento expresen su más profunda preocupación por las aberraciones de esta fe, “Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó.” y si Cristo no ha resucitado, el sistema cristiano es completamente falso y la esperanza cae al suelo (1 Corintios 15:12-19; 2 Timoteo 2:18). “¡Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho!” (1 Corintios 15:20) — y con tales palabras nos animamos unos a otros en verdadero *parakaleo*— consuelo (1 Tesalonicenses 4:14-18).

I. EL GRAN COMPROMISO

Para el cristiano, el compromiso con Dios es una necesidad, no una opción. Es una necesidad, sin embargo, no según el orden de un trato — como si el compromiso fuera la moneda de la salvación, o el fin del hombre en un trato divino — sino una necesidad basada en acontecimientos históricos específicos, acontecimientos que involucran tanto a Jesucristo como al creyente. Jesús murió en la cruz para el mundo y todo lo que hay en él. Murió a la existencia corporal. Su única esperanza para la vida corporal futura residía en el beneplácito y el poder de Dios. El Padre tuvo a bien restaurar la vida en el cadáver de Jesús, glorificarlo y darle la inmortalidad, prepararlo para una existencia eterna digna de su Hijo obediente. El cristiano ha pedido a Dios que considere suya esta experiencia. Él también ha muerto para este mundo y para todo

lo que ofrece. También ha puesto su cuerpo y su alma en manos de Dios que resucita a los muertos. Él también tendrá vida a partir de ahora sólo en la medida en que Dios se complace en dársela. El hombre ha venido ante Dios como un condenado, reconociendo la pena debida por sus propios pecados. Se ha vuelto horrorizado y disgustado por todo lo que vio en sus propias obras y esfuerzos. Ha querido morir a sí mismo y a su pasado, enterrar el "viejo hombre" eternamente, encontrar de ahora en adelante la identidad sólo como miembro de Cristo. Ésta es la base común de nuestro compromiso. Esto impulsa y moldea la forma de nuestras vidas.

"Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven." (Romanos 14:7-9).

"Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas." (2 Corintios 5:14-17).

En el Nuevo Testamento, el creyente expresa su deseo de participar en la muerte y resurrección de Cristo recreándola en el acto del bautismo. Aquí se pone únicamente en manos de Dios, solicitando que la muerte de Cristo sea considerada como el castigo debido por sus pecados, y que la vida de resurrección de Cristo sea sellada con gracia para él. Aquí hay un momento concreto en la propia vida del creyente al que después puede mirar y decir: "Allí sucedió. Allí entregué el control de mi vida a Cristo. Allí fui sepultado con Cristo, y allí Dios me resucitó por Su gracia y poder"*

"¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva... Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos

del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia.” (Romanos 6:3-4, 17-18). “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; ...El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades.” (1 Pedro 3:18-22).

Aquí no puede haber ningún pensamiento sobre el mérito humano, ni ninguna detracción de la gracia divina. El bautismo no es una “obra de justicia” de la que el creyente pueda jactarse. Es, de hecho, una auto-descarga: con ella niega todo valor personal; con ello confiesa su desesperanza personal; por ella reconoce una muerte a sí mismo y a todas las ofrendas carnales,** Es un salto de fe hacia Dios, pero es un salto en la luz, porque Dios disipó las tinieblas cuando resucitó a Jesús de entre los muertos (2 Timoteo 1:9 -10). El bautismo es un acto de fe, una respuesta de confianza en el Dios que resucita a los muertos — el Dios que resucitó a Jesús — el Dios que a través del evangelio invitó y dio poder a los muertos para que vinieran a Él y recibieran vida (Marcos 16:15- 16; Hechos 2:38; Efesios 1:19-2:10).

Habiendo sido “sepultados con él en el bautismo, en el cual también fuisteis resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. Y a vosotros estando muertos e pecados... os dio vida juntamente con él, perdonándoos todas los pecados” (Colosenses 2:12-13).

A partir de este momento, el creyente se compromete a depender de Dios completamente y sin equívocos, está comprometido a depender de Dios para siempre, a confiar en Él para la salvación y a vivir según Él le indique (Hebreos 13:20-21; 1 Pedro 1: 20-21). Después de su muerte y resurrección con Cristo, no puede haber vuelta atrás. ¡A partir de aquí la suerte del cristiano está echada!

“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la

justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.”

“Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.” (Filipenses 3:8-11, 20-21).

II. LA ÉTICA DE LA RESURRECCIÓN

Jesucristo fue el Siervo sufriente de Jehová, quien, conocido desde la eternidad y predicho por los profetas, murió por los pecados de su pueblo (1 Pedro 1:20; Isaías 53). Pedro tiene esto en mente cuando señala la muerte de Cristo como un incentivo para una vida santa. “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.” (1 Pedro 2:24).

Si Jesús hubiera permanecido en la tumba, su muerte no habría tenido ningún valor. Por tanto, cuando fue molido por nuestras iniquidades y después de que fue entregado por nuestras transgresiones, fue resucitado para nuestra justificación. La resurrección de Jesús, como veremos más adelante en detalle, lo llevó a un nuevo modo de existencia — una vida más allá del alcance del poder de Satanás. Esta es la vida a la que Dios también lleva al creyente cuando lo resucita a uno en el bautismo.

No basado en reglas carnales

Aquí debemos observar que la vida de resurrección de Cristo, en la que el cristiano tiene el privilegio de participar a través de la fe por el poder del Espíritu Santo, no está determinada por interminables cosas que hacer y no hacer, sino por una asociación vital con Jesús, el cual es la cabeza del cuerpo. No se debe suponer por esto que no hay reglas para el cristiano, porque sí las hay. Pero debe ser claramente consciente de que la ética de — la vida de resurrección surge de una relación viva con el Señor resucitado; no está regulado en todas las circunstancias posibles por una norma específica para la ocasión. Una ética basada en

la casuística (una regla específica para cada “caso” concebible) resulta atractiva para el hombre carnal, porque le da la apariencia de piedad y gran humildad. Algunos errores en Colosas siguieron precisamente ese camino. En respuesta a estos alborotadores, que muchos eruditos pensaban que eran ascetas gentiles y no legalistas judíos, Pablo dio esta amonestación razonada.

“Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios. Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne.” (Colosenses 2:18-23).

Las listas extensas de “no toques esto, no pruebes aquello, no toques lo otro” pertenecen a los principios elementales del mundo, dice Pablo. No estás viviendo en el mundo si eres parte de Cristo, porque Él murió a este mundo y ahora vive en resurrección, y está a la diestra de Dios. Eso también debe determinar tu forma de vivir, porque en Él compartes Su posición.

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas.” (Colosenses 3:1-7).

Aquellos unidos a Cristo no están específicamente sujetos a las leyes que Dios dio anteriormente a través de Moisés. Aunque sigue una figura retórica diferente, Pablo también basa este punto en la muerte y

resurrección del cristiano con Cristo. La mujer “casada”, señala, “está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido.” (Romanos 7:2). De la misma manera, continúa Pablo diciendo, el cristiano ha sido separado de la Ley de Moisés por la muerte — no de la Ley sino de la suya propia. “Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios” (Romanos 7:1-4). El creyente ha muerto con Cristo, argumenta Pablo, está libre de la obligación de la Ley — porque se extiende sólo a los hombres en esta vida presente. Debido a que ha resucitado con Cristo, el creyente tiene vida de resurrección y está “unido” a Cristo — por el propósito de hacer la voluntad de Dios. “Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra.” (Romanos 7:6).

El hombre resucitado con Cristo queda, por tanto, liberado de una vida de casuística — y de la racionalización o condenación a la que ello conduce siempre al hombre pecador. Su conducta está motivada y regulada por su unión con Cristo resucitado a la diestra de Dios, no por instrucciones detalladas que abarquen todas las posibilidades de la vida. Su muerte y resurrección con Cristo lo liberó de la Ley de Moisés. Pero esa misma experiencia también lo liberó del poder del pecado, para hacer posible una vida victoriosa y santa. Pablo explica esto en el capítulo sexto de Romanos.

Basado en la experiencia de Cristo

“Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado” así comienza (Romanos 6:7). Esta es una simple declaración de hecho, aplicable tanto en un sentido general como en un contexto cristológico. El hombre que muere queda libre del pecado. La muerte es la frontera final del poder del pecado. Un hombre que ha sido ejecutado nunca más se verá tentado a cometer el crimen porque él ha muerto. Tampoco el asesinado que muere en la silla eléctrica es llevado luego a la horca para ser ahorcado. La muerte marca el fin de su trato con el pecado — en lo que respecta al hombre (por supuesto, todavía debe responder ante Dios por sus pecados, pero ese no es el punto aquí).

“Pero”, objeta alguien, “¿y qué? ¡Estoy bastante vivo! Y estoy muy preocupado por el pecado y la tentación. ¿Qué tiene esto que ver conmigo?”

Pablo responde rápidamente. “Es cierto que no ha muerto físicamente”, podría decir. “Pero Jesús sí. Él está fuera del alcance del pecado, está fuera del territorio de Satanás. Él está más allá de la jurisdicción y el poder del pecado. No sólo eso, sino que ha resucitado de entre los muertos para vivir en completa y plena comunión con Dios.”

“Sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive.” (Romanos 6:9-10).

Alguien podría responder nuevamente: “¿Pero qué tiene eso que ver conmigo? Sé que todo eso es muy cierto en el caso de Cristo, ¡pero soy yo por quien debo preocuparme!” Y a esto el apóstol responde rápidamente. “Ah”, decía, “pero moriste con Cristo y resucitaste con Él. ¿No recuerdas tu bautismo, cuando confesaste públicamente tu fe en Cristo y pediste a Dios que te considerara en adelante identificado con su Hijo?”

“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado.” (Romanos 6:3-7).

“¡Y eso”, diría Pablo, se relaciona a “ti!”

Dado que el hombre resucitado con Cristo comparte la muerte y resurrección de Cristo, él también está fuera del poder legítimo del pecado. Él también ha pasado más allá del territorio de Satanás. No está en obligación de servir al pecado. No le debe nada a Satanás. Ha muerto a todo eso, y ha sido resucitado por el poder y la gracia de Dios a una nueva vida — una vida dedicada a dar frutos para Dios. Pero este maravilloso estado de cosas no viene automáticamente. Requiere diligencia por parte del creyente. Implica obligaciones y responsabilidades muy especiales; Pablo las resume en dos palabras.

En primer lugar, el hombre en Cristo debe decidir que estas cosas son realmente ciertas. A menos que crea que lo son y viva continuamente

en esa conciencia, estas bendiciones no pueden ser tuyas de manera práctica. “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (vers. 11), escribe Pablo. Tu primera responsabilidad es mirarte a ti mismo siempre como alguien que verdaderamente ha muerto al pecado y verdaderamente ha resucitado a una vida nueva — a través de tu unión con Cristo Jesús.

Pero eso no es todo. El cristiano también debe entregarse a Dios para su servicio, no presentarse a Satanás para el servicio suyo. El diablo es siempre un amo dispuesto — incluso para aquellos sobre quienes no tiene autoridad legítima. El cristiano *puede* seguir sirviendo a Satanás, aunque *no es necesario* y ciertamente *no debería hacerlo*. Debe presentarse conscientemente a Dios para Su servicio. Debe negarse conscientemente a entregarse a Satanás para hacer su voluntad.

“No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia... Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia.” (Romanos 6:12-19).

El cristiano ahora escudriña la Palabra de Dios, ansioso por descubrir Su voluntad en todas las cosas (Romanos 12:2; Efesios 5:10, 17; Colosenses 1:9-10). Sin embargo, esta búsqueda no se limita a formular una lista de lo que se debe y no se debe hacer, por al menos tres razones. En primer lugar, la voluntad de Dios para el cristiano se expresa de manera más amplia que mediante reglas explícitas; se ve en gran medida en la vida de Jesucristo quien lo personificó (Juan 1:17-18; 1 Pedro 2:21; 1 Juan 2:6). En segundo lugar, comienza desde dentro mediante una transformación de la mente; no está impuesto externamente por una ley codificada (Romanos 12:2; Hebreos 8:10). En tercer lugar. Este tipo de comportamiento justo no está autorizado ni acreditado al cristiano mismo, sino al Cristo que vive representativamente en él a través del Espíritu que mora en él (Romanos 8:1-4, 11-14; 2 Corintios 3:18; Gálatas 2 :20; 5:22-25; Efesios 3:14-21). Esta vida exige

discernimiento, estudio y se basa ante todo en un compromiso total con la voluntad de Dios.

Estas implicaciones tienen la resurrección de Cristo para la vida del cristiano. Debido a que es miembro de Cristo, no puede participar consistentemente en la inmoralidad. Sin embargo, su vida no se describe adecuadamente en términos de lo que se debe y no se debe hacer en cada ocasión. Murió a la Ley de Moisés, murió también a todas las reglas y regulaciones humanas, que son impresionantes desde el punto de vista carnal pero que no tienen valor real para la santidad interior. En la misma experiencia, el creyente también murió al pecado; pasó más allá de su alcance, se movió fuera del territorio plagado por Satanás. El Dios en quien confía lo resucitó de entre los muertos a una vida nueva, una vida que ahora comparte con el Cristo a la diestra de Dios, una vida que Cristo ahora vive a través de él día a día. Esta vida está fortalecida por Dios que resucita a los muertos. La responsabilidad del cristiano es reconocer su verdadero estado en Cristo y entregarse a Dios como instrumento voluntario de su voluntad. Esta es la verdadera vida cristiana. ¡Esta es la vida del hombre que murió y resucitó de entre los muertos! ¿Es de extrañar, entonces, que cuando Pablo quiso exhortar a los cristianos de Efeso a una vida santa, escribiera (Efesios 5:14):

“Por lo cual dice: Despiértate,
tú que duermes, Y
levántate de los muertos,
Y te alumbrará Cristo.”

III. FIELES HASTA LA MUERTE

Debido a que el cristiano ha comprometido su vida enteramente a Dios que resucita a los muertos, puede servir a Dios con valentía y fidelidad incluso ante la muerte. Uno de los beneficios de que Dios se haga hombre en la encarnación es que su pueblo queda libre del temor constante a la muerte. El autor de Hebreos lo expresó así:

“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre.” (Hebreos 2:14-15).

Las palabras de David en Salmo 44:22 fueron igualmente apropiadas para el apóstol Pablo en Romanos 8:36; ambos sufrieron

injustamente por causa de Dios, y ambos pudieron clamar: “Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero”. Sin embargo, a diferencia de David, Pablo sabía que “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”. Por lo tanto, Pablo pudo seguir el lamento de los que sufrían con el grito victorioso: “Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.” (Romanos 8:34, 37). Debido a que Jesucristo ya probó la copa de la muerte, no sólo *ante* nosotros sino, especialmente, *por* nosotros, y debido a que Su tumba prestada fue devuelta después del fin de semana a su legítimo dueño, aquellos que están comprometidos inequívocamente con la fe de la resurrección pueden saber que nada puede separarlos de su Dios o de su amor por ellos.

“Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 8:38-39).***

Pablo encontró oponentes de mentalidad-carnal en Corinto que no podían aceptar a un Jesús crucificado. En consecuencia, ellos mismos se gloriaban en el poder humano y descartaban el apostolado de Pablo — que mostraba las marcas de la persecución y les olían a muerte. El apóstol les recordó que la verdadera fe cristiana proclamaba a un Jesús “débil” que realmente murió, y que estaba sostenida por hombres “débiles” que dependían enteramente del Dios que lo resucitó de entre los muertos.

“Porque aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios. Pues también nosotros somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros. Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” (2 Corintios 13:4-5).

Si sus detractores pudieran reunir credenciales carnales, si pudieran aliarse con cohortes humanas, si pudieran involucrarse en las estrategias y maniobras de los hombres políticos, Pablo se negaría a seguir su juego o a confiar en los poderes en los que esperaban estos. Su ministerio fue el de proclamar a Cristo Jesús como Señor — el Jesús que fue crucificado en “debilidad”. Aquellos que no pudieron entender

este mensaje simplemente fueron cegados por el dios de este mundo (2 Corintios 4:1-6). Pablo mismo no era más que una vasija de barro, a quien se le había confiado un gran tesoro; el poder era de Dios, y no de sí mismo (2 Corintios 4:7). Su fuerza estaba en la debilidad; su victoria se vio en la derrota. Su vida se hizo más evidente frente a la muerte. Todo su ministerio fue una paradoja — para el hombre que no vivió en la fe — en la resurrección.

“Que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos, sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros.” (2 Corintios 4:8-14).

La comunidad cristiana comparte esta confianza y cada participante en la comunidad necesita el estímulo constante de los demás. “Y nuestra esperanza respecto de vosotros es firme, pues sabemos que así como sois compañeros en las aflicciones, también lo sois en la consolación.” (2 Corintios 1:7). No importa lo que suceda, los hombres resucitados pueden mirar a Dios y regocijarse en su aflicción por causa de Él. Semejante sufrimiento no es motivo de vergüenza; no debe ocultarse. Es más bien una ocasión para gloriarnos en el Dios de nuestro Señor Jesucristo, — ¡el Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos y que nos resucitará a nosotros también!

“Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos; el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos libraré, de tan gran muerte;” (2 Corintios 1:8-10).

En vista de estas cosas, no nos sorprende en absoluto que el Cristo glorificado se muestre en las visiones en el libro de Apocalipsis para consolar a Su iglesia mártir. El aliento del Apocalipsis proviene nada menos que de Jesucristo, el primogénito de los muertos (Apocalipsis 1:5). En este libro, la mano que sostiene las siete estrellas se extiende para tocar con consuelo al cristiano que sufre. No “temas”, dice a Juan: “No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.” (Apocalipsis 1:16-18).

No es casualidad que el Señor se describa a sí mismo ante la iglesia de Esmirna como “...El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto:” (Apocalipsis 2:8). Y tal Señor sólo puede ser alabado y creído cuando promete a la misma congregación:

“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.” (Apocalipsis 2:10).

Por Su vida perfecta, Jesús destronó a la serpiente antigua, Satanás, y al resucitar a Jesús de entre los muertos, Dios certificó Su victoria y la derrota del diablo. Satanás sabe que su tiempo es limitado; “Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.” (Apocalipsis 12:10-17). Por el testimonio de los mártires que guardan la fe, “...Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:1-15). ¿Y qué diremos a estas cosas? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?

IV. UNA DECLARACIÓN RESUMIDA

El evangelio es la Palabra acerca de Jesús, quien murió a manos de hombres malvados y por los pecados de todos nosotros, pero que fue resucitado en poder y victoria por el Padre en quien había confiado perfectamente. Esta Palabra nos consuela ante la muerte. Más aún, nos anima en el vivir diario, a la constancia, a abundar en la obra del Señor (1 Corintios 15:58). La fe en Dios que resucita a los muertos exige un compromiso interior singular y absoluto, que lleve como fruto exterior una vida ética y digna de la fe. Dios no sólo resucitó a Jesús de entre los muertos, también nos ha resucitado de muertos en pecados a vivos en Cristo. Con la confianza engendrada por ambos actos poderosos, ahora

anticipamos también la redención de nuestros cuerpos físicos. Mientras tanto, podemos servir a Dios con valentía, sin temer ningún poder del mundo o del infierno. Porque hemos puesto nuestra esperanza de salvación en las poderosas manos de Dios — ¡Dios quién resucita a los muertos!

*Alan Richardson ha señalado en su **Introducción a la Teología del Nuevo Testamento** (Londres, SCM Press, 1961, p. 348) que... La profesión de fe sin la acción corporal de sumisión en el bautismo no es la obediencia de todos los hombre; un acto mental que no tiene encarnación externa es un mero fantasma de la plenitud del pensamiento bíblico. Creer prescindiendo del acto de obediencia, del acto del bautismo es... no creer en el Nuevo Testamento en sentido en absoluto. La acción – o mejor dicho, la pasión — de ser bautizado es en sí misma parte del acto de creer, ya que creer significa obedecer”.

**No he visto esto mejor expresado que en estos párrafos de un viejo pero preciado libro de bolsillo de Moody Press.

“Y así, recordamos aquel momento solemne en el que, en nombre de la Trinidad, fuimos sumergidos bajo el agua y luego resucitados al salir del agua, y vemos en el acto la acreditación divina que nuestro Señor dio a nuestro consentimiento de fe de nuestra unión con Él en su muerte y resurrección;” o en la expresiva frase de Crisóstomo, “La señal y garantía de nuestro descenso con Él al estado de los muertos, y de nuestro regreso desde allí”.

Hasta qué punto debemos abstenernos de atribuir alguna eficacia salvadora al agua o al acto ritual del bautismo se verá cuando consideramos cuán maravillosamente formulada está la ordenanza para negar todo mérito por la obediencia del creyente, en el acto mismo de ayudarlo. para rendir esa obediencia! Porque no sólo hay aquí un signo vacío y sin valor, sin la fe que lo acompaña, sino que muestra cuán vacía es esa fe sin su objeto, Cristo crucificado y resucitado... Y por lo tanto, al lado de la exigencia de la fe, Él ha colocado el bautismo, dándonos así el sinónimo de muerte y resurrección como lenguaje en el que debemos pronunciar nuestra confesión de fe, para que nunca olvidemos cómo fuimos redimidos.

¡Cuán vívidamente en el frío y la oscuridad momentáneos de la tumba del bautismo saboreamos Su muerte que sufrió por todos nosotros! Y en el levantamiento exultante, la rápida recuperación del aliento contenido que sigue, ¡cuán plenamente parecemos entrar en la gozosa experiencia de Su vivificación! El símbolo presiona tan estrechamente la realidad que Pablo en ese atrevido: “No sabéis” (Romanos 6:3), parece apelar al bautismo del creyente como la experiencia de la muerte y resurrección de su Señor, y haciéndolo así. un tema tanto de memoria como de fe (A. J. Gordon, En Cristo, Moody Press, sin fecha, págs. 55-64).

***Ya que antes de que Él creara cualquier cosa, sólo Dios existía; y ya que todo lo que existe, existe porque Él lo quiso; ninguna cosa creada y, por tanto, nada, puede contrarrestar o contradecir el amor de Dios por aquellos que están encomendados en Cristo a su cuidado. El cristiano que continúa en la fe no puede perderse por mucho que haga el diablo.

PARA LEER MÁS

- Cullmann, Óscar. *Cristo y el Tiempo*. Londres; SCM Press Ltd., 1962
La Cristología del Nuevo Testamento. Londres: SCM Press Ltd., 1963.
Filson, Floyd V. *El Nuevo Testamento Contra su Entorno: Estudios de Teología Bíblica*, N° 3. Londres: SCM Press Ltd., 1950.
Gordon, A. J. *En Cristo*. Chicago: Moody Press, sin fecha.
Marshall, I. Howard. *La Obra de Cristo*. Grand Rapids: Editorial Zondervan, 1969.
Richardson, Alan. *Introducción a la Teología del Nuevo Testamento*. Londres: SCM Press Ltd., 1961.

INMORTALIDAD Y RESURRECCIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Harold Tabor

Harold Tabor es director de la Cátedra Bíblica de la Iglesia de Cristo en la Universidad Stephen F. Austin y evangelista de la Iglesia de Cristo Mound y Starr en Nacogdoches, Texas. Anteriormente enseñó en el Great Lakes Christian College, Beamsville, Ontario. Graduado del Georgia Christian Institute, obtuvo títulos de Florida College (A.A.), Harding College (B.A.), Butler University (M.A.) y actualmente es candidato para la Maestría en Divinidad en el Seminario Teológico de la Asociación Misionera Bautista en Jacksonville, Texas. Miembro de la Sociedad de Honor Hebrea Eta Beta Rho y de las Escuelas Estadounidenses de Investigación Oriental, participó en la excavación arqueológica en Tell Gezer, Israel, ambas sesiones de verano durante 1969, patrocinadas por el Hebrew Union College. Escribe una columna regular "Estudios de Palabras en el Antiguo Testamento Hebreo" en *Escudriñando las Escrituras*.

Lección 5

INMORTALIDAD Y RESURRECCIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Mientras que otros pueblos de la antigüedad relegaron su Edad de Oro a la historia pasada, tanto judíos como cristianos situaron la suya en el futuro. La idea de la resurrección y de la condición final del hombre y del mundo se basa en una serie de otros conceptos; especialmente la comprensión de que la historia es un proceso moral que avanza hacia un fin o meta definidos. El énfasis principal del Antiguo Testamento está en la entrega de la ley divina a la humanidad. Esto, a su vez, reveló la necesidad de redención de la humanidad. En el Nuevo Testamento, el énfasis está en la gracia y la verdad divinas (Juan 1:17) y el amor divino (1 Juan 4:9). Así se da a conocer la redención de la humanidad.

No se debe pasar por alto que el cristianismo tuvo su preparación en el Antiguo Testamento, y que el Antiguo Testamento tuvo su cumplimiento y consumación en el Nuevo Testamento. Con respecto a la visión del Antiguo Testamento sobre la doctrina de la inmortalidad, debe afirmarse que si bien existen dificultades para comprender un pasaje en particular, para trazar la línea de transmisión del pensamiento y para trazar las relaciones cronológicas de las creencias, las más grandes y la dificultad más continua es transportarnos de nuevo a la posición de los Patriarcas despojados de nuestras propias ideas del presente y del futuro.

La escatología del Testamento depende y está moldeada por ciertas ideas fundamentales sobre Dios, el hombre, el alma y el pecado. La revelación de estas doctrinas no se dio en un momento determinado, sino que se hizo en diferentes intervalos y en diferentes grados (ver Hebreos 1:1). Por lo tanto, cuando llegamos a los conceptos de muerte y resurrección, sólo encontramos breves declaraciones que indican una creencia en la existencia después de la muerte.

I. EL HOMBRE EN EL PRINCIPIO

Según el primer capítulo del Génesis, el hombre fue creado a imagen de Dios. En Génesis 2:7, Dios formó al hombre del polvo (*aphar*)

de la tierra y por el acto de inhalar (*neshamah*), el hombre se convirtió en un “alma viviente” (*nephesh hayya*). Dios también vio que “no era bueno” que el hombre estuviera sin compañía. Así Dios hizo a la mujer de una costilla extraída del costado del hombre. Cuando ella fue llevada al hombre, él proclamó: “Esto ahora es hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Génesis 2:23). Al final del sexto día de la Creación, Dios vio todo lo que había hecho y lo declaró “que era bueno en gran manera” (Génesis 1:31).

Después de los días de la Creación, Dios colocó al hombre en “un huerto en Edén, al oriente.” Y le dio al hombre la responsabilidad para que “lo labrará y lo guardase” (Génesis 2:8, 15). Él estaba en medio del huerto que contenía todo árbol agradable a la vista y bueno para comer (Génesis 2:9). El destino del hombre era la vida, porque en medio del jardín estaba el “árbol de la vida”. En el entorno primitivo, el hombre debía vivir en una relación pacífica y tranquila con la naturaleza y con Dios. Sin embargo, la existencia del hombre en el Jardín del Edén era una promesa condicional de inmortalidad. Dios había provisto lo esencial de la vida al permitir que el hombre comiera de cada árbol del jardín (Génesis 2:16). Incluso la fuente de esta vida inmortal, el árbol de la vida, era fácilmente accesible en medio del jardín. Pero Dios puso una prohibición sobre el hombre, un mandato negativo, una restricción, ¡una cosa que el hombre *no podía hacer!* Jehová Dios ordenó al hombre diciendo: “De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, *ciertamente morirás.*” (Génesis 2:17).

II. EL PECADO — Y LA ESPERANZA

Con la posible excepción del hecho de la Creación en el capítulo uno de Génesis, el tercer capítulo de Génesis es el capítulo fundamental del Antiguo Testamento. Sin el registro de la caída pecaminosa de la humanidad, el resto de las Escrituras pierde sentido. El registro de este evento es el más importante y de mayor alcance en la historia del mundo.

Este capítulo está tan lleno de verdades espirituales que en este estudio es posible abordar únicamente el hecho del pecado y sus consecuencias. No hay aquí ninguna referencia al problema de cómo y cuándo comenzó el pecado, en relación con Satanás y/u otros. Este capítulo pone énfasis en el punto del pecado en relación con el hombre. Se destacan dos verdades inequívocas: (1) Dios no es el autor del pecado, y (2) el pecado vino al hombre desde afuera por el poder de

sugestión de la “serpiente”. Asimismo, hay tres etapas de tentación señaladas: (1) la mujer escuchó “la mentira” de la serpiente, (2) creyó la mentira, y (3) desobedeció el mandato de Dios al comer el fruto y dárselo también a su marido.

El gran principio “y sabed que vuestro pecado os alcanzará.” (Números 32:23) se ve clara y contundentemente en este evento. Inmediatamente, los efectos del pecado fueron visibles, porque sabían que estaban desnudos y trataron de encubrir su vergüenza y culpa haciéndose delantales (en hebreo “fajas”) con hojas de higuera.

Dios los llamó, y el hombre y la mujer confesaron su temor y vergüenza. Ambos admitieron su pecado pero cada uno culpó a otro, porque el hombre culpó a la mujer y la mujer culpó a la serpiente. Sin embargo, eso no eliminó la culpa de su pecado.

Siguió una triple sentencia de condena. Primero, la serpiente fue castigada con una maldición sobre su forma y movimiento (Génesis 3:14-15). Segundo, la mujer fue juzgada y puesta bajo el dolor del parto y sujeción a su marido (Génesis 3:16). En tercer lugar, el hombre fue puesto bajo penurias y fatigas por la maldición de la tierra (Génesis 3:17-19). Por último vino el acto de separación.

Jehová Dios dijo “que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre.” (Génesis 3:22). Así Dios expulsó a Adán y a Eva del jardín del Edén y colocó a los Querubines para alejar al hombre del árbol de la vida. Los pecados del hombre lo habían separado de la presencia de Dios y del árbol de la vida (ver Isaías 59:1-2). El triple castigo de la culpa (Génesis 3:7-10), la condenación (Génesis 3:14-20), y la separación (3:22-24) fue la consecuencia del pecado del hombre. Ahora tenía que labrar la tierra con sus espinas y cardos hasta volver al polvo de las espinas de donde fue tomado.

Debido a que Adán no obedeció el mandato de Dios, el hombre perdió el derecho de participar del árbol de la vida, que podría haberle dado vida inmortal. También estuvo sujeto a la muerte física (Génesis 3:19, 22-24). La palabra de Dios revela la naturaleza dual del cuerpo humano material como polvo (*aphar*) y aliento (*neshamah*) que dio vida al hombre (Génesis 2:7). Habiendo pecado, Adán y toda la humanidad estaban condenados a regresar al polvo de la tierra de donde fueron tomados. Dios expulsó al hombre del jardín del paraíso. El hombre fue excluido del árbol de la vida.

La pregunta de Job: “Si el hombre muere, ¿volverá a vivir?” (Job 14:14) es de interés perenne. Cuando la muerte llega al hombre, el espíritu regresa a la presencia de Dios (Eclesiastés 12:7) y el cuerpo

regresa a la tierra de donde fue tomado. Cabe señalar que en el Antiguo Testamento los términos “espíritu” (*ruah*) y “alma” (*nephesh*) se utilizan a menudo indistintamente. Ambos abandonan el cuerpo al morir y existen separados del cuerpo (ver Génesis 35:18 y especialmente 1 Reyes 17:22).

A menudo se afirma que el Antiguo Testamento no tiene una doctrina clara sobre la inmortalidad. John Bright ha dicho: “La idea de una resurrección comienza a aparecer esporádica y tentativamente en la literatura bíblica posterior y en el siglo II era una creencia bien establecida” (*Historia de Israel*, Philadelphia: The Westminster Press, sin fecha, p. 438). D. A. Robertson ha cuestionado el reciente comentario de Mitchell Dahood sobre los Salmos en *La Biblia del Ancla* como una interpretación realmente descabellada con respecto al alcance del concepto de inmortalidad presente en los Salmos (David Robertson, reseña del libro, *Revista de Literatura Bíblica*, LXXXV, 1972, págs. 484-486). Sin embargo, los conceptos de inmortalidad y resurrección no sólo están presentes en los Salmos sino que también formaban parte de las creencias de los primeros hebreos. Y esto no es extraño, ya que todos los demás pueblos antiguos también creían en la supervivencia del alma después de la muerte. Después de todo, el hombre fue creado para vivir y tener dominio sobre la tierra y no para morir. Fue colocado en el jardín del Edén como un ser inmortal. Pero vino el pecado y con él la muerte.

Es un hecho observable que la doctrina de la inmortalidad sólo se registra progresivamente en el Antiguo Testamento. El problema para los santos ha sido integrar estas verdades dadas por Dios sobre la vida después de la muerte en una declaración consistente de creencia.

Según el libro de las generaciones de Adán (Génesis 5:1-32), Adán engendró un hijo llamado Set, y Set engendró a Enós. Cada descendiente tenía unos 900 años cuando murió. Luego viene una interrupción en la sentencia de muerte. “Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios.” (Génesis 5:24). Enoc no murió, pero Dios lo “llevó” sin muerte y “no fue hallado” sobre la tierra (Hebreos 11:5). Al tomar a Enoc, Dios ha dado testimonio eterno de la doctrina de la inmortalidad. Así, esta doctrina se convierte en una de las doctrinas más antiguas de la historia bíblica. No fue un solo evento, pues la Biblia también revela la ascensión de Elías en el torbellino al cielo (2 Reyes 2:1-12).

III. PRESERVACIÓN A TRAVÉS DEL SEOL

En Génesis 37:35, Jacob concluye que José había sido asesinado por una bestia salvaje y clama: “Descenderé enlutado a mi hijo hasta el Seol.” Jacob entendió que los muertos descienden al Seol. La palabra hebrea para Seol aparece sesenta y cinco veces en el Antiguo Testamento. La versión King James traduce la palabra hebrea con las siguientes palabras en inglés: “tumba” (treinta y una veces), “infierno” (treinta y una veces) y “hoyo” (tres veces). El American Standard translitera la palabra como “Sheol” en los sesenta y cinco pasajes. Presumiblemente se deriva de la raíz *sha'al* que significa “preguntar”, pero no es seguro. El significado definitivamente se establece como “la morada de los espíritus difuntos” o también a veces llamado el inframundo. En la Septuaginta, *Sheol* generalmente es representado por el *Hades*.

Los pensamientos de uno yendo al “Seol” no son pensamientos reconfortantes. El salmista dijo: “Porque tu misericordia es grande para conmigo, Y has librado mi alma de las profundidades del Seol.” (Salmos 86:13) y nuevamente: “Pero los que para destrucción buscaron mi alma Caerán en los sitios bajos de la tierra.” (Salmos 63:9). Job lo describió con tristeza, diciendo “Antes que vaya para no volver, A la tierra de tinieblas y de sombra de muerte; Tierra de oscuridad, lóbrega, Como sombra de muerte y sin orden, Y cuya luz es como densas tinieblas.” (Job 10:21-22). Nuevamente, “En lo más profundo de la tierra, los muertos tiemblan de miedo.” (Job 26:5 — TLA). Así, el Antiguo Testamento representa el Seol como lo opuesto a la esfera superior de luz y vida terrenal. No se puede ubicar (en topografía) el lugar para el Seol. Simplemente denota una localidad o estado de los difuntos. Lo que la tumba o el hoyo es para el cuerpo físico, el Seol es para el alma del difunto. Job dice: “Porque yo sé que me conduces a la muerte, Y a la casa determinada a todo viviente.” (Job 30:23). “Pasan sus días en prosperidad, Y en paz descienden al Seol.” (Job 21:13).

Moisés reconoció la realidad de la vida después de la muerte. Cuando Dios encargó a Moisés liberar a los hijos de Israel de la servidumbre de Egipto, Dios dijo: “Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios.” (Éxodo 3:6). El hecho de que Dios le haya hablado a Moisés como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob indica la verdad de la subsistencia continua de los patriarcas en algún

estado (existencia) después de su muerte; y la implicación es que habrá una resurrección de entre los muertos.

A través de la Ley, Moisés condenó toda forma de comunicación con los muertos mediante la nigromancia. Moisés dijo: “A la hechicera no dejarás que viva.” (Éxodo 22:18; ver también Levítico 19:31; 20:6).

“No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas, y por estas abominaciones Jehová tu Dios echa estas naciones de delante de ti.” (Deuteronomio 18:10-12).

El Antiguo Testamento relata sólo un ejemplo de una persona muerta que viene del Seol y regresa. Cuando murió el profeta Samuel y Saúl expulsó a todos los hechiceros y a los espiritistas, los filisteos se reunieron contra Israel en Sunem. Saúl tuvo miedo y consultó a Jehová, pero no obtuvo respuesta. Buscó y encontró en Endor a una mujer que tenía un espíritu adivinación. Cuando la mujer vio venir a Samuel, tuvo mucho miedo por el suceso inesperado que ocurrió. Cuando el profeta Samuel salió, pronunció el destino de Saúl, diciendo “y mañana estaréis conmigo, tú y tus hijos” (1 Samuel 28:19). Con la excepción de Samuel en Endor, el Antiguo Testamento no sabe nada sobre la resurrección de los muertos mediante brujería o espiritismo (ver Job 7:9).

Parece no haber distinción entre el bien y el mal en el Seol. El cántico de Ana contiene esta idea: “Jehová mata, y él da vida; El hace descender al Seol, y hace subir.” (1 Samuel 2:6). Job dijo: “Allí los impíos dejan de perturbar, Y allí descansan los de agotadas fuerzas.” “Allí están el chico y el grande, Y el siervo libre de su señor.” (Job 3:17, 19). Dado que todos mueren y van al Seol (Job 30:23), parece ser un estado de existencia consciente en lugar de ser un sitio de castigo o recompensa.

IV. LOS SALMOS Y EL JOB

Cuatro salmos, dos de David y uno de los cantantes coreítas y uno de Asaf, suponen un avance considerable en la revelación. Esto no significa que las verdades más antiguas no sigan apareciendo. Después de confesar su pecado con respecto a Betsabé, David dijo de su hijo fallecido: “Mas ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? Yo voy a él, mas él no volverá a mí.” (2 Samuel 12:23). Después de describir la prosperidad de los impíos, David dice: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; Estaré satisfecho cuando despierte a tu

semejanza.” (Salmo 17:15). El despertar aquí sólo puede referirse al sueño de la muerte en el Seol. Los eruditos liberales pueden afirmar que los israelitas anteriores al exilio no tenían ninguna concepción de una resurrección para juicio o salvación. Pero el Salmo del Antiguo Testamento hace una clara distinción entre los malvados y los justos al morir. El salmista dijo,

“Como a rebaños que son conducidos al Seol, La muerte los pastoreará, Y los rectos se enseñorearán de ellos por la mañana; Se consumirá su buen parecer, y el Seol será su morada. Pero Dios redimirá mi vida del poder del Seol, Porque él me tomará consigo.” (Salmos 49:14-15).

Existe una clara referencia a la “mañana” en la que uno “despertaría” para la resurrección.

Nuevamente, en el Salmo 73, Asaf reconoció el disfrute del creyente en la comunión con Dios después de la muerte. Él dijo:

“Me has guiado según tu consejo, Y después me recibirás en gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos sino a tí? Y fuera de ti nada deseo en la tierra.” (versículos 24-25).

David afirma en el Salmo treinta y siete que el malhechor será exterminado, y los que esperan en Jehová “heredarán la tierra” (Salmos 37:2, 9-13). Estos dos Salmos enfatizan la seguridad de aquellos que confían en el Señor, y la recompensa personal después de la muerte que implica la esperanza de una resurrección.

El Salmo decimosexto revela claramente el estado del cuerpo; sin embargo, es una profecía de la resurrección del cuerpo de Jesús. Expresa el futuro seguro de cada hijo de Adán. Su cuerpo verá el sepulcro, pero, con este Salmo, no permanecerá en el sepulcro. El salmista dice,

“A Jehová he puesto siempre delante de mí; Porque está a mi diestra, no seré conmovido. Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma; Mi carne también reposará confiadamente; Porque no dejarás mi alma en el Seol, Ni permitirás que tu santo vea corrupción. Me mostrarás la senda de la vida; En tu presencia hay plenitud de gozo; Delicias a tu diestra para siempre.” (Salmos 16:8-11, ver también Hechos 2:25-28).

Dado que Jehová no dejará al hijo mesiánico de David en el Seol ni permitirá que Su cuerpo vea corrupción, se deduce naturalmente que aquellos que comparten este estado o posición en relación con el Señor que trae gozo, alegría y seguridad (versículos 8 y 9) , también compartirá

la esperanza de la inmortalidad, nos traerá el camino de la vida, la plenitud del gozo y los placeres para siempre (versículo 11).

Hay dos grandes pasajes en el libro de Job. El primero de estos pasajes notables se encuentra en el capítulo catorce. Job dice,

“¡Oh, quién me diera que me escondieses en el Seol, Que me encubrieses hasta apaciguarse tu ira, Que me pusieses plazo, y de mí te acordaras! Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir? Todos los días de mi edad esperaré, Hasta que venga mi liberación. Entonces llamarás, y yo te responderé; Tendrás afecto a la hechura de tus manos.” (Job 14:13-15).

Job acaba de describir la fragilidad del hombre mostrando que el árbol tiene esperanza de volver a brotar si es cortado, pero el hombre no tiene esperanza. Job no ve ninguna esperanza a este lado de la muerte para reconciliarse con el favor de Dios. Espera estar escondido del sufrimiento y el dolor de la vida en el Seol hasta que pase la aparente ira de Dios. Y cuando el ángel de Dios ha pasado, Job ora por un tiempo señalado para poder salir del Seol y, siendo “liberado” o respondiendo a Su llamado, y reconciliarse una vez más con Dios.

El segundo pasaje de Job es igualmente conocido y se encuentra en el capítulo diecinueve. Job dice:

“¡Quién diese ahora que mis palabras fuesen escritas! ¡Quién diese que se escribiesen en un libro; Que con cincel de hierro y con plomo Fuesen esculpidas en piedra para siempre! Yo sé que mi Redentor vive, Y al fin se levantará sobre el polvo; Y después de deshecha esta mi piel, En mi carne he de ver a Dios; Al cual veré por mí mismo, Y mis ojos lo verán, y no otro, Aunque mi corazón desfallece dentro de mí.” (Job 19:23-27).

Consciente de que sus amigos lo han incomprendido y juzgado mal, Job anhela que su historia quede registrada por escrito, escrita en un libro y tallada en piedra para que toda la posteridad conozca su protesta de inocencia. La palabra “Redentor” (*goel*) aparece una vez en el libro de Job, e independientemente del punto de vista que uno pueda tener al identificar al Redentor, Job deja un punto claro. Después de que ocurre la muerte física y la piel es destruida, Job confía en ser liberado del Seol y viviendo de nuevo, y que debería ver a Dios con sus ojos. La idea de vivir de nuevo en este pasaje no debe considerarse inusual, porque ya hemos visto los pensamientos de la inmortalidad y la resurrección en el capítulo catorce (ver también Job 16:19-22).

V. LOS PROFETAS Y LA RESURRECCIÓN

Cuando uno recurre a los pasajes de los libros proféticos, generalmente se concede que se conoce la idea de una resurrección. Siete libros proféticos mencionan el Seol dieciocho veces, siendo el uso más frecuente en Isaías y Ezequiel. El profeta Isaías habla de la vida del más allá cuando dice del Rey de Babilonia:

“Sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo.” (Isaías 14:14-15).

Aquí, por primera vez, parece estar la implicación de que hay divisiones o grados de castigo en el Seol (las partes más alejadas del abismo; ver también Ezequiel 32:23).

Uno de los pasajes en los que esto se presenta claramente es Isaías 26:19.

“Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos.” (Isaías 25:8).

Así, Isaías reconoce tres elementos importantes en esta sección, capítulos 24-27. Habla de (1) la absorción de la muerte (Isaías 25:8); (2) la resurrección del cuerpo (Isaías 26:19); y (3) de juicio.

Oseas se une a Isaías al reconocer el fin de la muerte y la resurrección del cuerpo cuando dice: “De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol; la compasión será escondida de mi vista.” (Oseas 13:14); y, nuevamente, “Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él.” (Oseas 6:2). Así, la muerte será vencida en la resurrección de todos.

El último pasaje importante del Antiguo Testamento sobre la vida después de la muerte ocurre en Daniel 12:1-2. Tiene la característica especial de ser el primer pasaje que menciona la resurrección tanto de los malvados como de los justos. Daniel dice: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua.” (Daniel 12:2). Asimismo, la idea de vida eterna aparece por primera vez en el Antiguo Testamento. Así, el libro de Daniel declara las recompensas morales finales para el individuo: vida eterna para los justos y desprecio eterno para los malvados.

Finalmente, con respecto a los libros del Antiguo Testamento, y además de la ascensión de Enoc y Elías mencionada anteriormente,

también se debe mencionar los tres eventos que registran la resurrección de entre los muertos por los profetas Elías y Eliseo. En 1 Reyes 17:17-24, Elías resucitó al hijo de la viuda orando y echándose tres veces sobre el niño. Además, en 2 Reyes 4:34, Eliseo resucitó al hijo muerto de la sunamita orando y echándose sobre el niño. Nuevamente Eliseo mismo murió y fue sepultado. Cuando un grupo de moabitas invadió la tierra y estaban enterrando a un hombre, lo arrojaron al sepulcro de Eliseo. Tan pronto como el hombre tocó los huesos de Eliseo, “revivió, y se levantó sobre sus pies.” (2 Reyes 13:20-21).

Ahora podemos ver la doctrina de la inmortalidad del Antiguo Testamento: desde el principio, cuando el hombre era cuerpo y alma en comunión con Dios; que la pena de muerte por el pecado provocó la visión de una esperanza más allá de la tumba; esa comunión con Dios podría ser restaurada, mediante la preservación a través del Seol y la redención final de él, que se expresa en la doctrina de la resurrección en los profetas. Esta era una esperanza que provenía de la comprensión de la relación indisoluble entre Dios y el alma fiel. Sin embargo, sólo a la luz del hijo mesiánico de David encontramos una visión plena y clara de la vida y la inmortalidad.

VI. ENTRE LOS TESTAMENTOS

En la escatología del período entre testamentos, la idea de la inmortalidad celestial se encuentra en la literatura apócrifa. La doctrina de la resurrección se afirma en los escritos apócrifos de origen farisaico. En 2 Macabeos 7:14, el escritor registra el martirio de siete hermanos y su madre a manos de Antíoco. Uno de los hermanos dijo:

“Y cuando estaba a punto de morir, dijo: “Acepto morir a manos de los hombres, esperando las promesas hechas por Dios de que él nos resucitará. Para ti, en cambio, no habrá resurrección a la vida.”

La madre dijo: “Es el creador del mundo, que hizo todas las cosas, quien forma al hombre desde el primer momento. Él, en su misericordia, os devolverá la vida y el aliento, pues vosotros, por las leyes de Dios, no pensáis en vosotros mismos.” (versículo 23). De nuevo,

“No temas a este verdugo; muéstrate digno de tus hermanos y acepta la muerte, para que por la misericordia de Dios yo te recobre junto con ellos.” (versículo 29).

La doctrina se ve en la Sabiduría de Salomón 3:1 “Las almas de los buenos están en las manos de Dios, y el tormento no las alcanzará”;

y, nuevamente, en 2 Esdras 2:16 (“Y yo resucitaré a los muertos de sus lugares, y los sacaré de sus sepulcros, porque reconozco mi nombre en ellos”). Nuevamente, “Y la tierra entregará a los que en ella duermen, y el polvo a los que en ella habitan en silencio; y las cámaras entregarán las almas que les han sido encomendadas” (2 Esdras 7:32). El Libro de Enoc promete el fruto de un árbol fragante “a los justos y santos elegidos” después del juicio (Enoc 1:25). En la segunda sección (25:33) dice que todos los que han sido destruidos serán reunidos en la casa del Señor. El testamento de los Doce Patriarcas habla de la resurrección quizás más que cualquier otro libro precristiano (Ver Benjamín 10:6-8; Simeón 10:2; Zabulón 10:2; y Judá 25:1-4.)

La opresión de Antíoco sobre los judíos fue particularmente adecuada para generar la esperanza de la resurrección de entre los muertos. Y formó un artículo definido en el Tratado “Sanedrín” que se encuentra en la *Mishná* (Cuarta división: *Nezikin*, “Sanedrín” 10:1-6., págs. 397-399). Fue este dogma el punto importante de disputa entre los saduceos y los fariseos. Josefo registra que:

Los fariseos han entregado al pueblo muchas observancias por herencia de sus padres, que no están escritas en las leyes de Moisés; y por eso es que los saduceos los rechazan, y dicen que debemos estimar como obligatorias aquellas observancias que están en la palabra escrita, pero no debemos observar las que se derivan de la tradición de nuestros antepasados (Antigüedades 13:10 :6).

Más específicamente, Josefo dice: “Pero la doctrina de los saduceos es ésta: que las almas mueren con los cuerpos” (Antigüedades 18:1:4). Nuevamente,

Pero los saduceos son los que componen el segundo orden. También quitan la creencia de la duración inmortal del alma, y del castigo y recompensa en el Hades (Guerras de los judíos 2:14).

Los fariseos enunciaron su creencia en la resurrección en su liturgia y estatutos de convicción.

La creencia en la resurrección ha seguido expresándose en todas las ocasiones de la liturgia judía. El famoso Maimónides lo incluyó en sus trece artículos de creencia. Pero el problema permanece en el judaísmo a la hora de establecer una declaración doctrinal clara, porque los antiguos rabinos diferían en cuanto a quién sería resucitado: si sería una resurrección universal, una resurrección de los descendientes judíos o sólo de los justos. Finalmente, otro factor contribuyente ha sido la

influencia de la filosofía natural que se ha expresado en el Judaísmo Reformista hasta el punto de que en una conferencia de Filadelfia se declaró que “la creencia en la resurrección del cuerpo no tiene fundamento en el Judaísmo, y que la creencia en la inmortalidad de el alma debe ocupar su lugar en la liturgia” (“Resurrección”, *La Enciclopedia Judía*, Nueva York: KTAV Publishing House, Inc., 1901, Vol. X, págs. 382-385).

PARA LEER MÁS

- Burrows, Millar. *Un Bosquejo de la Teología Bíblica*. Filadelfia: The Westminster Press, 1946, págs. 188-219.
- Charles, R. H. *Una Historia Crítica de la Doctrina de una Vida Futura*. Londres: Adam y Charles Black, 1899, págs. 51-80.
- Danby, Herbert. *La Mishná*. Londres: Oxford University Press, 1933, págs. 397-399.
- Davidson, A. B. *La Teología del Antiguo Testamento*, Edimburgo: T&T Clark, 1907, págs. 402-532.
- Hodge, Charles. *Teología Sistemática*. Londres: Thomas Nelson and Sons, 1878, III, págs. 713-789.
- Oehler, Gustav Friedrich. *Teología del Antiguo Testamento*. Revisado por George E. Day, 9ª ed. Nueva York: Funk & Wagnalls, págs. 145-174.
- Orr, James. “Escatología del Antiguo Testamento”, *Enciclopedia Bíblica Estándar Internacional*. ed. James Orr, III, Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1955, págs. 972-979.
- Payne, J. Barton. *La Teología del Antiguo Testamento*. Grand Rapids: Editorial Zondervan, 1962, págs. 443-463.
- Salmond, Stewart D. F. *La Doctrina Cristiana de la Inmortalidad*. Edimburgo: T & T Clark, 1895, págs. 159-277.
- Smick, Elmer. “La Importancia de Nuevos Datos Filológicos sobre los Temas de la Resurrección y la Inmortalidad en el Antiguo Testamento”, *Revista de Teología Westminster*. XXXI, 1968, pp.12-21.
- Vatter, Bruce. “Insinuaciones de la Inmortalidad y el Antiguo Testamento”, *Revista de Literatura Bíblica*. XCI, 1972, págs. 158-171.

LA RESURRECCIÓN Y LOS CULTOS

Mauricio Barnett

Maurice Barnett es predicador de la Iglesia de Cristo Westside en Phoenix, Arizona, donde se encuentra ahora en su décimo año de ministerio. Durante los doce años anteriores de predicación sirvió en las iglesias en Las Cruces, Nuevo México; El Paso, San Antonio y Sinton, Texas. Es autor de dos volúmenes sobre la secta de los Testigos de Jehová y ha escrito y estudiado durante muchos años sobre las sectas en general. Se graduó de la Universidad de Arkansas y del Harding College.

LA RESURRECCIÓN Y LOS CULTOS

Una secta, como afirma Webster en el uso moderno del término, es “un grupo religioso minoritario que sostiene creencias consideradas poco ortodoxas o espurias”. Cuatro de las sectas más conocidas son el Adventismo del Séptimo Día, Los Testigos de Jehová o Sociedad Watchtower, el Mormonismo y la Ciencia Cristiana. Este capítulo explicará sus diversas posiciones respecto de la resurrección de Jesucristo y del hombre en general.

I. EL ADVENTISMO DEL SÉPTIMO DÍA

Los adventistas se originaron con William Miller, quien fijó una fecha para el regreso de Cristo. Durante los diez años anteriores a las fechas predichas de la Segunda Venida de 1843-1844, Miller reunió un número considerable de seguidores, pero la mayoría de sus discípulos lo abandonaron a él y a la religión después. Porque Cristo no apareció. Los que quedaron finalmente se unieron en torno a Elena de White, quien se convirtió en su profetisa. Este grupo ha crecido considerablemente en los años transcurridos y ha adquirido cierta respetabilidad. El principal punto doctrinal de los adventistas es la observancia del sábado, el séptimo día de la semana. También son premileniales, aunque difieren de algunas opiniones premileniales sostenidas por otros. Las ideas adventistas sobre la resurrección del hombre están entrelazadas en su posición premilenial.

La resurrección de Jesús

Los adventistas aceptan la resurrección corporal de Jesús. Su volumen *Preguntas sobre Doctrina* establece efectivamente el hecho y la necesidad de Su resurrección corporal (páginas 66-70).

La resurrección del hombre

Los adventistas, al igual que la Sociedad Watchtower, creen que el hombre no tiene alma, sino que es alma. Él es completamente mortal; la carne es todo lo que hay. Cuando el hombre muere, deja de existir. Está inconsciente desde la muerte hasta la resurrección. El tiempo no es aparente entre la muerte y la resurrección.

Aunque pueden pasar cinco mil años entre que uno cierra los ojos en la muerte y los abre en la resurrección, no es más que un destello. Los Adventistas del Séptimo Día enseñan la resurrección de todos los hombres, pero en tres fases; creen que habrá dos resurrecciones generales y una resurrección especial. Los consideramos aquí en orden de tiempo.

La resurrección especial. Esta resurrección ocurrirá justo antes de la aparición de Cristo en su segunda venida e involucrará a algunos creyentes y algunos no creyentes. Elena de White escribió:

Se abren las tumbas, y “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despiertan, algunos para vida eterna, y otros para vergüenza y desprecio eterno”. Todos los que han muerto en fe bajo el mensaje del tercer ángel salen de la tumba glorificados para escuchar el pacto de paz de Dios con aquellos que han guardado su ley. “También los que le traspasaron”, los que se burlaron y se burlaron de las agonías de Cristo, y los opositores más violentos de su verdad y de su pueblo, se levantan para contemplarlo en su gloria y ver el honor otorgado a los leales y obedientes (El Conflicto de los Siglos, séptima edición, 1887, página 454).

Herodes, los príncipes, los capitanes en jefe, los valientes y todos los demás que participaron en la crucifixión de Cristo resucitarán para verlo venir en toda Su gloria. Se les recordará lo que le hicieron y se quedarán mudos y temerosos. “Con terrible claridad los sacerdotes y gobernantes recordarían los acontecimientos del Calvario” (*Ibid.* página 461). Esto se basa en Apocalipsis 1:7. Aparentemente aquellos que resuciten para ver la Segunda Venida serán inmediatamente aniquilados nuevamente, y reaparecerán con el resto de los malvados en su resurrección después del milenio. Aquellos que han muerto en la fe bajo el mensaje del tercer ángel son ciertos creyentes especiales. Los adventistas enseñan que el mensaje del tercer ángel de Apocalipsis 14:9-13 se refería a la observancia del sábado, y que este mensaje comenzó a predicarse alrededor de 1846. En el versículo 13 de este

pasaje, se pronuncia una bendición especial sobre los que fueron fieles, es decir, según los adventistas, los que habían guardado el sábado. Por lo tanto, los fieles sabatistas que murieron después de 1846 recibirán la bendición especial de ser resucitados para ver la Venida de Cristo.

La Primera Resurrección General. Los adventistas describen de esta manera el orden de los acontecimientos que rodearon la primera resurrección general. Según Apocalipsis 19 y 20, la batalla de Armagedón ocurrirá en Palestina central. Esta batalla será anunciada por acontecimientos mundiales. El dragón, la bestia y el falso profeta de Apocalipsis 16:13 simboliza los falsos sistemas religiosos del mundo. El diablo, los malvados y todos los religiosos falsos se opondrán a Dios y a su pueblo. Dios saldrá victorioso, Cristo entonces “limpiará” lo que quede, con el resplandor de su presencia visible. El milenarismo adventista dice que habrá sólo una “venida” y ningún “arrebataamiento”. Jesús ni siquiera pondrá un pie en la tierra, sino que permanecerá en el aire (ver *Preguntas sobre Doctrina*, páginas 491-495). Entonces Satanás será atado, según esta interpretación de Apocalipsis 20:1-3, y arrojado al abismo.

Dado que se trata de una escena simbólica, no es necesario suponer que ni la cadena ni el abismo sean literales. El dragón es identificado como Satán, y el significado de los demás símbolos podemos deducirlo del contexto. Todos los seguidores de Satanás han sido destruidos en la segunda venida. Los justos, como veremos en la siguiente sección, son removidos de su dominio. La tierra está en completa desolación, con cadáveres por todas partes. Sólo es necesario, entonces, entender por los símbolos que Satanás es enviado por decreto divino a la tierra, allí durante mil años para reflexionar sobre los resultados de su rebelión contra Dios (*Preguntas sobre Doctrina*, página 492).

La resurrección de los creyentes ocurre después de atar y derribar a Satanás. Esto marca el comienzo de la inmortalidad para los santos. La resurrección es una resurrección literal y física del cuerpo que murió; ahora está glorificado.

Todos salen de sus tumbas con la misma estatura que cuando entraron en la tumba. Adán, que está entre la multitud resucitada, es de altura elevada y forma majestuosa, en estatura poco por debajo del Hijo de Dios. Presenta un marcado contraste con la gente de generaciones posteriores; en este aspecto se muestra la gran degeneración de la raza. Pero todos se levantan de su

último sueño profundo con la frescura y el vigor de la eterna juventud. En el principio, el hombre fue creado a semejanza de Dios, no sólo en carácter, sino también en forma y rasgos. El pecado desfiguró y casi borró la imagen divina; pero Cristo vino a restaurar lo que se había perdido. Él cambiará nuestros cuerpos viles y los moldeará a semejanza de su cuerpo glorioso. La forma mortal, corruptible, desprovista de elegancia, una vez contaminada con el pecado, se vuelve perfecta, hermosa e inmortal. Todas las imperfecciones y deformidades quedan en la tumba. Los redimidos llevan la imagen de su Señor, ¡Oh, maravillosa redención! de lo que se ha hablado durante mucho tiempo, se ha esperado durante mucho tiempo, se ha contemplado con ansiosa anticipación, pero nunca se ha comprendido del todo.

Los justos vivos son transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos. A la voz de Dios fueron glorificados; ahora son hechos inmortales, y con los santos resucitados son arrebatados para encontrarse con su Señor en el aire. Amigos separados durante mucho tiempo por la muerte están unidos y nunca más se separarán. Los santos ángeles llevan a los niños pequeños a los brazos de sus madres y juntos, con cánticos de alegría, ascienden a la ciudad de Dios (*El Conflicto de los Siglos*, páginas 463-464).

Después de la resurrección de los salvos, los creyentes vivos son transformados y arrebatados con el resto en la escena que se muestra arriba. Entonces, todos los justos viven y reinan con Cristo durante mil años, pero en el cielo, no en la tierra como es la concepción premilenial habitual (ver *Preguntas sobre Doctrina*, páginas 492-498). Durante los mil años, Satanás vaga por el desolado páramo de la tierra.

La Segunda Resurrección General. La resurrección de los impíos llega al final del milenio (*Ibíd.*, páginas 504-505).

Los malvados resucitarán con el mismo espíritu rebelde que los poseyó en vida y se presentarán ante la presencia del Eterno. Ven la vasta ciudad de Dios, la Nueva Jerusalén, que desciende de Dios desde el cielo (Apocalipsis 21:2-3). Cristo regresa al mismo Monte de los Olivos, en las afueras de la antigua Jerusalén (Zacarías 14:4), desde donde ascendió después de Su resurrección, cuando los mensajeros angelicales dieron seguridad de Su regreso del cielo (Hechos 1:9-12).

Los malvados resucitan, sólo para ser aniquilados. Ahora Satanás será desatado “por un breve tiempo” (Apocalipsis 20:3). Al ver a los millones de personas malvadas reunidas, se anima a realizar un último intento de vencer a Dios. Con el diablo a la cabeza, los malvados sitiaron la Ciudad de Dios.

El último acto del gran conflicto de todos los tiempos tiene lugar ahora, cuando toda la raza humana se encuentra cara a cara por primera y última vez. El intento supremo de Satanás demuestra que todavía está en rebelión, y los hombres malvados se muestran todavía como sólo malos. La separación eterna entre los justos y los malvados ahora está irrevocablemente fijada. Luego, desde el gran trono blanco, se pronuncia la sentencia de perdición sobre los malvados. Y a la sentencia le sigue la ejecución inmediata (*Ibid.*, páginas 505-506).

Entonces desciende fuego de Dios desde el cielo, y los malvados son destruidos hasta la extinción mientras la tierra hierve con el calor. Los que están en la Ciudad de Dios están protegidos del holocausto

Esta aniquilación es la Muerte Segunda. Los Adventistas aceptan aquí grados de castigo, basados en Lucas 12:47-48. “Es el sufrimiento antes de la muerte segunda el que puede medirse para adaptarse al alcance de la responsabilidad personal del pecador por su rebelión” (*Ibid.*, página 498). En el fuego que desciende de Dios, el más malvado sufre por más tiempo. El más pequeño de los malvados es consumido inmediatamente, es sacado rápidamente de su miseria.

De tal destrucción brota “un cielo nuevo y una tierra nueva”, donde los justos habitan eternamente.

II. TESTIGOS DE JEHOVA

Como la mayoría de los cultos modernos, éste tuvo sus inicios en el siglo pasado. Su fundador, Charles T. Russell, se convirtió del ateísmo al adventismo y luego formó sus propios seguidores. Aunque rompió con el adventismo, conservó algunas de sus doctrinas, principalmente las relativas a la naturaleza del hombre.

La resurrección de Jesús

Los Testigos niegan la resurrección corporal de Jesús. Su sistema teológico dice que Jesús era el Arcángel Miguel antes de venir a la tierra. Mientras estuvo en la tierra Él fue sólo carne, sólo un ser humano, nada más. Al morir, sacrificó para siempre el derecho de vivir en la Tierra

paradisíaca, prefiriendo regresar al cielo. Para sacrificar ese derecho a la vida, Su cuerpo no podría resucitar. O bien se disolvió en gases o se conserva en algún lugar del universo, para ser exhibido durante el milenio. Jesús resucitó como un ser espiritual. Su recompensa fue la inmortalidad y el dominio.

Los Testigos usan 1 Pedro 3:18, Romanos 8:11 y 1 Corintios 15:45-50 para argumentar que Jesús resucitó espiritualmente y no corporalmente. Se refieren a sus apariciones a los discípulos después de la resurrección y señalan que no lo reconocieron. Según los Testigos, Jesús se materializó en un cuerpo para estas ocasiones. Aquí citan Lucas 24:13-35; Juan 20:11-18; 21:1-14 y Marcos 16:12. Para responder a tal posición, basta con (1) demostrar que pervierte los pasajes a los que apela; (2) observe el contexto de la aparición de Jesús dice que el templo, es decir, Su cuerpo, sería resucitado (pero ver también 1 Corintios 3:16; 6:19). Especialmente importante es Hechos 2:36, donde Pedro afirma que el mismo Jesús que fue crucificado fue hecho Señor y Cristo. Los testigos niegan que el Jesús que fue crucificado haya siquiera resucitado de entre los muertos.

La resurrección del hombre

Técnicamente, no hay resurrección en las enseñanzas de los Testigos, sino más bien una recreación del individuo.

La resurrección es la restauración a la vida de los muertos inexistentes. . . . Es un acto de Dios que depende enteramente del maravilloso poder de Dios a través de Cristo y de Su memoria de los muertos. Es la reactivación del patrón de vida de la criatura, una transcripción del cual está registrada ante Dios y se refiere a ella como si estuviera en Su memoria. La resurrección no implica la restauración del cuerpo original idéntico de la criatura. El patrón de vida es el registro personal de toda la vida de la criatura construido por sus pensamientos y por las experiencias de la vida que ha vivido como resultado de ciertos hábitos, inclinaciones, habilidades mentales, recuerdos e historia. También es un registro del crecimiento intelectual del individuo y de sus características, todas las cuales conforman la personalidad. Por lo tanto, de acuerdo con la voluntad de Dios para la criatura, en una resurrección uno es restaurado o recreado en un cuerpo humano o espiritual y aún conserva su identidad personal al poner en movimiento nuevamente el patrón

de vida distintivo de ese individuo (*Asegurénse Todas las Cosas*, 1953, página 311).

Hay varias “resurrecciones de este tipo” en el plan de la Watchtower.

La Primera Resurrección. Según los Testigos, la “segunda venida” de Cristo ocurrió el 1 de octubre de 1914. No fue física, ni visible ni realmente un “regreso”. Fue entonces cuando Cristo pasó de simplemente de sentarse en Su trono a la diestra de Dios. Él comenzó a gobernar como rey sobre Su reino en ese momento, y gobernó solo durante tres años y medio. Luego, en la primavera de 1918, “vino a su templo” para limpiarlo.

¿Pero Cristo gobierna solo? No, hombres y mujeres de la tierra han sido resucitados de la muerte a la vida celestial para reinar con él. Apocalipsis 14:1, 3 da su número como “ciento cuarenta y cuatro mil.” Ese es el número de personas que reinarán en el cielo con Cristo. Este “pequeño rebaño” de sus fieles seguidores comenzó a ser elegido cuando el espíritu santo fue derramado sobre los primeros 120 en el día de Pentecostés del año 33. ¿Cuándo comenzaron estos miembros de la nación espiritual de Dios a vivir con Cristo en el cielo?

No tan pronto como Cristo recibió su poder real en 1914, que comenzaron a vivir con él en el cielo unos años después...

Períodos de tiempo como estos se encuentran durante la segunda presencia de Jesús. En 1914 Jesús fue coronado Rey del nuevo mundo. Tres años y medio después de eso, o en 1918, limpió el templo espiritual de Jehová. Sabemos que esto sucedió porque fue entonces cuando los cristianos que tenían corazones egoístas e ideas equivocadas sobre su servicio abandonaron su organización. Entonces, para encajar con la imagen de hace 1900 años, fue sólo un tiempo muy corto después de la limpieza del templo, y todavía en el mismo año de 1918, que la resurrección celestial de los fieles cristianos muertos ocurrió sin que la viéramos, y estos miembros de la nación espiritual comenzó a vivir con Cristo (*Del Paraíso Perdido al Paraíso Recobrado*, página 213).

Los Testigos enseñan que hay dos clases de cristianos: la clase elegida de 144.000 y las otras ovejas, o gran multitud. Los 144.000 sacrifican su derecho a vivir en la tierra paradisíaca, como lo hizo Jesús, para ir al cielo y reinar y gobernar con Él. Inmediatamente después de la

“limpieza del templo” en 1918, aquellos de los 144.000 que habían muerto fueron resucitados con cuerpos espirituales para ir al cielo. Esta es la “primera resurrección” y no es física. El “remanente” de los 144.000, todavía vivos en 1918 y desde entonces, sufrirán la “primera resurrección” en el momento de su muerte, cuando sea que esto ocurra. Al morir, serán transformados instantáneamente en un cuerpo espiritual y divino. Anthony A. Hoekema observa:

Como indica esta última cita (“un cambio de humana a divina”), esta “primera resurrección” es una especie de deificación de los miembros de la clase ungida. Esto no significa, por supuesto, que el “pequeño rebaño” ahora llegue a ser igual a Jehová Dios, pero sí llegan a ser virtualmente iguales a Cristo — quien también es “divino”, aunque no igual a Jehová. Note los siguientes paralelos entre lo que le sucede a los miembros de la clase ungida y lo que le sucedió a Cristo: (1) Como Cristo, son “resucitados” con cuerpos espirituales para vivir en el cielo; (2) como Cristo, han sacrificado sus derechos a la vida en la tierra para ganarse el derecho a vivir en el cielo; (3) como Cristo, alcanzan la inmortalidad — una inmortalidad que no es compartida por ninguna otra criatura, ni siquiera los ángeles; (4) como Cristo, han sido engendrados por el espíritu de Dios para convertirse en hijos espirituales de Dios; (5) como Cristo, reinan después de la muerte desde un trono celestial. Así, como se ha observado anteriormente, la diferencia entre Cristo y los 144.000, para los Testigos, no es de clase sino sólo de grado. ¡Y llegados a este punto podemos preguntarnos si está justificado afirmar siquiera una diferencia de grado! (*Los Cuatro Cultos Principales*, páginas 304-305. Hoekema tiene un tratamiento extenso y excelente de este tema en las páginas 297-326. Todo el libro es excelente).

La Resurrección de la Vida. Se supone que la batalla de Armagedón comenzará en algún momento entre ahora y 1975. Eso marcará el final de los primeros 6.000 años desde la creación del hombre y el comienzo del séptimo período de mil años, que es el milenio, según dicen los Testigos. Entonces ocurre la resurrección de vida. Los muertos en Armagedón no resucitarán. Tampoco lo harán los pecadores deliberados, los que están más allá de la corrección, Adán y Eva, Caín, los que murieron en el diluvio o en Sodoma, Judas, etc. Han dejado de existir y no serán resucitados, eso será su castigo. La resurrección de

vida es para los fieles de los tiempos del Antiguo y Nuevo Testamento. Aquellos siervos de Dios que aún estén vivos sobrevivirán al Armagedón. Los muertos dignos resucitarán en cuerpos físicos mejorados para vivir aquí en la tierra. Basados en el recuerdo de Dios de cómo eran, resucitarán con cuerpos físicos perfectos. Algunos personajes de antaño, junto con algunos líderes actuales, se convertirán en príncipes y gobernantes durante el milenio. Estos príncipes muertos resucitarán primero, luego resucitarán el resto de las “otras ovejas” que murieron antes del Armagedón.

La Resurrección del Juicio. Los Testigos basan estas dos resurrecciones en Juan 5:28-29. Sin embargo, la resurrección del juicio no es para condenación. Después de la “resurrección de vida.”

...la “resurrección de juicio” es para aquellas personas cuyos corazones tal vez deseaban hacer lo correcto, pero que murieron sin haber tenido nunca la oportunidad de oír los propósitos de Dios o de aprender lo que él espera de los hombres. Es posible que muchos de ellos fueran personas decentes o sinceras en sus creencias, pero aun así “practicaron cosas viles” y no tuvieron oportunidad de aprender acerca de la justicia de Dios. Entonces tendrán esa oportunidad. Lo obtendrán en la “resurrección del juicio”.

Estas personas serán devueltas a la Tierra paradisíaca. Se les enseñará la verdad. Se les mostrará lo que es correcto. Entonces serán juzgados según lo que hagan al respecto. Si obedecen los mandamientos de Dios obtendrán vida. Si no obedecen los mandamientos de Dios, entrarán en muerte eterna, tal como lo hizo Adán después de desobedecer deliberadamente a Dios (*Del Paraíso Perdido al Paraíso Recobrado, página 229*).

Entre los que así sean resucitados estará el “ladrón en la cruz”. El “juicio” se extiende a lo largo del milenio. Al pueblo le nacerán niños por un corto tiempo, para llenar la tierra. Se les enseñará y, si son fieles, se les dará el estado físico perfecto de sus padres y se les permitirá vivir. Si ellos, o cualquiera de sus padres, o cualquiera que haya resucitado en la “resurrección del juicio” resultan rebeldes o inenseñables, serán destruidos.

No serán juzgados por sus obras pasadas, sino por lo que serán sus obras durante el día del juicio, serán juzgados. Los que obedezcan al Rey y Juez serán gradualmente elevados de su condición caída a la perfección humana. Mientras tanto

aprenderán justicia del Juez y de sus príncipes terrenales. Al final del día del juicio de mil años vendrá la prueba final sobre todos los habitantes de la tierra que vivan entonces, para determinar quiénes estarán escritos en el libro de los que tienen derecho a la vida eterna en la tierra (*Sea Dios veraz*, página 293).

La “muerte segunda” es la aniquilación de estos incorregibles. A los que quedan se les da vida eterna, pero no inmortalidad. Todavía necesitarán comida y otras necesidades. Será una vida humana física perfecta. Ninguna criatura en el universo podrá destruirlos, pero la amenaza de la “segunda muerte” permanecerá sobre ellos contra cualquier posible rebelión. Los Testigos afirman que nunca morirán, pero no serán inmortales — en realidad una contradicción de términos.

III. MORMONISMO

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días fue fundada por José Smith a principios de la década de 1830. Este culto se basa en tres obras supuestamente inspiradas: *El Libro de Mormón*, *La Perla de Gran Precio*, *Doctrinas y Convenios*. José Smith afirmó haber traducido *El Libro de Mormón* a partir de planchas de oro, cuya ubicación, según dijo, le había sido revelada por un ángel. *La Perla de Gran Precio* y *Doctrinas y Convenios* pretenden ser una colección de revelaciones dadas a Smith y la traducción de documentos antiguos. Después de que José Smith y su hermano Hyrum fueran “mártires” por una turba furiosa, Brigham Young condujo a la mayoría de los mormones a Utah.

Los Mormones afirman una revelación continua de la verdad a través de la inspiración de sus líderes, una afirmación que se extiende incluso a los jóvenes “ancianos” Mormones. Aunque los Mormones dicen que son seguidores de Cristo y de la Biblia, hay muy poco de ambos en su religión. Su Cristo no es el Cristo bíblico, y la parte de la Biblia que utilizan suele estar pervertida.

El Mormonismo dice que Dios es una persona de carne, tal como nosotros, aunque glorificado. Se afirma así: “Como es el hombre, Dios una vez fue; como Dios es, el hombre puede llegar a ser”. El objetivo de los mormones es convertirse en dioses en la próxima vida. Smith enseñó la existencia de muchos dioses. Los jefes de los dioses designaron al Dios Elohim, de la estrella Kolob, para presidir esta Tierra. Hay otros mundos y otros dioses sobre esos mundos. Jesús creó este mundo, con la ayuda de Adán, quien preexistió espiritualmente como Arcángel Miguel,

y otros — incluido José Smith. La creación tomó seis días, ósea seis mil años (un día equivale mil años) porque cada día en Kolob es así de largo. Este es el tiempo celestial, el tiempo de Dios, ya que Kolob está situado cerca de la ubicación del trono de Dios (*Doctrinas de Salvación*, página 78).

A Adán y Eva, una de sus esposas, se les dieron cuerpos para engendrar la raza humana, que previamente había sido engendrada por Elohim como seres espirituales pero luego fueron puestos en cuerpos físicos. Esta existencia humana es el paso de prueba para convertirse en dioses. Satanás, hermano de Jesús, tentó a Eva y el hombre sumió en pecado. Elohim, el padre, tuvo relaciones sexuales con María y así trajo a Jesucristo al mundo para realizar la redención.

La resurrección de Jesús

El Mormonismo acepta la resurrección real de Jesús, que, según dice, marcó el comienzo de la “primera resurrección”. Tenga en cuenta esto.

La resurrección del hombre

A diferencia de la secta de los Testigos de Jehová, el Mormonismo enseña una resurrección real del hombre.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días enseña la doctrina de una resurrección literal; una reunión real de los espíritus de los muertos y los tabernáculos con los que estaban vestidos durante la prueba mortal; y la transición de la mortalidad a la inmortalidad en el caso de algunos que estarán en la carne en el momento del advenimiento del Señor y que, debido a la justicia individual, se les ahorrará el sueño de la tumba (*Artículos de Fe*, página 381).

La Primera Resurrección. Los mormones creen en dos resurrecciones: una primera y otra final. Del volumen recién citado surge esta explicación:

La primera fue inaugurada por la resurrección de Jesucristo; Inmediatamente después muchos de los santos salieron de sus tumbas. Una continuación de esto, la resurrección de los justos, ha estado en operación desde entonces, y se extenderá grandemente, o se realizará de manera general, en conexión

con la venida de Cristo en Su gloria. La resurrección final será diferida hasta el fin de los mil años de paz, y estará en conexión con el juicio final (*Ibíd.*, pág. 385).

La consumación de la primera resurrección tiene lugar en la Segunda Venida de Cristo y consta de dos partes. La *mañana*, o la primera mitad de “la primera resurrección”, incluirá a todos aquellos destinados a un reino celestial y a los cuerpos celestes. Estos son los primeros frutos de Cristo, los arrebatados para encontrarse con el Señor en el aire; estos están programados para la Divinidad. La *tarde*, o segunda mitad de la “primera resurrección”, tiene lugar después del comienzo del milenio. Aquellos destinados a cuerpos terrestres y gloria terrestre son resucitados entonces (ver McConkie, *Doctrina Mormona*, página 640).

En esta resurrección “la compañía de los justos incluirá a todos los que han vivido fielmente de acuerdo con las leyes de Dios que les han sido dadas a conocer; los niños que han muerto en su inocencia; e incluso los justos entre las naciones paganas que han vivido en relativa oscuridad” mientras buscaban a tientas la luz, y que han muerto en la ignorancia” (*Artículos de Fe*, página 389). Además de los seres humanos, resucitarán todas las criaturas vivientes: peces, aves y bestias que alguna vez hayan existido (Joseph Fielding Smith, *Doctrinas de Salvación*, volumen dos, páginas 10-11).

En esta obra de resurrección, Jesús desempeñará sólo un papel inicial. El apóstol Erastus Snow afirma que “el Señor Jesús, que fue la primicia de los que duermen, y que posee las llaves de la resurrección, realizará la resurrección del profeta José y de sus hermanos, tal como Él los puso a trabajar en lograr la resurrección de sus hermanos los ha puesto a trabajar en todas las demás áreas desde el principio” (*Journal of Discourses*, volumen 25, página 34). Muchos mormones informan además que el marido mormón resucitará a su esposa o esposas resucitando él mismo primero y luego yendo a sus tumbas y llamando el nombre “secreto” que se les dio en las ceremonias del templo (ver *Visité el templo*, por John L. Smith, páginas 68-81). Muchos mormones afirman además que el marido mormón resucitará a su esposa o esposas; resucitando él mismo primero y luego yendo a sus tumbas y llamando el nombre en “secreto” que se les dio en las ceremonias del templo (ver *Yo Visité el Templo*, por John L. Smith, páginas 68-81).

Antes de discutir la resurrección final, debe señalarse que para los mormones la salvación es general o individual. La *Salvación General* significa que toda la humanidad, con algunas excepciones, será

resucitada de la mortalidad a la inmortalidad. La salvación individual la ganan los obedientes y justos, y se les da el derecho a uno de los cielos Mormones.

La perfección corporal llegará a todos los hombres como un don gratuito en la resurrección. Pero aunque todas las personas son resucitadas de la mortalidad a la inmortalidad, de la corrupción a la incorrupción, de modo que ya no se encuentran enfermedades ni deterioro físico, este mero hecho de la resurrección no les dará tranquilidad mental, el conocimiento de Dios, una esperanza de vida eterna, o cualquiera de las grandes bendiciones espirituales que fluyen de la obediencia al evangelio. Estas bendiciones no son regalos gratuitos. Excepto el don gratuito de la inmortalidad (que viene únicamente por gracia e incluye la perfección corporal o física), todas las recompensas obtenidas en los mundos eternos deben ganarse. Esa perfección buscada por los santos es tanto temporal como espiritual y viene sólo como resultado de la obediencia plena... Así como los poderes creativos y redentores de Cristo se extienden a la tierra y a todas las cosas que hay en ella, como también a la extensión infinita de los mundos en inmensidad, por lo que el poder de la resurrección es de alcance universal. El hombre, la tierra y toda la vida que hay en ella surgirán en la resurrección. Y la resurrección se aplica y continúa en otros mundos y otras galaxias (*Doctrina Mormona*, páginas 641-642).

La Resurrección Final. La resurrección final ocurrirá cuando Jesús regrese. Él reinará sobre Su Reino durante mil años desde dos capitales: Jerusalén y Sión (Independence, Missouri). En esta venida los malvados serán asesinados, para resucitar con el resto de la humanidad al final del milenio. Sólo una clasificación de individuos, los Hijos de la Perdición, no serán redimidos, sino que más bien serán consignados al tormento eterno en el infierno. Esta clase incluye a Satanás y sus ángeles, y una porción muy pequeña de la humanidad malvada e incorregible.

El resto de la humanidad entrará en uno de los tres reinos mormones. Aunque pueda haber avance dentro de cada reino, no habrá avance hasta el siguiente. En el Reino Celestial, los hombres alcanzarán la Divinidad y vivirán en la presencia de Dios y de Cristo con sus cónyuges e hijos sellados a ellos por la eternidad. Seguirán teniendo hijos. El Reino Terrestre es para los mormones tibios, los hombres

honorables pero ciegos, los que aceptan el evangelio en el mundo de los espíritus y algunos otros. Está ubicado en otro mundo. No hay derecho a tener hijos en este reino ni en el siguiente. El Reino Telestial está ubicado en otro planeta y está compuesto por aquellos malvados que no son tan malvados como para ser enviados al infierno. Esta es la clase que se levantará en la resurrección final.

IV. CIENCIA CRISTIANA

Como las tres sectas anteriores, la Ciencia Cristiana comenzó en el siglo XIX. Fue iniciado por Mary Baker Eddy. Incluso con sus definiciones, las enseñanzas de la Ciencia Cristiana son difíciles de entender. El uso simbólico de términos sencillos, las definiciones peculiares impuestas a las palabras bíblicas y la mezcla del lenguaje en general dan la apariencia de un idioma extranjero a los no iniciados. De hecho, la Sra. Eddy dijo acerca de la Biblia que “la interpretación literal de las Escrituras no las convierte en nada valioso, y que va a producir la incredulidad y la desesperanza. La interpretación metafísica trae salud, paz y esperanza para todos” (*Escritos Varios*, página 171).

Además, uno puede saber que poco se puede esperar de la Sra. Eddy sobre asuntos tales como la resurrección de Jesús cuando se lee el mismo libro: “El registro material de la Biblia, dijo, no es más importante para nuestro bienestar que la historia de Europa y América; pero la aplicación espiritual tiene que ver con nuestra vida eterna” (*Ibid.*, página 170).

Para comprender la doctrina de la resurrección de la Ciencia Cristiana, hay que entender su visión de la naturaleza del hombre y la materia. En *Escritos Varios*, la señora Eddy dice:

Mi primer punto en la plataforma de la Ciencia Cristiana es el siguiente: No hay vida, verdad, inteligencia ni sustancia en la materia. Todo es Mente infinita y su manifestación infinita, porque Dios es Todo en todo. El Espíritu es la Verdad inmortal; La materia es error mortal. El Espíritu es lo real y eterno; la materia es irreal y temporal. El Espíritu es Dios, y el hombre es su imagen y semejanza. Por tanto el hombre no es materia; él es imagen espiritual (página 21).

Lo que todo esto significa, como se ha dicho ampliamente en otra parte, es que todo es Dios y Dios es bueno; por lo tanto todo está bien. Siendo así, no existe el mal, el pecado, la enfermedad o la muerte. Según ella estas son creencias falsas, errores. La Ciencia Cristiana intenta

convencernos de que en realidad se trata de errores: y cuando se hace eso, la enfermedad y la muerte desaparecen. La materia no existe; sólo pensamos que sí. El hombre no tiene cuerpo material, cerebro, sangre ni huesos. Él piensa que sí; pero es un error.

La Resurrección de Jesús

Parece que la existencia misma de Jesús no era de especial preocupación para la señora Eddy. Ella escribió:

Si nunca hubiera existido una persona como el Profeta Galileo, para mí no habría ninguna diferencia. Aún debería saber que el ideal espiritual de Dios es el único hombre real a Su imagen y semejanza (*La Primera Iglesia de Cristo, Científica, Varios*, páginas 318-319).

No hay resurrección en un sentido literal en la Ciencia Cristiana. El Glosario de términos en *Ciencia y Salud* define la “resurrección” así: “Espiritualización del pensamiento; una idea nueva y superior de inmortalidad, o existencia espiritual: creencia material que da paso a la comprensión espiritual” (página 593). Con especial referencia a la resurrección del Señor, *Ciencia y Salud* dice: La tercera etapa en el orden de la Ciencia Cristiana es importante para el pensamiento humano, ya que deja entrar la luz de la comprensión espiritual. Este período corresponde a la resurrección, cuando se discierne que el Espíritu es la vida de todos, y la Vida o Mente inmortal, que no depende de ninguna organización material. Nuestro Maestro reapareció a sus estudiantes, ante su comprensión resucitó de la gracia, — en el tercer día de su pensamiento ascendente, y así les presentó la cierta sensación de vida eterna (páginas 508-509). No hay muerte, por lo tanto no hay resurrección. Jesús realmente no murió, y sólo ante la comprensión de los discípulos resucitó.

La resurrección del hombre

Lo que se dijo de Jesús se aplica a toda la humanidad. La enseñanza de la Ciencia Cristiana respecto de la resurrección de todos los hombres se resume también en *Ciencia y Salud*.

...Sabemos que todo cambiará “en un abrir y cerrar de ojos”, cuando suene la última trompeta; pero este último llamado de sabiduría no puede llegar hasta que los mortales ya hayan cedido a cada llamado menor en el crecimiento del carácter

cristiano. Los mortales no necesitan imaginar que la creencia en la experiencia de la muerte los despertará a un ser glorificado.

La salvación universal se basa en el progreso y la probación, y es inalcanzable sin ellos. El cielo no es una localidad, sino un estado divino de la Mente en el que todas las manifestaciones de la Mente son armoniosas e inmortales, porque el pecado no está allí y el hombre no tiene justicia propia, sino que está en posesión de “la mente del Señor”, como dice la Escritura (página 291).

Esta filosofía espiritualizada no tiene lugar para una resurrección real. “En el lugar que el árbol cayere, allí quedará” (Eclesiastés 11:3). Así leemos en Eclesiastés. Este texto se ha transformado en el proverbio popular: “Como cae el árbol, así debe yacer”. Como el hombre duerme, así despertará. Como la muerte encuentra al hombre mortal, así será él después de la muerte, hasta que la prueba y el crecimiento terminen efectuar el cambio necesario. La Mente nunca se convierte en polvo. Ninguna resurrección de la tumba espera a la Mente o la Vida, porque la tumba no tiene poder sobre ninguno de los dos (página 291).

Tampoco hay un juicio final.

A los mortales no les espera ningún juicio final, porque el día del juicio de la sabiduría llega cada hora y continuamente, incluso el juicio mediante el cual el hombre mortal queda despojado de todo error material. En cuanto al error espiritual, no hay ninguno.

Cuando la última falta mortal sea destruida, entonces sonará la trompeta final que pondrá fin “pero de aquel día y hora nadie sabe” (páginas 291-292).

Como otras sectas, la Ciencia Cristiana reclama la tener “Clave” exclusiva de las Escrituras o del conocimiento del ser.

... Aquí la profecía se detiene. Sólo la Ciencia Divina puede abarcar las alturas y profundidades del ser y revelar el infinito.

La verdad será para nosotros “la resurrección y la vida” sólo en la medida en que destruya todo error y la creencia de que la Mente, la única inmortalidad del hombre, puede ser encadenada por el cuerpo y la Vida puede ser controlada por

la muerte. Un mortal pecador, enfermo y moribundo no es la semejanza de Dios, que es el perfecto y eterno (página 292).

PARA LEER MÁS

ADVENTISMO DEL SÉPTIMO DÍA

Preguntas sobre Doctrina. Washington, D. C.: Reviw and Herald Publishing Association, 1957.

White, Ellen G. *El Gran Conflicto entre Cristo y Satán*. Mountain View, California: Pacific Press Publishing Association, 7ª edición, 1887.

CULTO DE LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ

Ayuda para la Comprensión de la Biblia. Un diccionario bíblico. Brooklyn: Sociedad Watchtower Bible and Tract, 1971,

Del Paraíso Perdido al Paraíso Recobrado. Brooklyn: Atalaya Sociedad de Biblia y Tratados, 1958.

Dejemos que Dios sea Veraz. Brooklyn: Sociedad Watchtower Bible and Tract, 1946.

Asegúrate de Todas las Cosas. Brooklyn: Sociedad Watchtower Bible and Tract, 1953.

MORMONISMO

Revista de Discursos. 26 volúmenes. Salt Lake City: Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, 1967.

McConkie, Bruce R. *Doctrina Mormona*. Salt Lake City: Bookcraft, 2ª, 1966.

Smith, John L. *Yo Visité el Templo*. Clearfield, Utah: Utah Evangel Press, 1966.

Smith, Joseph Fielding, *Doctrinas de Salvación*. Salt Lake City: Bookcraft, tres volúmenes, 1954.

Talmage, James E. *Artículos de Fe*. Cambridge, Mass.: University Press, 34ª edición, 1956.

CIENCIA CRISTIANA

Eddy, María Baker. *Primera Iglesia de Cristo, Científica y Varios*. Boston: Primera Iglesia de Cristo, Científica, sin fecha.

Escritos Varios. Boston: Primera Iglesia de Cristo, Científica, sin fecha.

Ciencia y Salud Con Clave de las Escrituras. Boston: Primera Iglesia de Cristo, Científica, sin fecha.

GENERAL

Hoekema, Anthony A. *Las Cuatro Sectas Principales*. Grand Rapids: Compañía Editorial William B. Eerdmans, 1965.

LA RESURRECCIÓN Y TEOLOGÍA MODERNA

Phil Roberts

Phil Roberts predica para la Iglesia de Cristo de Bridgeview (Illinois), mientras asiste a Escuela de Divinidad Evangélica Trinidad, donde es candidato para obtener la maestría en estudios del Antiguo Testamento. Su formación previa le llevó a obtener un título de A.A de Florida College y un título de A.B. Licenciatura en la Universidad del Sur de Florida.

LA RESURRECCIÓN Y TEOLOGÍA MODERNA

Cuando David Hume declaró que absolutamente la “experiencia uniforme” del hombre moderno excluía la pretensión cristiana de lo milagroso, la resurrección — una locura para los griegos y un obstáculo para los judíos — surgió una vez más como una piedra de ofensa para la creciente intelectualidad del los siglos XVIII y XIX (David Hume, “Enquirey Concerning Human Understanding”, reimpreso en el volumen 37 de *The Harvard Classics*, Nueva York: P. F. Collier and Son, 1910, págs. 396-415). Pocos se molestaron en notar el razonamiento circular de Hume (vea C. S. Lewis, *Milagros*, New York: The Macmillan Company, 1947, pp. 121-124), y aún menos se interesaron en admitir la fuerza del argumento de Richard Whatley cuando utilizó consistentemente los principios de Hume para refutar la existencia de Napoleón Bonaparte (Richard Whatley, *Dudas históricas relativas a Napoleón Bonaparte*, New York: S.P.C.K., 1835). La pretensión cristiana de lo milagroso ofendía intelectualmente al hombre, en la medida en que esa pretensión declaraba tácitamente que el intelecto del hombre no era la fuerza suprema de este mundo.

I. LIBERALISMO DEL SIGLO XIX

Filosofías como la de Hume unieron fuerzas con una creciente confianza pública en el intelecto humano, para marcar el comienzo de la terrible era del liberalismo del siglo XIX. Ya sea que uno siguiera el racionalismo de Kant o el romanticismo de un Schleiermacher, él identificó la religión perfecta y verdadera como nada más que el producto más noble de la mente del hombre en la cima del proceso evolutivo. Parecería que los hombres, en este período de razón exaltada, habrían tenido el buen sentido de deshacerse con tacto del cristianismo por completo, en la medida en que claramente se basaba en la intervención milagrosa de Dios en la historia al resucitar a Jesús de Nazaret de entre los muertos (1 Corintios 15:12-19). En cambio, la Biblia fue remodelada implacablemente para adaptarla al molde del liberalismo

del siglo XIX, por una especie de estudio que se considera investigación histórica. Los elementos milagrosos fueron claramente eliminados de los Evangelios o explicados como trucos mediante los cuales se engañaba a los discípulos crédulos. Partes de los Evangelios que sobrevivieron a esta elegante labor — un puñado de enseñanzas morales como el Sermón de la Montaña — se utilizaron como supuesta base histórica de las innumerables “Vidas de Jesús” y se comenzó a inundar el mercado con el libro. Estos intentos están catalogados en el libro *La Búsqueda del Jesús Histórico* de Albert Schweitzer, que fue el último gran de todos ellos.

Supuestamente se trataba de imágenes del Jesús histórico, sin las leyendas milagrosas que se supone que surgieron después de su muerte. Sin embargo, en general eran poco más que una recreación de Jesús a la imagen del propio autor — un Jesús profundamente versado en la filosofía y la filosofía del siglo XIX. El carácter de este Jesús pronto quedó tan diluido que cuando Adolf Harnack escribió lo que a menudo se considera el epítome de este género, *¿Qué es el Cristianismo?*, Jesús de Nazaret había sido reducido a una figura confusa en la historia de Israel que vino enseñando la paternidad de Dios y una dosis desproporcionadamente mayor de la hermandad del hombre. Como señaló John Warwick Montgomery, el Jesús del liberalismo se había convertido en una especie de “boy scout ideal que ayudaba a las viejecitas a cruzar el mar de Galilea” (*El Suicidio de la Teología Cristiana*, Minneapolis: Bethany Fellowship, 1970, p. 28).

Pero la misma metodología crítica de “investigación histórica” que había producido estas “Vidas de Jesús” pronto se volvió tan difícil de manejar que resultó absolutamente inútil. Las teorías críticas se multiplicaban y cambiaban casi cada década. Uno podría seleccionar arbitrariamente cualquier porción de los Evangelios, rechazando el resto por no auténtico, para crear cualquier tipo de Jesús que se deseara. Finalmente el movimiento colapsó, no por una refutación exitosa, sino por su propia obesidad. Cuando Albert Schweitzer dio la sentencia de muerte para el movimiento con su *Búsqueda del Jesús Histórico*, el campo de estudio del Nuevo Testamento era un caos de confusión masiva. Lo único en lo que los críticos pudieron estar de acuerdo fue en la negación del elemento milagroso en la vida de Jesús y en lo absurdo de nociones religiosas tan primitivas (evolutivas inferiores) como la sangre en la cruz o la resurrección corporal. Y, por supuesto, incluso estos acuerdos no fueron el resultado de una investigación, sino simplemente un resultado común tan difícil de manejar que era absolutamente inútil. suposiciones con las que los críticos habían comenzado su estudio.

Nunca existe un vacío por mucho tiempo, ni en teología ni en física, y en 1918 el mundo teológico fue sacudido hasta sus cimientos más bien inestables por la aparición del comentario de Karl Barth *Epístola a los Romanos* (traducción al inglés, Londres: Oxford University Press, 1933). Aquí Barth se liberó de muchas cadenas del antiguo liberalismo y afirmó su creencia en muchas enseñanzas cardinales del Nuevo Testamento. No la menor de ellas fue su declaración acerca de Romanos 1:4, de que la resurrección fue “un acontecimiento histórico que tuvo lugar fuera de las puertas de Jerusalén en el año 30 d.C., por cuanto aconteció, fue descubierto y reconocido” (pág. 29).

En sus escritos posteriores, Barth construyó un sistema de teología que era bíblico en muchos aspectos, que tenía un enfoque cristocéntrico y que entendía la resurrección como el punto central de la cristología. Así declaró: “La Escritura se atestigua en el hecho de que en su centro decisivo atestigua la resurrección de Jesús de entre los muertos...” (*Tradición Iglesia Dogmática*, de G. T. Thomson, Edimburgo: T. & T. Clark, 1938, volumen I Parte 2, pág.486). Y, nuevamente, escribió: “La Historia de la Pascua — es bastante indispensable para el conjunto, imposible de ignorar, el tema cuyo predicado son todas las demás narraciones — significa el evento que es el objeto propio de todas las demás narraciones y enseñanzas en el Nuevo Testamento” (p. 114).

La Resurrección de Cristo como Revelación

La resurrección de Jesucristo fue central en el sistema de Barth porque fue la revelación suprema de Dios. Jesús, a través de quien Dios se revela, sólo fue revelado como Dios verdadero en y después de la resurrección. Barth explica: “Porque si Jesucristo no ha resucitado, si no ha resucitado como hombre, y por tanto resucitado corporalmente de entre los muertos, entonces no se ha revelado como hijo de Dios, entonces no sabemos nada de que haya sido así, ni ¿Sabemos algo sobre el valor infinito de su sacrificio” (Vol. IV, Parte 2, p. 87).

Ahora bien, todo esto suena bastante bien, pero debemos detenernos antes de que nos engañen haciéndonos pensar que Barth creía en una resurrección histórica en el sentido en que una persona de habla inglesa entendería el término. Para retroceder un momento en nuestra discusión, Barth se propuso formular una teología — una fe, por así decirlo — que no estuviera sujeta a los caprichos de la investigación

histórica negativamente crítica que caracterizó el siglo anterior. Es decir, quería tener una fe en la resurrección que se mantuviera firme independientemente de las conclusiones cambiantes de la investigación histórica sobre si Jesús realmente resucitó o no de entre los muertos. Quería hacer que la resurrección fuera inmune a la investigación histórica. Sólo así sintió que su fe podía estar segura.

Para lograr esto, Barth ideó un enfoque de la historia — de dos niveles un enfoque dualista en el que los niveles de la historia se distinguen mediante dos términos alemanes separados. Desafortunadamente, ambas palabras se traducen como “*Historie*” en las obras de Barth en inglés. *Historie* denota lo que ordinariamente concebimos como historia, es decir, aquellos acontecimientos que transcurren ante los ojos de todos los hombres y que son claramente observables y tangibles. Barth a veces llama a esto “historia general”. Es en el ámbito de la historia general que Jesús caminó, habló, comió, fue crucificado y sepultado.

Sin embargo, para su “historia especial”, Barth se reservó el término *Geschichte*. Uno de los principales defectos de Barth como sistematizador fue no definir exactamente lo que quería decir con *Geschichte*; es evidente, sin embargo, que la consideraba tan real como *Historie*. La principal diferencia es que los acontecimientos de *Geschichte* ocurren en un ámbito sólo tangencial al ámbito de la *Historie*, por lo que no pueden analizarse, probarse y evaluarse como puede hacerlo la *Historie*. Es en el reino de *Geschichte* donde tuvo lugar la resurrección de Jesús, en una especie de historia celestial, entre bastidores y oculta a los ojos de los hombres. Pero tuvo lugar, con tanta seguridad como lo hizo el entierro. Por lo tanto, aunque la resurrección (y muchos otros milagros y factores ofensivos para algunas ideas actuales) realmente ocurrió, ahora no puede ser investigada o verificada por las herramientas de la investigación histórica de la manera que, digamos, puede hacerlo la derrota de Napoleón. No se puede probar ni refutar — lo que es crucial para el propósito de Barth.

Si alguien le hubiera preguntado a Barth cómo llegó a saber que la resurrección de Jesús ocurrió en este reino oscuro de la historia *Geschichte*, Barth habría respondido: “Por la fe”. Es decir, diría Barth, cuando uno escucha la predicación de la buena nueva sobre el Señor resucitado* puede creer o no creer en su historia *Geschichte*, especialmente en la resurrección. Si se niega a creer, ya se ha juzgado a sí mismo. Pero si cree, da un salto de fe y por esa fe sabe que los acontecimientos de la historia *Geschichte* relatados en la predicación

realmente sucedieron. Así, el conocimiento de la resurrección se convierte en revelación para el creyente en el momento de la fe y no antes. Por esta razón Barth no pensaba que la Escritura fuera revelación. Más bien, lo que contiene se convierte en revelación, dijo, cuando el hombre acepta por fe el mensaje del *kerigma*. Este enfrentamiento entre el hombre (que vive en la *Historie*) y Cristo resucitado (que se encuentra escuchando la predicación de los acontecimientos *Geschichte* del Evangelio) se conoce como el “encuentro”. Cuando un hombre da el salto de fe, el producto de su encuentro con el Señor resucitado es una revelación de Dios.**

Este acto de fe puede — e incluso debe — realizarse independientemente de la evidencia histórica. La fe se conserva independientemente de la evidencia histórica. Por lo tanto, incluso si la evidencia histórica indicara que la tumba de Jesús no estaba vacía, o que los relatos del Nuevo Testamento eran inventos imaginarios, aún se podría creer en la resurrección. Debido a que ocurrió en el ámbito de *Geschichte* y no en *Historie*, por lo tanto no está sujeta a la investigación histórica de todos modos. En realidad, las conclusiones históricas negativas no destruyen la fe, sino que la magnifican, ya que exigen un acto de fe aún mayor por parte del hombre que cree. Así, Barth sintió que había establecido un sistema teológico que se basaba en la realidad de la resurrección y, al mismo tiempo, no estaba sujeto a la refutación del tipo de crítica histórica que había devastado la teología en el siglo anterior.

Ciertos problemas

Pero el sistema de Barth, por formidable que parezca, creó muchos más problemas de los que resolvió — casi todos los cuales se centraron en su completa disociación de la fe y los hechos de la historia. Esto inmediatamente lo puso en peligro bíblico, porque la fe de la resurrección de Pablo no se basaba en algo que ocurrió en los reinos ocultos de la historia *Geschichte* y que nunca podría ser investigado. Se basó en la resurrección que ocurrió en la historia objetiva y observable. Y Pablo claramente esperaba que sus lectores investigaran por medio de testigos oculares que aún estuvieran vivos — algo que Barth declaró que nunca debíamos hacer. 1 Corintios 15:1-19 es, de hecho, el talón de Aquiles de la afirmación de Barth de estar sobre una base bíblica. Barth intenta eludir este capítulo mediante un juego de pies exegético bastante ridículo, afirmando que Pablo en realidad no está apelando a la historicidad de la resurrección, sino sólo a la ortodoxia de la creencia en

la resurrección (Karl Barth, *La Resurrección de los Muertos*, trad. (por H. J. Stenning, Londres: Hodder y Stoughton, 1933, págs. 150-152). Sin embargo, su exégesis aquí nunca ha sido ni será tomada en serio, en la medida en que es un caso flagrante de leer la teología dentro de un texto en lugar de fuera de él. Independientemente de que el sistema de Barth funcione o no, él nunca puede afirmar que es un sistema bíblico, como le hubiera gustado hacer.

El mayor problema con la disociación de Barth entre fe e historia es que hace de la fe una cantidad totalmente subjetiva. Recuerde que Barth intentaba hacer que su fe fuera inmune a la refutación histórica. Recuerde también que Barth logró esto eligiendo una visión de la historia en dos niveles, con una historia observable, racional y comprobable en el piso inferior, y una historia no observable, no racional y no comprobable en el piso superior. (Para un excelente análisis de la división del conocimiento en una casa de dos pisos, como hacen casi todos los teólogos modernos, véase Francis Schaeffer, *Escapar de la Razón*, Downer's Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1968; y Clark Pinnock, *Set Forth Your Case*, Nutley, N. J.: The Craig Press, 1968, págs. 9-15.) La fe, la revelación y la resurrección pertenecen todas al piso superior. Pero si la historia del piso superior no es observable, no racional y no comprobable, probablemente tampoco sea historia. Y si los barthianos quieren que creamos, entonces deben encontrar alguna manera de demostrar que lo que uno encuentra en ese piso superior si es realmente el Señor resucitado y no Satanás, Gabriel o — más probablemente — su propia imaginación. (Véase el filósofo analítico Kai Nielsen, en su artículo “¿Puede la Fe Validar el Habla de Dios?” *Nueva Teología No. 1*, ed. por Martin Marty y D. G. Peerman, Nueva York: The Macmillan Company, 1964, págs. 131-149.) Ciertamente no pueden alegar hechos; Todos los hechos quedaron abajo. La única razón para ir allí a creer en primer lugar fue alejarse de los hechos para que no refuten nuestra fe. Esta es la salvación “sólo por fe” esto es locura.***

Barth ciertamente logró hacer que la resurrección fuera inmune a la refutación racional, a costa de estar alguna vez sujeta a prueba racional. No podía dar ninguna razón de por qué una persona debería creer una vez que encontraba la puerta oculta que subía las escaleras. Sólo podía predicar un evangelio indemostrable basado en una resurrección no verificable, y luego esperar que otros tuvieran la misma respuesta subjetiva que él había esperado — además que ambas respuestas fueran correctas. Si, al escuchar este evangelio indemostrable e improbable, uno decidía no aceptarlo, o si encontraba algo además

del Señor resucitado, Barth no tenía motivo alguno para objetar. En su intento de deshacerse del relativismo histórico del siglo anterior, Barth sólo logró reemplazarlo con un relativismo subjetivo y existencial aún más esquivo (ver "Fe, Historia y Resurrección", *El Cristianismo Hoy*, 12, 26 de Marzo de 1965, págs. 3-4).

En realidad, hacer lo que hizo Barth para escapar del relativismo histórico es cometer un acto de cobardía teológica e intelectual. En lugar de desafiar a los perpetradores del relativismo liberal en el fundamento de su "falsamente llamada ciencia" — es decir, las presuposiciones humanistas de que los milagros no suceden y que las resurrecciones son totalmente imposibles ya que no existe ningún Dios real — Barth decidió dejarlos continuar sin oposición mientras él se retiraba a su piso superior de encuentros subjetivos en la tierra de nunca jamás de la historia *Geschichte*. En efecto, simplemente les dijo que podían jugar con todo lo que quisieran abajo, siempre y cuando no subieran y desordenaran su habitación.

III. RUDOLPH BULTMANN

Aunque el comentario de Barth sobre Romanos fue una bomba teológica por derecho propio, fue sólo una explosión menor en comparación con la publicación en 1941 del ensayo de Rudolph Bultmann sobre "El Nuevo Testamento y la Mitología." Este ensayo se sitúa casi sin lugar a dudas en el centro de la teología moderna," y ahora se republica en *Kerygma and Myth* (Londres: S.P.C.K., 1953).

Durante muchos años se pensó que Bultmann estaba en el campo de Karl Barth. Ambos rechazaron enérgicamente cualquier intento de establecer el cristianismo sobre una base histórica. De hecho, Bultmann fue incluso más minucioso que Barth a la hora de eliminar posibles conocimientos históricos sobre Jesús. Barth simplemente había afirmado que la fe no debería basarse en nuestro conocimiento histórico de Jesús. Bultmann en un momento declaró: "Estrictamente hablando, no podemos saber nada del Jesús histórico". Para ambos, las cuestiones relativas a la verificación histórica de la fe cristiana eran ilegítimas; ambos estaban claramente acampados del lado de Lessing de lo que él llamó la "fea fosa" entre las verdades de la razón y la historia.

La Resurrección como Mito

Aunque Bultmann se unió a Barth para rechazar los intentos de verificación histórica de la fe cristiana, fue, sin embargo, muy crítico con el retiro de Barth a un piso superior de la historia *Geschichte*. En lugar de alejarnos de la razón, dijo Bultmann, simplemente debemos darnos cuenta de que el Nuevo Testamento utiliza un marco mitológico para expresar sus ideas, y que debemos desmitificar su lenguaje para obtener su mensaje real. Estas son palabras de Bultmann, tomadas de *Kerygma and Myth*, Volumen I.

La cosmología del Nuevo Testamento es esencialmente de carácter mítico. El mundo es visto como una estructura de tres pisos, con la tierra en el centro, el cielo arriba y el inframundo debajo... (pág. 1).

Este eón está esclavizado por Satanás, el pecado y la muerte... y se apresura hacia su fin. El fin llegará muy pronto y tomará la forma de una catástrofe cósmica... Allí vendrá el Juez del cielo, los muertos resucitarán en el juicio final y los hombres irán a la salvación o condenación eterna... (págs. 1-2).

Todo esto es el lenguaje de la mitología, y el origen de los diversos temas puede rastrearse fácilmente en la mitología apocalíptica judía contemporánea y en los mitos de redención del gnosticismo. Hasta este punto, el *kerygma* es increíble para el hombre moderno, porque es convencido de que la visión mítica del mundo está obsoleta (p. 3).

¿Puede la predicación cristiana esperar que el hombre moderno acepte la visión mítica del mundo como verdadera? Hacerlo sería absurdo e imposible (*Ibíd.*).

Por lo tanto, la tarea de la teología moderna, dice Bultmann, es despojar al marco mitológico que envuelve el mensaje real del Nuevo Testamento. Esto se diferencia del antiguo método crítico liberal en que no prescinde simplemente de una historia milagrosa; más bien elimina los elementos míticos y milagrosos de cada historia en particular para llegar al núcleo del significado teológico enterrado en su interior. Se diferencia del enfoque de Barth en que niega rotundamente cualquier realidad a los acontecimientos míticos, ya sea en una *Historie* verdaderamente histórica o en una *Geschichte* cuasi-histórica. Este despojo de lo mítico es lo que se conoce como “desmitologizar.”

Pero ¿cuál es el mensaje del Nuevo Testamento para el hombre moderno, una vez que ha sido adecuadamente desmitificado? Para Bultmann, el Nuevo Testamento se dirige a nosotros en un estado de existencia inauténtica y nos exige a transferir nuestra existencia de inauténtica a auténtica. Nuestra existencia inauténtica se ve, dice,

en la forma en que nuestros intentos de garantizar una seguridad visible nos ponen en colisión con los demás; sólo podemos buscar seguridad para nosotros mismos a expensas de ellos. Así, por un lado, tenemos envidia, ira, celos y cosas similares, y por el otro, compromisos, negociaciones y ajustes de intereses en conflicto. Esto crea una atmósfera omnipresente que controla todos nuestros juicios; le rendimos homenaje y lo damos por sentado. Así el hombre se vuelve esclavo de la ansiedad (Romanos 8:15). Todo el mundo trata de aferrarse a su propia vida y prosperidad, porque tiene un sentimiento secreto de que todo se le está escapando (*Ibid.*, p. 19).

La existencia no auténtica es una vida de “seguridad autoinventada”, de apego al pasado, de miedo, del hombre natural según la carne.

La vida auténtica, en cambio, es la vida de fe en Cristo. Es una vida donde la gracia de Dios significa el perdón del pecado y trae la liberación de la esclavitud del pasado. La antigua búsqueda de seguridad visible, el anhelo de realidades tangibles y el apego a objetos transitorios es pecado, porque con ello excluimos la realidad invisible de nuestras vidas y rechazamos el futuro de Dios que nos llega como un regalo. Pero una vez que abrimos nuestro corazón a la gracia de Dios, nuestros pecados son perdonados; Estamos liberados del pasado. Esto es lo que se entiende por fe: abrirse libremente al futuro (*ibid.*).

Si alguien pregunta cómo se produce este paso (conversión) de una existencia inauténtica a una existencia auténtica, Bultmann responde que “la Cruz y la resurrección forman un acontecimiento cósmico único e indivisible que trae el juicio al mundo y abre a los hombres la posibilidad de una existencia auténtica”. (*Ibid.*, pág. 39). Para Bultmann, la fe en Cristo — crucificado y resucitado — es el *sine qua non* para la autentificación de su vida. Pero primero es necesario desmitificar la crucifixión y la resurrección en las que debe residir nuestra fe y hacerlas aceptables para el hombre del siglo XXI. No supone un gran problema

desmitificar la crucifixión. Podemos producir muchas analogías que son bastante aceptables para el hombre moderno. Por supuesto, ideas míticas como la expiación con sangre deben ser eliminadas y reemplazadas por conceptos “no míticos” (??) de un juicio cósmico y un fin simbólico del pecado y la muerte.

Sin embargo, es la resurrección la que necesita una desmitificación tan drástica, porque “un hecho histórico que implica la resurrección de entre los muertos es absolutamente inconcebible” (*Ibid.*). La idea de una resurrección, dijo Bultmann, debe haber surgido de los intentos de los primeros discípulos de comprender y explicar su propia transformación después de la crucifixión. La idea de una resurrección corporal histórica era simplemente un mito incorrecto, que ahora debe ser desmitificado (*Ibid.*, págs. 39-40). Aunque Bultmann nos niega cualquier conocimiento del Jesús histórico, ¡él mismo parece saber mucho sobre cosas que tal vez sepamos que *no* le sucedieron al Jesús histórico!

Debidamente desmitificada, el verdadero significado teológico de la resurrección, según Bultmann, es el siguiente. Cuando uno escucha el *kerigma* y encuentra la predicación del Cristo del siglo XXI, obtiene una comprensión de sí mismo que le permite autenticar su propia vida. En ese momento, Cristo resucita en el corazón del creyente, y el creyente participa de la resurrección de Cristo. Eso es todo lo que hay en cuanto a la resurrección. Tiene lugar aquí y ahora, y sólo en la mente del creyente. No hubo ninguna resurrección histórica pasada. No habrá resurrección futura. Sólo existe la resurrección presente en el corazón del creyente.

Preguntas y Objeciones

En este punto, generalmente se plantea a Bultmann la pregunta: ¿Cómo puede producirse esta transformación mediante un encuentro con un Cristo del que, estrictamente hablando, “no podemos saber nada histórico?” ¿Cómo podemos siquiera encontrarnos con un Cristo así? Como Bernard Ramm lo resumió, Bultmann redujo al Jesús histórico a una mera “X” y luego declaró que esta “X” es la base de toda nuestra fe (*Un Manual de Teología Contemporánea*, Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1966, p. 59). Por extraño que parezca, es en este punto que el propio Barth presentó una objeción, preguntando si Bultmann no ha hecho que Cristo y el acontecimiento de Cristo (la crucifixión y la resurrección) sean totalmente prescindibles para el cristianismo (*Kerygma y Mito*, II, p. 97). La crítica de Barth va directamente al grano, aunque su propio remedio es en sí bastante débil.

De hecho, Martin Heidegger, el filósofo existencialista ateo, había desarrollado exactamente el mismo análisis de la vida que Bultmann había — completado con el llamado al hombre a pasar de una vida no auténtica a una auténtica, abriéndose al futuro — y que sin reconocer nada de lo que Cristo dijo o hizo. No deja de ser significativo que Bultmann fuera colega de Heidegger en la Universidad de Marburg entre 1921 y 1928. En realidad, lo único que Bultmann ha hecho es imponer las categorías de Heidegger al Nuevo Testamento y gritar “Cristianismo” — ¡y su declaración en sentido contrario es simplemente poco convincente! (*Kerygma y Mito*, I, p. 25).

Con Barth también nos preguntamos: ¿Cómo puede una resurrección que nunca ocurrió realmente, ni en *Historie* ni en *Geschichte*, efectuar un cambio de una vida no auténtica a una auténtica? O, para decirlo de otra manera, ¿cómo puede una resurrección que ni siquiera existe hasta que se produce una transformación en nuestros propios corazones ser, al mismo tiempo, la causa de esa transformación?

En respuesta a estas preguntas sobre cómo uno llega a conocer a un Cristo históricamente desconocido, y cómo una resurrección que nunca ocurrió puede efectuar un cambio en nosotros, Bultmann sólo puede repetir su dicho común de que llegamos a conocer a Cristo sobre la base de nuestra experiencia subjetiva, un encuentro con Él en el *kerigma*, y que la resurrección alcanza realidad y eficacia cuando, al escuchar el *kerigma*, alcanzamos la auto-comprensión y autentificamos nuestra vida. En realidad, lo más importante que Bultmann espera que obtengamos de nuestro encuentro no es realmente un conocimiento sobre Cristo, de todos modos — realmente buscamos un conocimiento de nosotros mismos. Por tanto, Dios no es el tema del mensaje bíblico; es el hombre.

Es revelador en este punto notar algunos paralelismos entre Barth y Bultmann. Cuando se presiona a Barth para que verifique el conocimiento de los acontecimientos de la historia de *Geschichte*, declara que obtenemos este conocimiento mediante un encuentro con el Cristo de la predicación. Cuando Bultmann es arrinconado para verificar su auto-comprensión auténtica/inauténtica, declara que obtenemos esta auto-comprensión en el mismo mensaje. Pero lo que Barth obtuvo de su encuentro con el Cristo de la predicación es totalmente diferente de lo que obtuvo Bultmann. Barth adquirió conocimiento de todo un ámbito adicional de la historia y la realidad, que identificó como una revelación de Dios. El encuentro de Bultmann no produjo ninguna revelación de Dios

ni ninguna realidad supra-histórica, sino sólo una auto-comprensión subjetiva que resultó ser idéntica a la auto-comprensión del ateo Heidegger. El encuentro de Barth produjo resultados enteramente teocéntricos, el de Bultmann enteramente antro-pocéntrico. Ahora bien, un extraño se sentiría tentado a sugerir, irónicamente, que tal vez no escucharon el mismo sermón. En realidad, sin embargo, sus resultados divergentes sólo ponen de manifiesto con agonizante claridad la imposibilidad de una verdadera verificación en cualquiera de los dos sistemas.

Cada uno puede criticar las debilidades del sistema del otro, pero ninguno puede realmente ir más allá de eso, porque ninguno puede verificar su propio sistema excepto afirmando que su propia respuesta subjetiva a la predicación es la correcta. Todas las críticas anteriores formuladas contra la in-verificable historia del piso superior de Barth también se aplican al piso superior o a la auto-comprensión existencial de Bultmann — y con mayor fuerza aún. En realidad, el resultado práctico del enfoque de Bultmann es que cada hombre se convierte en su propio dios, y la imaginación de cada hombre (capacidad de encuentro) se convierte en su única realidad, su único estándar. Bultmann ni siquiera se molesta en explicar por qué es necesario un encuentro con la predicación cristiana para que el hombre pueda adquirir una auténtica auto-comprensión. ¿Por qué no un encuentro con el LSD (como ha defendido Timothy Leary) o con Mamá Gansa? Bultmann tampoco puede demostrarle a un extraño que su encuentro es realmente con Cristo, como tampoco podría hacerlo Barth.

La última locura de Bultmann, sin embargo, fue tan simple que casi siempre se pasa por alto. En todo su celo por desmitificar, Bultmann simplemente se olvidó de desmitificar a Dios mismo. Los teólogos de la Muerte de Dios se centraron en este descuido en los años 1960. Por supuesto, Bultmann no podía prescindir de Dios. Era teólogo, y admitir que lo que defendía no tenía nada que ver con Dios, que no era *teología* en absoluto, en sentido figurado lo habría dejado sin trabajo. Bultmann anticipó esta objeción, pero su defensa es tan lamentable que casi prueba que la objeción es correcta. Tras decir que dejará de lado la cuestión por el momento, señala que “incluso Kamlah, [un filósofo existencialista ateo], piensa que es filosóficamente justificable utilizar el ‘lenguaje mitológico de un acto de Dios’” (Bultmann, *op. cit.*, págs. 33-34). Bultmann nunca logro volver a abordar la cuestión.

De hecho, Bultmann termina haciendo lo que los teólogos modernos de su calaña hacen constantemente. Utiliza todo tipo de

“Teología cristiana.” Pero redefine los términos para vaciarlos de su significado real. Y niega cualquier realidad a los acontecimientos o actos que los términos denotan, que en realidad no está hablando de cristianismo ni siquiera de teología en absoluto. En resumen, hace trampa: roba términos y valores que no son los suyos, hace su propio uso caprichoso de ellos, sustituye la revelación de Dios por su propia imaginación — y luego tiene la audacia de llamar a todo esto teología Cristiana.

IV. EL COLAPSO DE LA ESCUELA BULTMANNIANA

Si algún teólogo dominó y revolucionó el curso de la teología moderna ese fue Rudolph Bultmann. Desde la Segunda Guerra Mundial hasta finales de la década de 1950, él y sus discípulos reinaron de forma suprema. Pero la teología de Bultmann era demasiado débil y estaba indisolublemente ligado a la decadente filosofía del existencialismo. Finalmente, quedó en la ruina, sin nada más que una colección de suposiciones a priori y afirmaciones pontificias indemostrables. El resto del mundo estaba empezando a descubrir que las experiencias internas de Bultmann no eran necesariamente la norma para la teología.

La desintegración de la escuela bultmanniana siguió al menos dos caminos claramente definidos. Un grupo, consciente vagamente de las ventajas de tener un Cristo real en algún lugar del cristianismo, y dándose cuenta también de que Bultmann había borrado a cualquier Cristo real de la discusión teológica, emprendió *La Nueva Búsqueda del Jesús Histórico*. (Este es el título del libro de J. M. Robinson, que es la declaración principal de la “Nueva Búsqueda.” Páginas 12-25 de este libro [Naperville, Ill.: Alec R. Allenson, Inc., 1959] dan un excelente panorama del movimiento desde sus inicios en 1953 hasta la fecha de redacción de este artículo.) Deseaban establecer algún tipo de continuidad entre el Cristo resucitado, encontrado en las experiencias internas de las personas que escuchaban la predicación del siglo XX, y el “hecho histórico” Jesús de Nazaret. El movimiento estuvo condenado desde el principio por al menos tres razones.

Primero, buscó reconciliar lo irreconciliable. La experiencia interior del Cristo de Bultmann no fue en modo alguno idéntica ni continuada con el Jesús bíblico de Nazaret que murió corporalmente y resucitó corporalmente. En segundo lugar, buscaba enfatizar la *extrema importancia* del Jesús histórico, al tiempo que negaba la *necesidad* de cualquier conocimiento del Jesús histórico para la fe cristiana (ver

Robinson, op. cit., pp. 76-77). Pocas personas podían ver la extrema importancia de un Cristo no esencial. En tercer lugar, no fue una búsqueda del verdadero Jesús histórico. Comenzó con la misma falacia que tenía la antigua búsqueda — la presuposición de que el Jesús de la historia en realidad no podría haber resucitado de entre los muertos porque en realidad era solo un hombre y los milagros simplemente no suceden. En consecuencia, el movimiento se extinguió tan pronto como comenzó.

Otro camino tomado durante la desintegración de la escuela bultmanniana fue lo más predecible que pudo haber sucedido — el Destello de la Muerte de Dios (ver John Warwick Montgomery, El capítulo “¿Está Dios Muerto?” Controversia, Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1966). Muchos han observado que Bultmann simplemente superó a Barth. Barth había dicho que sólo conocemos los hechos objetivos de las actividades de Dios y de Cristo mediante un encuentro subjetivo con el Cristo de la predicación. Bultmann dio el siguiente paso lógico y concluyó que, si los hechos acerca de Dios sólo se conocen subjetivamente, entonces, en lo que a nosotros respecta, son sólo hechos subjetivos. Y, si son sólo hechos subjetivos, las actividades de Dios sólo tienen realidad en la experiencia interior del creyente cuando escucha la predicación. Si este es un análisis adecuado, se puede agregar que los partidarios de la Muerte de Dios sólo superaron a Bultmann. Lógicamente concluyeron que, si Dios tiene realidad sólo en la experiencia interna (imaginación) del creyente que escucha la predicación, cuando los predicadores dejan de predicar y cuando el hombre deja de imaginar que Dios es real, entonces Dios muere.

No les resultó muy difícil documentar el hecho de que el hombre del siglo XX no piensa mucho en Dios. Las iglesias liberales que conocían, al más puro estilo bultmanniano, ciertamente proclamaban muy poca actividad divina. Estos teólogos concluyeron, por tanto, que Dios estaba muerto. Sin embargo, como señaló Montgomery Bas, todo esto fue un caso de identidad equivocada del cadáver (*Ibid.*, pp. 60-63). El dios que murió no fue el Dios que resucitó a Su Hijo Jesús de entre los muertos en Jerusalén durante el reinado de Poncio Pilato. Estos hombres no conocían a ese Dios. El único dios que conocen es el dios de la experiencia interior de Bultmann. Y observaron —correctamente— que estaba bastante muerto.

V. EL SURGIMIENTO DE LA ESCUELA HEILSGESCHICHTE

El momento oportuno en la teología moderna es, en el mejor de los casos, aberrante. Algunos padres, como Kierkegaard, nunca viven para ver nacer a su hijo. Otros, como Bultmann, sobreviven mucho tiempo a su hijo. Otros, como los líderes de la Muerte-de-Dios, producen abortos espontáneos. En 1945, cuando Bultmann apenas estaba ganando ascendencia, Oscar Cullmann publicó el libro *“Cristo y el Tiempo”*, que todavía sirve como la declaración principal del movimiento *Heilsgeschichte* (“historia de la salvación” o “historia santa”) que reemplazó a Bultmann y sus seguidores.

La resurrección como acto de Dios

El movimiento *Heilsgeschichte* está tan diversificado hoy que casi desafía una descripción precisa. Su principio básico, sin embargo, es que la fuente primaria del conocimiento teológico no es la Biblia (*la Palabra de Dios*), sino la historia (los *hechos* de Dios). Tampoco cualquier historia proporciona esta fuente de material. Lo que se necesita es una *historia sagrada* (casi exactamente idéntica a la *Geschichte* del piso superior de Barth), que sólo puede verse a través de los ojos de la fe. (Ver Carl F. H. Henry, ed. *Jesus of Nazaret: Salvador y Señor*, Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1966, págs. 14-18, para una buena discusión sobre el lugar de la escuela *Heilsgeschichte* en la teología moderna). Un periodista del *Jerusalem Post* no habría observado nada peculiar en el tercer día después de la crucifixión de Cristo, según este punto de vista, mientras que el creyente, a través de su ojo de fe, habría podido ver que Dios había actuado en la historia al resucitar a Jesús de entre los muertos.

Así, la principal diferencia entre la neo-ortodoxia *Barthiana* y la neo-ortodoxia *Heilsgeschichte* es que Barth estudió la Biblia y tuvo un encuentro subjetivo con la Palabra de Dios, mientras que el hombre *Heilsgeschichte* estudia la historia de Israel y tiene un encuentro subjetivo con los hechos de Dios.

Los miembros más conservadores del movimiento no descartan la intervención milagrosa de Dios en la historia (*Historie*). Se trata, por lo tanto, al menos parcialmente, de hechos divinos que podrían ser conocidos objetivamente. Nuestro reportero del *Jerusalem Post* podría al menos haber visto una tumba vacía, pero aun así habría necesitado el ojo de la fe para haber interpretado correctamente esa tumba vacía en el

sentido de que Dios había resucitado a Jesús de entre los muertos. Como dice Cullmann:

Tanto en las apariciones como en el hallazgo de la tumba vacía, no se cuenta cómo ocurrió la resurrección misma. Esto se cuenta por primera vez en los informes apócrifos. En cambio, se narran acontecimientos que sólo podrían ser objeto de testigo ocular. Tanto la tumba vacía como las apariciones en sí mismas no prueban *al extraño* que Jesús resucitó corporalmente, así como los acontecimientos de la historia de Israel sin la revelación compartida por los testigos del Antiguo Testamento difícilmente podrían significar salvación para otros. Sabemos que la tumba vacía se ha explicado de manera muy diferente — un robo del cuerpo, por ejemplo. Las visiones de personas muertas no eran absolutamente únicas en aquella época. *Sólo por la interpretación comunicada por los testigos, “ha resucitado corporalmente”, “ha aparecido”, estos acontecimientos se convirtieron en una revelación del nuevo eón que había amanecido* (“La Resurrección: acontecimiento y significado”, *El Cristianismo Hoy*, 9, 29 de marzo de 1965, págs. 8-9).

La historia es también el dato fundamental para estos hombres, pero la Escritura es necesaria como testimonio principal de esa historia, aunque la Escritura misma todavía está atrapada y controlada por esa historia. Así, la Biblia es un testimonio humano (y por tanto lleno de errores) de los actos de Dios, pero fue escrita por hombres con el ojo de fe necesario para interpretar la historia correctamente (normalmente). La Escritura no es valiosa en sí misma, sino sólo como testimonio de los actos de Dios de los que da testimonio. Claramente este no es el enfoque bíblico, en el que la revelación de Dios se encuentra tanto en Sus actos en la historia como en la Palabra divinamente revelada que interpreta y aumenta esos actos. El enfoque *Heilsgeschichte* acepta el relato bíblico de los actos de Dios en la historia de Israel, e incluso declara que no sabríamos el significado de esos actos sin la interpretación bíblica. Al mismo tiempo, niega la interpretación que hace la Biblia de su propio lugar en esa historia.

Oscar Cullman

A veces se habla de la posición de Cullmann como la posición *Heilsgeschichte*. Su enfoque es de interés aquí debido a la centralidad

que atribuye en la historia de la salvación de la resurrección de Cristo. Para Cullmann, el tiempo se concibe como una línea con un principio y un final. (Semejante concepto de tiempo sería impensable para un existencialista como Bultmann, porque, para él, el momento presente de la existencia es el único tiempo verdadero que existe). A lo largo de esta línea de la historia, Dios intervino en ciertos puntos con actos redentores como el Éxodo.

En el Antiguo Testamento, el último de estos actos redentores como siempre todavía se esperaba en el futuro, como era el fin de la historia. Pero en el Nuevo Testamento se dice que el fin ya ha llegado, al menos en algún sentido, en el acontecimiento de Cristo, que fue el gran y último acto redentor de Dios. Cullmann llamó a este fin anticipado alcanzado en el acontecimiento de Cristo "el punto medio del tiempo". Si bien aún está por buscarse una consumación final, no contendrá nada nuevo, sino que simplemente finalizará lo que ya ocurrió en el acontecimiento de Cristo. Cullmann compara el evento de Cristo con el Día D, cuando realmente se obtuvo la victoria, y la consumación final con el Día V, cuando la victoria fue reconocida oficialmente (*Cristo y el Tiempo*, Philadelphia: The Westminster Press, 1950, pág. 84, 141).

El análisis de Cullmann no es del todo antibíblico y es útil para comprender paradojas bíblicas como la posesión actual de la vida eterna y la vida eterna aún prevista. Y, dado que los actos de salvación de Dios no son obviamente actos de Dios, Cullmann sostiene que es necesario tener una identificación profética de los acontecimientos históricos que deben considerarse como historia de la salvación (*Heilsgeschichte*). Pero no está dispuesto a admitir la verdadera historia, la inspiración divina, ni para los profetas ni para las Escrituras, todavía son parte de la historia humana y están controlados por ella (*Ibid.*, págs. 94-106).

En los últimos diez años, el movimiento *Heilsgeschichte* ha generado dos sistemas principales más que ahora dominan el debate teológico actual. Se trata de las escuelas de Wolfhart Pannenberg y Juergen Moltmann, respectivamente. Ambos enfoques participan en la reacción general de *Heilsgeschichte* ante la destrucción de la historia por parte de Bultmann. Ambos afirman que las respuestas teológicas se encuentran en la historia. Pero los enfoques y resultados de las dos escuelas de pensamiento son tan diferentes que deben evaluarse por separado.

VI. JUERGEN MOLTSMANN

Según Moltmann, Dios debe ser entendido no en términos de un ser siempre permanente e inmutable que preside todo el universo, sino ante todo según el principio de la “esperanza.” El Antiguo Testamento revela a Dios, dice, como un Dios que hace promesas a su pueblo y que espera que vivan siempre mirando hacia adelante y esforzándose con la esperanza de que se cumplan.† El verdadero pueblo de Dios son aquellos que, como Abraham, creen en las promesas de Dios y esperan contra toda esperanza en el futuro de Dios en el que esas promesas se cumplirán.

La Teología de la Esperanza de Moltmann, con su orientación totalmente futurista, contrasta radicalmente con la negativa absoluta de Bultmann a considerar cualquier categoría de tiempo excepto el momento presente de fe del creyente. En este sentido, Moltmann proporciona un bienvenido alivio a la propaganda existencialista unilateral de Bultmann. A pesar de esta distinción, Moltmann está todavía mucho más cerca de Bultmann de lo que a muchos de sus seguidores les gustaría admitir, porque, como veremos más adelante, Moltmann todavía pone toda la salvación de Dios en términos de una transformación del orden social del hombre en este mundo. .

De hecho, aunque Moltmann se inspira mucho en el movimiento *Heilsgeschichte* en el desarrollo histórico de su enfoque, en realidad difiere más de hombres *Heilsgeschichte* como Cullmann que del más radical Bultmann. El sistema de Cullmann pone gran énfasis en el pasado (que contiene las promesas de Dios) y el futuro (que contiene el cumplimiento de estas promesas), pero tiene un fin de la historia, un tiempo en el que el cumplimiento se completará, un tiempo en el que la esperanza se desvanecerá. realizado — incluso un tiempo para una resurrección corporal (*Cristo y el Tiempo*, págs. 241-242). Para Moltmann, no se vislumbra ese final. Sólo hay un futuro de Dios en constante expansión irrumpiendo en el horizonte, con cumplimientos parciales de viejas promesas y un conjunto completo de nuevas promesas para el futuro. A medida que llega cada cumplimiento, se convierte en una nueva promesa de un futuro aún mayor que esperar. En resumen, el futuro que debemos esperar nunca llega realmente; Justo cuando estamos a punto de captar las promesas, un futuro completamente nuevo irrumpe en el horizonte. En realidad, esto no es más que la filosofía del proceso de hombres como Alfred North

Whitehead disfrazado de terminología bíblica. Es simplemente otra forma de acomodar la teología a la teoría de la evolución.

En este sistema, Dios no es percibido como por encima y por encima de la historia, con el hombre atrapado debajo de la historia. Más bien, se dice que Dios está delante de nosotros, guiándonos hacia el futuro. El resultado es que Dios no controla completamente el futuro; más bien, a veces Él es controlado por él. Por lo tanto, ni siquiera las promesas de Dios deben entenderse como absolutas o ciertas. Entre la promesa y el cumplimiento, el contenido de la promesa puede (normalmente lo hace) cambiar.†† Moltmann dice que hacer inmutables las promesas de Dios sería limitar la libertad de Dios. Como resultado, Dios es absorbido por el futuro, junto con todo lo demás, porque la realidad última no se encuentra en Dios en absoluto, sino en el futuro que irrumpe constantemente en el presente del hombre y de Dios.

La resurrección como promesa

Según Moltmann, la gran y — en cierto sentido, la última promesa que tenemos ahora del futuro es la resurrección de Jesucristo. La resurrección se convierte en la base de la fe cristiana, por tanto, no por lo que nos asegura sobre Jesús de Nazaret, sino por lo que nos promete en el futuro (*Teología de la Esperanza*, p. 165). Por supuesto, la resurrección misma es tanto un cumplimiento como una promesa. Es un cumplimiento de las promesas de Dios en el Antiguo Testamento, e incluso supera el alcance originalmente concebido de esas promesas. Pero no es el fin del cumplimiento, porque ahora mismo se ha convertido en la promesa de una resurrección aún mayor en la que todos podemos participar.

En este punto, sin embargo, las discusiones de Moltmann se vuelven bastante confusas porque no cree que Jesús realmente resucitó de entre los muertos. Se involucra en un gran doble discurso, cuya esencia es que no debemos preocuparnos con preguntas tan tontas como si la tumba estaba realmente vacía o qué sucedió realmente tres días después de que Cristo fuera crucificado fuera de los muros de Jerusalén. Más bien, dice, debemos esperar y trabajar por el futuro venidero de Dios cuando las promesas de la resurrección de Jesús se cumplan para todos los hombres (*Ibid.*, págs. 172-190). En realidad, Moltmann no negará rotundamente la resurrección corporal, como hizo Bultmann. Pero una regla sorprendentemente precisa al evaluar a los teólogos modernos es que si uno es ambiguo acerca de la realidad de la

resurrección es simplemente porque no la cree. Si así fuera, no tendría reparos en decirlo, como hicieron Barth y Pannenberg.

Cuando se le pregunta a Moltmann cómo conocemos o verificamos la resurrección de Jesús, responde que no puede conocerse ni verificarse históricamente ahora, sino más bien en el futuro:

La fe cristiana en la resurrección es, por tanto, históricamente no verificable. Pero como el historiador no puede trabajar con el mundo en su totalidad como tema, sino sólo con esa parte del mundo que uno llama pasado, podríamos agregar que esta resurrección de Jesús “aún no es” históricamente verificable. Según la naturaleza de su apropiación hasta ahora en Palabra y fe está sujeta a verificación escatológica (Juergen Moltmann, “Resurrección como esperanza”, *Revisión Teológica de Harvard*, 61, 1968, p. 137. Reimpreso en *Religión, Revolución, y el Futuro*).

Por lo tanto, el futuro nos asegurará que Jesús resucitó de entre los muertos en lugar de que la resurrección de Jesús sirva como nuestra seguridad del futuro. Se puede ver fácilmente que Moltmann espera plenamente que el futuro “explique” la noción hasta ahora mal entendida de una resurrección corporal en un sentido que será perfectamente aceptable para cualquier noción científica y filosófica que esté de moda en ese momento.

Evidentemente, si Moltmann no cree en la resurrección real de Cristo, tampoco cree en una resurrección general como la que describe la Biblia. La resurrección que ahora esperamos es la perfección futura de la humanidad — un orden social utópico aquí en esta tierra. Esta será la recreación, o hacer nuevas todas las cosas, que fue prometido primitivamente en la resurrección de Jesús. Sólo cuando alcancemos este nuevo orden social comprenderemos plenamente la naturaleza de la resurrección de Jesús. Nuestra esperanza es enteramente “de este mundo”.

Para Moltmann y la escuela de Teología de la Esperanza, el lugar de la iglesia es ser un agitador social y una fuerza revolucionaria para lograr este “futuro de Dios.” La iglesia debe ponerse del lado de los pueblos pobres y oprimidos del mundo, en conflicto con los intereses ricos y establecidos. La lucha de clases resultante producirá un nuevo orden temporal que será menos que perfecto pero mejor que el antiguo orden. Ese nuevo orden necesitará ser revolucionado para producir otro orden ligeramente superior, a medida que más partes del futuro se rompan y las promesas se vuelven cada vez mayores.

En otras palabras, la iglesia debería funcionar en la historia según el modelo tesis/antítesis/síntesis de Hegel. En este punto queda perfectamente claro que la Teología de la Esperanza de Moltmann no es cristiana en absoluto, sino simplemente hegelianismo marxista con un traje nuevo. La iglesia ha sido sustituida por gobiernos civiles revolucionarios; Los valores espirituales se toman prestados del cristianismo para avivar — pero no eliminar o incluso eclipsar — los valores materialistas exclusivos del marxismo actual. La salvación se contempla de manera universalista, en la medida en que la revolución eventualmente transformará todos los órdenes sociales. Como muchos han observado, Moltmann en realidad le debe tanto, si no más, por su sistema religioso al filósofo marxista Ernst Bloch que a la Biblia (ver “Esperanza y Confianza de Moltmann: Una Conversación con Ernst Bloch”, *Diálogo*, 7, 1968, pp. 42-55). El resultado práctico de la teología de Moltmann no es más que un evangelio social marxista en toda regla, disfrazado de terminología cristiana. Es el enfoque más sofisticado y radical adoptado hasta ahora para el evangelio social, y sus defensores más antiguos se han apresurado a devorarlo.

Algunas críticas específicas

Finalmente, es necesario señalar algunas críticas específicas al sistema de Moltmann. En primer lugar, desde una perspectiva bíblica, Moltmann simplemente tiene el carruaje delante del caballo con respecto al futuro, verificando el pasado. Se admite fácilmente que el pleno significado de muchos acontecimientos bíblicos no quedó claro para el pueblo de Dios hasta más tarde, pero hay una gran diferencia entre el pleno despliegue del significado de los acontecimientos pasados por el futuro, por un lado, y una verificación de la ocurrencia real o realidad del evento por el futuro, por otro lado. A los israelitas no se les dijo que creyeran en la liberación de Egipto sobre la base de su esperanza de la futura liberación de Dios. Se les encargó que confiaran en Dios y sus promesas porque, de hecho, Él ya los había librado de Egipto y sus ojos lo habían visto (Éxodo 20:2; Deuteronomio 5:6).

De la misma manera, nosotros los cristianos no estamos llamados a basar nuestra fe en la resurrección de Cristo en algún tipo de esperanza vaga para la futura “resurrección” de la humanidad en el orden social de este mundo. Más bien, estamos llamados a confiar en el futuro de Dios, como lo prometió en el Nuevo Testamento, porque Jesús ya resucitó de entre los muertos, realmente resucitó. Y su resurrección fue

un hecho histórico que puede y debe ser investigado evaluando el testimonio de testigos de carne y hueso. Sólo si se pudiera demostrar que esa resurrección es un hecho habrá alguna base para la esperanza. Si se informó falsamente, no hay esperanza alguna (1 Corintios 15:12-19).

Otro de los fracasos cruciales de Moltmann es su total falta de explicación sobre cómo me va a beneficiar el futuro de Dios, ya que es ilegítimo para mí esperar una vida más allá de la muerte como normalmente la concebimos. ¿Por qué debería esperar el futuro de Dios si no voy a estar presente para disfrutarlo y participar en él? En la Biblia, Abraham no se regocija simplemente porque Dios le ha prometido darle algo; se regocija porque Dios ha prometido darle algo que espera recibir. Y el escritor de Hebreos muestra muy claramente que esas promesas no se cumplieron en esta tierra sino que vendrán en un país celestial (Hebreos 11:13-16). Por supuesto, Moltmann simplemente observaría y diría que el escritor de Hebreos no tenía una comprensión completamente desarrollada del principio de “esperanza”.

Un tercer cargo contra el sistema de Moltmann se refiere a las normas éticas que resultan de una aplicación rígida de sus principios. Un corolario del principio del futuro que explica y verifica el pasado es que el futuro justifica el pasado. Traducido a la ética, esto simplemente significa que el fin justifica los medios. Así, Moltmann puede decir sin rodeos:

El problema de la violencia y la no violencia es un problema ilusorio. Sólo existe la cuestión del uso justificado e injustificado de la fuerza y la cuestión de si los medios son proporcionales al fin (Juergen Moltmann, *Religión, Revolución y el Futuro*, trad. M. D. Meeks, Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1969 , pág. 143).

Dado que Moltman sólo “conoce” los fines de la esperanza en el futuro de Dios, y dado que no tiene forma de verificar esto excepto mediante su propia esperanza subjetiva, no tiene ningún estándar o fin identificable por el cuál juzgar los medios. La moralidad se vuelve terriblemente subjetiva y esquiva.

Quizás la mayor objeción filosófica al sistema de Moltmann (y a todos los demás sistemas de teología del proceso o teología de la esperanza, que sitúan la verificación en el futuro) es que contiene un botón de autodestrucción muy conveniente (ver David P. Scaer, “Juergen Moltmann y su Teología de la Esperanza” en *The Springfielder*, 34, Junio de 1970, p. 17). Supongamos que el futuro, en lugar de validar las promesas de Dios, las repudia por completo. Peor aún, supongamos que

en lugar de validar la Teología de la Esperanza de Moltmann, el futuro muestra que su sistema estaba totalmente equivocado y su esperanza completamente falsa. Una vez que Moltmann dice que el pasado no puede usarse para verificar el futuro, no tiene forma de asegurarnos que el futuro será como él espera. Sólo puede decir que debe ser así porque así lo espera. Si las analogías del pasado han de ser de alguna ayuda, el futuro frecuentemente no resulta como el pueblo de Dios esperaba. Ese fue precisamente el problema que tenían los judíos al rechazar el reino de Dios tal como lo presentó Jesús. Moltmann responde que debemos evitar quedar atrapados en algún acontecimiento futuro inesperado de este tipo, manteniéndonos abiertos al futuro. Pero ese es precisamente el botón que no queremos dejar abierto para que lo presionen.

Hasta que Moltmann pueda encontrar alguna manera de asegurarnos cuál será el futuro de Dios, y que Dios es plenamente capaz de cumplir lo que ha prometido para ese futuro, su pequeño barco de esperanza estará completamente a la deriva de cualquier punto de amarre en el universo. Esa no es la libertad de Dios; eso es simplemente estar perdido. Y esto no pretende socavar la importancia de la esperanza en la fe cristiana. Es simplemente señalar que el cristianismo histórico siempre ha tenido su esperanza firmemente anclada en la roca de la resurrección de Jesús de Nazaret de entre los muertos. Moltmann tiene exactamente el mismo problema de verificación (y de piso superior) que tuvieron Barth y Bultmann. Sólo apela a la esperanza de pruebas cuando ellos apelan a la fe.

VII. WOLFHART PANNENBERG

Aunque el sistema de Moltmann surgió del movimiento *Heilsgeschichte*, ahora se ha desplazado casi por completo fuera de él. La esperanza para el futuro se ha convertido en el punto de partida fundamental de sus formulaciones teológicas, más que los poderosos actos de Dios en la historia. Wolfhart Pannenberg ha hecho todo lo contrario. En lugar de alejarse de la categoría de historia, se ha sumergido aún más en ella. Mientras que el enfoque habitual de *Heilsgeschichte* afirma que la historia es la fuente principal de las formulaciones teológicas, Pannenberg ha afirmado que la historia es la única fuente de la teología. Por lo tanto, sugerimos que representa la aplicación más consistente y radical del movimiento *Heilsgeschichte*.

Pero Pannenberg difiere del movimiento *Heilsgeschichte* principal en otros dos detalles muy importantes. En primer lugar, no está dispuesto

a limitarse a un segmento especial de la historia en su búsqueda de la auto-revelación de Dios. Debemos buscar los actos poderosos de Dios, dice, no sólo en la historia de su pueblo elegido en el Antiguo y Nuevo Testamento; debemos ver los actos poderosos y la auto-revelación de Dios en *toda* la historia.

En segundo lugar, Pannenberg difiere de los teólogos anteriores de *Heilsgeschichte* con respecto a la comprensión de la auto-manifestación de Dios en la historia. La mayoría de los hombres de *Heilsgeschichte* afirman que el conocimiento de los actos de Dios sólo puede obtenerse a través del ojo de la fe. Dirían que el Éxodo, por ejemplo, para los incrédulos fue un escape afortunado, pero a través del ojo de la fe podemos reconocer que en él Dios estaba actuando en la historia y revelando su carácter como el Dios que salva, Pannenberg no tendrá nada de esto.

Dice que los actos de Dios pueden ser claramente reconocidos por todos los hombres. Esto es particularmente cierto con referencia a Jesús: Pannenberg cree

que la teología no puede ni debe retirarse del mundo a un ámbito sobrenatural exclusivo accesible sólo por esa "decisión" sospechosa de la fe, sino que debe comprender a Jesús en el contexto del mundo y comprender todas las cosas de Jesús y para Él. Entonces la teología entenderá el mundo como el mundo de Dios, la historia como el campo de su acción y a Jesús como su revelación (Wolfhart Pannenberg, "La Revelación de Dios en Jesús," *La Teología como Historia*, volumen III de *Nuevos Fundamentos en Teología*, ed. J. M. Robinson y J. B. Cobb, Nueva York: Harper and Row, Publishers, 1967, p. 133).

Los actos de Dios fueron sucesos objetivos. Por lo tanto, pueden y deben examinarse objetivamente, porque sólo a través del conocimiento de lo que Dios realmente ha hecho en la historia podemos saber algo sobre Dios. Pannenberg pone así de cabeza a la escuela existencial de Barth-Bultmann y proporciona una ventilación muy necesaria para las obsoletas cámaras de la teología moderna. Pannenberg sostiene que el ojo de la fe no puede ser necesario para ver los actos de Dios en la historia porque esos mismos actos dan el conocimiento de Dios que crea la fe.

Realmente no se puede conocer *la revelación de Dios* en Jesucristo sin creer. Pero la fe no reemplaza al conocimiento. Por el contrario, tiene su base en un acontecimiento que es

materia de conocimiento y que sólo nos resulta conocido mediante una información más o menos adecuada. Para poder tener fe cristiana hay que al menos presuponer que el mensaje sobre Jesucristo es verdadero. Esto incluye principalmente las afirmaciones de que Jesús realmente proclamó la venida del reino de Dios y que realmente resucitó de entre los muertos. Es muy posible que no siempre se pueda comprender la verdad de este mensaje, pero hay que poder presuponer que es correcto y que, al menos en principio, su verdad es inteligible. En el sentido de *presuposición* lógica (aunque no siempre de un antecedente psicológico), el conocimiento de la historia de Jesús, incluida su resurrección de entre los muertos, es la base de la fe. Además, este conocimiento tiene la particularidad de que conduce a la fe. El conocimiento no es una etapa más allá de la fe, sino que conduce a la fe — y cuanto más exacto es, con mayor certeza lo hace (Pannenberg, *op. cit.*, págs. 128-129).

Contraste esta comprensión bíblica de la relación entre fe y conocimiento con el acto de fe ciego de Barth-Bultmann.

Sin embargo, aunque parezca extraño, el sistema de Pannenberg todavía guarda muchas semejanzas con la Teología de la Esperanza de Moltmann. De hecho, a menudo se les considera miembros de la misma escuela. Sus similitudes residen principalmente en el hecho de que ambos consideran que el futuro es una categoría aún abierta — una categoría que aún no está completamente determinada por Dios. Simplemente debemos confiar en que Dios hará realidad ese extraño futuro según sus promesas. Así dice Pannenberg:

. . . la historia a través de la cual se nos revela la divinidad de Dios tiene aún un futuro abierto por delante. Esa característica da expresión a la personalidad del Dios bíblico: su trato nunca está irrevocablemente fijado, sus condiciones nunca son finalmente examinables (*Ibid.*, p. 131).

Debido a que Pannenberg reconoce el futuro histórico como un tema válido de la teología cristiana, se le identifica inmediatamente con Moltmann en contraposición al síndrome de Bultmann de las décadas anteriores. (La escasez de la teología moderna se ve claramente cuando una parte tan obvia del mensaje de la Biblia se vuelve tan escasa como para ser una marca de identificación dondequiera que se encuentre.) Pero el enfoque de Pannenberg sobre la accesibilidad y utilidad de la historia pasada lo distingue bastante de Moltmann. Pues, mientras que

Moltmann basa la verificación de nuestra fe y la justificación de nuestra esperanza enteramente en el futuro, Pannenberg las encuentra principalmente en el pasado. Moltmann parte de la esperanza e interpreta la historia en consecuencia. Pannenberg comienza con la historia y descubre la esperanza.

La resurrección como hecho histórico que se explica por sí mismo.

Según Pannenberg, la resurrección de Jesús fue el momento crucial de la historia en el que Dios se reveló de manera decisiva y definitiva. A lo largo de toda la historia antes de la resurrección, uno podía obtener un conocimiento parcial de la naturaleza de Dios — como lo habían hecho los judíos. Pero sólo en Jesús Dios se reveló perfecta — y específicamente cuando Dios lo resucitó de entre los muertos. La resurrección de Jesús es una declaración de cuál será el fin universal, pero es más; en realidad es el principio del fin.

Jesús de Nazaret es la revelación final de Dios porque en él apareció el Fin de la historia. Lo hizo tanto en su mensaje escatológico como en su resurrección de entre los muertos (*Ibid.*, p. 125).

Además, “quien penetra en el significado de la historia de Jesús se verá inevitablemente conducido al futuro de Dios aún no realizado, que sin embargo se considera ya aparecido en y con Jesús cuando se habla de su resurrección de entre los muertos” (*Ibid.*, pág.130).

En otras palabras, el fin universal de la historia ya se produjo prolépticamente en la resurrección de Jesús de entre los muertos. Pannenberg nunca explica claramente, sin embargo, si este fin universal será o no una resurrección de todos los hombres, como la de Jesús. Aparentemente desea permanecer “abierto al futuro”, o esperar y ver cuál será la naturaleza del fin — y aquí Pannenberg hace un paralelo con Moltmann. Pannenberg insiste, sin embargo, en que la resurrección de Jesús ocurrió en la historia y (al contrario de Moltmann, Bultmann y Barth)) que puede ser conocida y verificada históricamente. Nuestro conocimiento de la resurrección de Jesús se convierte así en la base de nuestra fe, y no al revés. Tampoco la fe puede basarse en un supuesto “encuentro” con el Señor resucitado.

Si Jesús resucitó o no de entre los muertos es una cuestión histórica [no una cuestión de fe o de encuentro] en la medida en que es una investigación sobre lo que sucedió o no en un momento determinado. Estas preguntas sólo podrían

responderse mediante argumentos históricos a menos que tuviéramos experiencias presentes del Jesús resucitado de las cuales pudiéramos concluir que no permaneció muerto. Pero obviamente no tenemos tales experiencias. Todo lo que se habla sobre la presencia de Jesús en su congregación ya se basa en la convicción de que una vez resucitó de entre los muertos y no en el encuentro inmediato con Jesús resucitado (*Ibid.*, p. 128).

Todo esto significa que Pannenberg cree que la resurrección de Jesús realmente tuvo lugar en la historia, y que si hubiéramos estado allí podríamos haberla visto, tuviéramos o no un ojo de fe. Aunque no estuviéramos allí podemos saber que es un hecho histórico, por la evidencia histórica que aún queda. Específicamente, Pannenberg apela a la tumba vacía (admitida tanto por judíos como por cristianos) y al hecho de que “no conocemos ninguna protesta en las primeras polémicas judías contra la afirmación de la tumba vacía en la proclamación cristiana”.††† Pannenberg considera que el silencio de Pablo con respecto a la tumba vacía (generalmente pregonada por los críticos de los relatos de la resurrección) como en realidad una fuerte evidencia de la creencia en una tumba vacía. Pablo era judío, señala, y para los judíos de esa época la idea de una resurrección sin una tumba vacía era inconcebible. Pannenberg afirma que Jesús resucitó de entre los muertos: la tumba estaba vacía; la resurrección fue corporal; el cuerpo era espiritual (“Realmente Jesús resucitó de los Muertos?” *Diálogo*, 4, Septiembre de 1965, págs. 128 -135).

Cuando uno se detiene a considerar que toda la gama de teología moderna que precedió a Pannenberg (con sus actos de fe, sus encuentros subjetivos, su epistemología existencial y su destrucción de la historia y del Jesús histórico) fue inventada principalmente para evitar la cuestión de la historicidad de la resurrección y los otros elementos milagrosos de la Biblia, la voluntad de Pannenberg de contrarrestar la marea y, a riesgo de burla intelectual, de declarar que Jesús, de hecho, resucitó de entre los muertos y que cualquier hombre común y corriente debería poder verlo, debe ser aclamado como un paso valiente y encomiable.

Problemas con Pannenberg

Sin embargo, existen varios problemas muy peligrosos en el programa de Pannenberg. Lo más serio es el principio de que la historia

es la única fuente de conocimiento teológico, y su corolario necesario de que la interpretación de la historia y el significado teológico particular son inherentes a los acontecimientos históricos mismos.

Cada acontecimiento, si no se saca artificialmente de contexto (fuera de su entorno histórico, extendiéndose hacia el pasado y el futuro), aporta su propio significado para cada investigador en particular, lo aporta junto con su contexto, que por supuesto es siempre un contexto de tradición. Es cierto que no todos los acontecimientos tienen la misma claridad de significado. Esto difiere de un caso a otro, pero, en principio, cada evento tiene su significado original dentro del contexto de ocurrencia y tradición en el que tuvo lugar y a través del cual se conecta con el presente y su interés histórico.

Así, tomado en su contexto histórico (y Pannenberg consideraría el apocalipticismo judío una parte crucial de esto), el significado completo de la resurrección de Jesús podría captarse a partir del evento histórico mismo.

Ahora bien, según la Biblia, Dios sí esperaba que su pueblo discerniera de los acontecimientos históricos ciertas verdades teológicas e incluso ciertos hechos acerca de la naturaleza de Dios mismo. Por ejemplo, Dios reveló Su amor por Israel al liberarla de los egipcios y darle la tierra prometida. Dios reveló su disgusto por la idolatría del cautiverio babilónico. Por el acontecimiento histórico de la resurrección, Tomás percibió que Jesús era su Señor y Dios. Pero la cuestión es si el mero conocimiento de un acontecimiento histórico puede ser revelación plena de Dios, o si ese acontecimiento histórico debe ir acompañado también de una revelación divina—palabra dada—revelación que la interpreta.

Antes del Éxodo, Dios le dio una palabra de revelación a Moisés para que el pueblo supiera quién los había liberado. Fueron necesarias las palabras—revelaciones por boca de Habacuc, Jeremías y Ezequiel para que los judíos comprendieran el significado pleno del cautiverio babilónico. Y no tenemos ninguna razón para suponer que Tomás podría haber llegado a la conclusión sólo del hecho de la resurrección de que Jesús era Señor y Dios, porque Jesús había hecho ciertas afirmaciones previas sobre su señorío y deidad. Incluso esas afirmaciones no contenían la revelación completa de la naturaleza y el significado de la resurrección. El mismo Jesús apeló a la palabra—revelación de los profetas al interpretar su resurrección a los dos discípulos en el camino a Emaús.

Lo que estamos diciendo es que, según la Biblia, Dios no se revela sólo a través de actos en la historia. Él acompaña sus actos en la historia con palabras-revelaciones divinas, como las que dio a través de Moisés, los profetas, Jesús y los apóstoles. Con estos interpreta y explica el pleno significado de sus actos históricos. Tampoco sirve decir, como hace Pannenberg, que las Escrituras no son más que una parte del contexto de la historia en el que deben entenderse los acontecimientos. Esto sería cierto sólo si la Escritura misma fuera un producto humano. Pero si fuera un producto humano, volveríamos al mismo problema de verificación que encontramos en los sistemas anteriores — es decir — ¿cómo sabemos que la comprensión de la historia de Escritura es correcta?††††

La afirmación de Pannenberg de que la verdad teológica se encuentra sólo en las verdades históricas que se interpretan a sí mismas significa en última instancia que las Escrituras no son una revelación dada-divinamente, sino que son sólo una parte de la historia humana. No es un registro de la Palabra de Dios para el hombre, sino un registro de la búsqueda de Dios por parte del hombre. Contiene mucha verdad teológica, pero sólo porque los escritores interpretaron correctamente los actos de Dios en la historia, no porque Dios les reveló la verdad en la Palabra. Las Escrituras también contienen mucho error en la medida en que son producto de la mente humana y no de Dios. Pannenberg puede hablar de las Escrituras como revelación sólo en el sentido de que las Escrituras son parte de la historia misma y, como tales, deben ser investigadas para ver si en ellas se puede discernir algo de la obra de Dios en la historia. Esto significa que Pannenberg quiere llamar a Jesús Señor y Dios, pero no logra ceder ante la propia visión de Jesús sobre la naturaleza de las Escrituras. Claramente Jesús entendió que las Escrituras eran la Palabra de Dios divinamente-revelada — no el registro de la interpretación del hombre de los actos divinos en la historia. Él esquivo-el obstáculo de-la resurrección sólo para tropezar con el de una crítica negativa superior.

La posición de Pannenberg de que la historia proporciona su propia interpretación completa también crea algunos problemas prácticos graves. Porque si el significado teológico de la historia es-evidente, ¿por qué ese significado-evidente sigue cambiando? Las diferencias entre las interpretaciones “evidentes” de la historia en la época de Agustín, por un lado, y las de Bultmann, por el otro, no son despreciables — especialmente porque lo que era “evidente” en la época de Agustín no incluía la noción de que la historia inherentemente llevó su propia

interpretación! ¿En qué momento particular del continuo de la historia adoptamos la “auto-comprensión” de la historia? ¿O cómo una historia universal que contiene su propia interpretación ha producido tantas interpretaciones diferentes de la historia? Ciertamente la Ciencia Cristiana, el Budismo y el Cristianismo No todo puede ser verdad. ¿Cómo puede uno determinar cuál es la verdadera interpretación de la historia si la misma historia en la que está atrapado es su único dato?

Hasta que Pannenberg pueda hacer para sí mismo la misma afirmación que admite para Jesús — que Él es Señor y Dios — y hasta que Dios actúe en Pannenberg como lo hizo en Cristo, resucitándolo de entre los muertos, entonces nosotros, por nuestra parte, seguiremos postergando a Jesucristo por nuestra comprensión de la naturaleza de la revelación de Dios — Dios que lo resucitó de entre los muertos.

PARA LEER MÁS

Barth, Karl. *Iglesia Dogmática*. Cuatro volúmenes, traducidos por G. T. Thomson *et al.* Edimburgo: T. y T. Clark, 1936-1962.

La Resurrección de los Muertos. Traducido por HJ Stenning. Londres: Hodder y Stoughton, 1933. Principalmente un intento de encajar 1 Corintios 15 en su sistema teológico.

“Rudolph Bultmann—An Attempt to Understand Him”, *Kerygma and Myth*. Volumen II. Editado por H. W. Bartsch, traducido por R. H. Fuller. Londres: S.P.C.K., 1962. Acusa a Bultmann de eliminar la necesidad de Cristo del Cristianismo.

Bultmann, Rudolph. “El Nuevo Testamento y Mitología”, *Kerygma and Myth*. Volumen I. Editado por H. W. Bartsch, traducido por R. H. Fuller. Londres: S.P.C.K., 1953. Este breve ensayo es el principal llamamiento de Bultmann a la “Desmitologización” del Nuevo Testamento. Es imprescindible para comprender sus presuposiciones y su enfoque.

La Presencia de la Eternidad: Historia y Escatología. Nueva York: Harper and Row, 1957. Contiene la declaración básica de Bultmann sobre una escatología completamente realizada. Cullmann, Óscar. *Cristo y el Tiempo*. Traducido por Floyd Filson. Filadelfia: The Westminster Press, 1950. Esta obra sigue siendo la declaración principal del enfoque *Heilsgeschichte* (*Historia Santa*).

La Salvación en la Historia. Traducido por S.G. Sowers. Nueva York: Harper and Row, Publishers, 1967.

Fuller, Daniel. *Fe e historia de la Pascua*. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1965. Esta es la mejor y más extensa discusión sobre la resurrección de Cristo en la teología moderna que está disponible ahora desde el punto de vista conservador. El trabajo de Moltmann, sin embargo, es demasiado reciente para incluirlo.

Henry, C. F. H., editor. *Jesús de Nazaret: Salvador y Señor*. Grand Rapids: Williams B. Eerdmans Publishing Company, 1966. Una colección de ensayos de eruditos conservadores, varios de los cuales se refieren a la resurrección. Véase especialmente el artículo de Paul Althaus, “Hecho y Fe en el Kerigma.”

Moltmann, Jürgen. *Religión, Revolución y Futuro*. Traducido por M. Douglas Meeks. Nueva York: Hijos de Charles Scribner, 1969.

Teología de la Esperanza. Traducido por JW Leitch. Londres: SCM Press, 1967. La presentación básica del sistema de Moltmann.

Montgomery, John Warwick. *El Suicidio de la Teología Cristiana*. Minneapolis: Bethany Fellowship, 1970. Véase especialmente el capítulo uno, “El suicidio de la teología cristiana y una modesta propuesta para su resurrección”. Esta es la mejor evaluación crítica y concisa de las tendencias de la teología del siglo XX que conoce este escritor.

¿Hacia Dónde va la Historia? Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1969. No deje de leer el apéndice “D” sobre “Fe, Historia y la Resurrección”, que es un panel de discusión en el que participa Kenneth Kantzer, C.F.H. Henry, JW Montgomery, Jules Moreau, William Hordern y Sergius Wroblewski.

Moule, C. F. D., editor. *El Significado del Mensaje de la Resurrección para la Fe en Jesucristo*. Naperville, Ill.: Alec R. Allenson, Inc., 1968.

Pannenberg, Wolfhart. *Jesús—Dios y hombre*, traducido por L. L. Wilkins y D. A. Priebe. Londres: SCM Press, 1968. La mejor fuente individual sobre la visión de Pannenberg sobre la resurrección, editor. *La Revelación como Historia*. Traducido por U. Wilkens. Nueva York: The Macmillan Company, 1968. El propio artículo de Pannenberg expone su posición de que la revelación debe encontrarse en la totalidad de la historia.

Robinson, James M. *Una Nueva Búsqueda del Jesús Histórico*. Naperville, Ill.: Alec R. Allenson, Inc., 1959. Y Cobb, J. B., editores. *La Teología como Historia*. Volumen III de *Nuevas Fronteras en Teología*. Nueva York: Harper and Row, Publishers, 1967. El capítulo dos principal es de Pannenberg. Los otros artículos son reacciones a su programa.

Schweitzer, Alberto. *La Búsqueda del Jesús Histórico*. Nueva York: The Macmillan Company, 1968. Una visión general, aunque algo sesgada, del pensamiento del siglo XIX sobre la historicidad de los relatos de la vida de Jesús en el Nuevo Testamento.

PERIODICOS

Baker, N. B. "La Resurrección, la Iglesia y la Mente Moderna." *Fundamentos* XII (1969), págs. 243-253. Klooster, "La Doctrina de la Resurrección de Jesucristo de Fred H. Karl Barth". *Westminster Theological Journal*, XXIV, (Mayo de 1962), págs. 137-172. Una extensa discusión sobre Barth desde un punto de vista conservador.

Kuhm, George H. "Programa teológico de Pannenberg". *Perspectiva*, IX (1968), págs. 245-26.

O'Collins, Gerald. "El Principio y la Teología de la Esperanza". *Revista Escocesa de Teología*, XXI (junio de 1968), págs. 129-144.

Pannenberg, Wolfhart. "¿Jesús Realmente Resucitó de entre los Muertos?" *Diálogo*, IV (septiembre de 1965), págs. 128-135. Una declaración clara de la posición de Pannenberg sobre la resurrección como un evento fáctico. Jesús resucitó. La tumba estaba vacía. El cuerpo era espiritual.

Park, Aaron P. "La Esperanza Cristiana según Bultmann, Pannenberg y Moltmann". *Westminster Theological Journal*, XXXIII (mayo de 1971), págs. 153-174. Un artículo muy importante que trata del alcance de la subjetividad y el existencialismo en Pannenberg y Moltmann.

Runia, K. "La Resurrección y la Historia". *The Reformed Theological Review*, XXV (1966), págs. 41-51.

Scaer, David P. "Juergen Moltmann y su teología de la esperanza". *The Springfielder*, XXXIV (junio de 1970), págs. Una excelente evaluación de Moltmann desde el punto de vista conservador.

Scharlemann, Robert. "Sombra sobre la tumba: motivos de la teología alemana sobre la resurrección". *Diálogo*, I (1962), págs. 22-29. White, H. V. "Inmortalidad y Resurrección en la Teología Reciente". *Encounter*, XXII (1961), págs. 52-58. Contiene material útil sobre Oscar Cullmann.

*Una de las perdiciones de la teología moderna es su vocabulario. Hemos intentado utilizar aquí la menor cantidad posible de términos alemanes o técnicos, pero algunos han sido inevitables. Un término crucial es *kerigma*. Se deriva de la palabra griega para "predicar" y significa "la predicación o proclamación del mensaje de Jesús como el Señor Resucitado. En el Nuevo Testamento esta palabra griega aparece, por ejemplo, en 1 Corintios 1:21. Sin embargo, en el uso neo-ortodoxo y existencialista, se refiere sólo a la proclamación del mensaje y no a ningún hecho en el que se base el mensaje, y tales teólogos no están tan preocupados por la realidad del evangelio como por el efecto que la predicación tiene en quienes la escuchan. El término "evangelio" enfatiza más los hechos proclamados y no puede divorciarse de los acontecimientos de la historia que hicieron posible las buenas nuevas.

La idea de "encuentro" también es crucial para la teología moderna, y el término suele tener un significado técnico. En la mayoría de los sistemas, el hombre tiene un encuentro con alguien en el más allá, generalmente el Cristo resucitado a quien encuentra al escuchar la predicación de la palabra. Su respuesta subjetiva a este encuentro se convierte en la base de todo su conocimiento teológico. Esto sigue el modelo del proceso dialéctico de Hegel, y por esta razón a los teólogos del encuentro se les llama con frecuencia teólogos **dialécticos.

El momento del encuentro también se llama "crisis", de ahí el término habitualmente arraigado en teología de **crisis** teológica.

***La posición de Barth es, de hecho, sólo el resultado lógico de una aplicación consistente de la doctrina protestante de la salvación sólo por la fe. Esto se muestra con aplastante claridad cuando se observa que la epistemología de Barth es exactamente paralela a la de conservadores de la tradición calvinista como Cornelius van Til y Gordon H. Clark. Sus sistemas son tan circulares como los de Barth y por la misma razón. Para Barth, la salvación sólo puede ser por la fe, por lo tanto uno sólo puede saber que los actos de salvación registrados en la Biblia son verdaderos por la fe que llega en el momento del encuentro con el Señor resucitado. Para Calvino (y otros) la salvación sólo puede ser por fe, por lo tanto, uno sólo puede saber que los actos de salvación registrados en la Biblia son verdaderos por la fe milagrosamente dada a los elegidos con el testimonio interno del Espíritu Santo. Tenga en cuenta las siguientes declaraciones del propio Calvino: "Por lo tanto, tengamos por establecido que aquellos que son enseñados interiormente por el Espíritu aceptan la Escritura; que la Escritura, llevando consigo su propia evidencia, se digna no someterse a pruebas y argumentos, sino que debe al testimonio del Espíritu la plena convicción con que debemos recibirlo" (**Institutos**, 1:7:5). "Pero es una tontería intentar demostrar a los infieles que las Escrituras son la Palabra de Dios. Esto no se puede saber que es, excepto por la fe" (**Institutos**, 1:8:13). En ambos sistemas, el conocimiento se basa en la fe, no la fe en el conocimiento. Ninguno de los dos admitirá intentos de verificar la fe mediante pruebas o argumentaciones. Barth depende de la experiencia interna de un encuentro con el Señor resucitado; Calvino depende de una experiencia interna de un encuentro con el Espíritu Santo. Para una excelente discusión sobre este asunto, ver **Revelación Bíblica** de Clark Pinnock (Chicago: Moody Press, 1971), págs. 38-52. Véase también "¿Tener una Pascua Confusa?", de Montgomery, en **Christianity Today**, 26 (31 de marzo de 1972), págs. 41-42.

† Moltmann dedica mucho más tiempo a la Biblia que la mayoría de los otros teólogos modernos. De hecho, su **Teología de la Esperanza**, trans J. W. Leitch (Londres: SCM Press, 1967), se lee a veces como un intento moderno de teología Bíblica más que de teología sistemática. Según la comprensión de Moltmann del Antiguo Testamento, el Dios del Antiguo Testamento es una especie de fusión entre el dios errante del desierto (el dios del Éxodo) y el dios fijo de los Cananeos. El dios Cananeo era una especie de criatura estática que nunca cambiaba su naturaleza esencial y sólo aparecía ocasionalmente ante su pueblo—por eso Moltmann se refiere a él como un dios de la epifanía, y a su adoración como una religión de la epifanía, una especie de El dios Moltmann era considerado decididamente inferior. (También cree que este es el tipo de dios adorado por los griegos, y tomado de ellos por los cristianos modernos.) El dios errante del desierto, sin embargo, era el dios de la promesa y la esperanza, siempre guiando a su pueblo hacia el futuro, siempre esperando con esperanza cosas nuevas y mejores, aunque nunca alcanzando el pleno cumplimiento de esas promesas mientras el pueblo permaneciera en el desierto. Este dios, dice Moltmann, gana en el Antiguo Testamento. En esto, Moltmann nos devuelve al problema continuo de la teología moderna—la suposición de que la religión es principalmente de origen humano y que todos los dioses (incluido el Dios verdadero) son principalmente creaciones humanas para adaptarse a las necesidades particulares de un entorno cultural particular, por ejemplo, el desierto o las culturas pastoriles. Al menos Moltmann está en la dirección correcta al suponer (y es una suposición cuya verdad nunca se molesta en demostrar) que las necesidades culturales actuales del hombre exigen esperanza.

† † Por lo tanto, Moltmann puede decir "...que el cumplimiento puede muy bien contener un elemento de novedad y sorpresa frente a la promesa tal como fue recibida. Por eso la promesa no se desmorona junto con las circunstancias históricas de las formas de pensamiento históricas en las que fue recibida, sino que puede transmitirse por sí misma —mediante la interpretación— sin perder su carácter de certeza, de expectación y de movimiento." **Op. cit.** , página 104. Por supuesto, si Moltmann conociera mejor al Dios de la Biblia, se daría cuenta de que Dios tiene suficiente conocimiento y control sobre el futuro como para no tener que esperar para ver cómo funciona la historia se resolverá antes de que Él sepa cómo cumplir Sus promesas.

† † † Véase la sección de Pannenberg de "Un Diálogo sobre la Resurrección de Cristo" en **Cristianismo Hoy**, 12 (12 de abril de 1968), págs., 10-11. También es muy interesante observar cuán estrechamente el razonamiento de Pannenberg sigue aquí las tradicionales defensas conservadoras de la historicidad de la resurrección, como la presentada en *¿Quién Movi6 la Piedra?* de Frank Morrison. (Downer's Grove, Illinois: Inter-Varsity Press, 1969).

† † † † Es esta separación de las Escrituras lo que deja a Pannenberg abierto al cambio del subjetivismo histórico. El teólogo de la muerte de Dios William Hamilton observa que el sistema de Pannenberg es en realidad tan subjetivo y no verificable como el de Bultmann's porque todo lo que Pannenberg ha hecho es sustituir la subjetividad experiencial de Bultmann por una subjetividad histórica. Ahora bien, esto no es del todo correcto, porque la subjetividad de Bultmann se basa en algo a lo que él y sólo él tiene acceso, mientras que Pannenberg al menos comienza con algo que es

accesible a todos los hombres y luego ofrece su interpretación subjetiva de ello. Pero mientras Pannenberg se mantenga alejado de las Escrituras como interpretación divina del significado de la historia, la crítica de Hamilton es correcta: el sistema de Pannenberg es subjetivo. En este sentido, sería bueno consultar el reciente artículo de Aaron P. Clark titulado "Christian Hope Against Bultmann, Pannenberg, and Moltmann" en Westminster Theological Journal, 33 (mayo de 1971), págs. 153-174. Park afirma que, en última instancia, tanto el sistema de Pannenberg como el de Moltmann demostrarán ser tan subjetivos y existencialmente orientados como lo fue el programa de Bultmann.